Fray Mocho

REVISTA SEMANAL



"Una promesa del arte"

Por FERRANDO

N.° 837



Silencioso como el rodar de una hoja pero, con la resistencia formidable de un puente.

Ese ruido característico que acompaña a todos los motores comunes, desde el principio hasta el fin, como eterna pesadilla, labrando su desgaste prematuro, es el resultado inevitable del funcionamiento de las válvulas a resorte, del choque entre el impulsor y el vástago y del martilleo constante de piezas contra piezas.

Esta condición lamentable no existe absolutamente en el Willys Knight, porque no tiene válvulas a resorte y, por ende, son 158 piezas menos.

No hay motor en el mundo, que tenga como el Willys-Knight la admisión y salida de los gases tan perfectamente regulada, en virtud de su principio tan sabio como sencillo. Como consecuencia, se forma una compresión máxima y una potencia incontrastable, más aguante, gran economía de combustible, elasticidad para girar a cualquier velocidad, y pique casi instantáneo, debido al dominio que ejerce el acelerador sobre el motor, por su eficaz e incomparable alimentación.

HAMPTON, WATSON & Cía.

Salón de Exposición y Ventas:
CERRITO 702

BUENOS AIRES

Oficina, Talleres y Repuestos:
B. PEREZ GALDOS 126

Sucursal en Santa Fe:
SAN MARTIN 2628

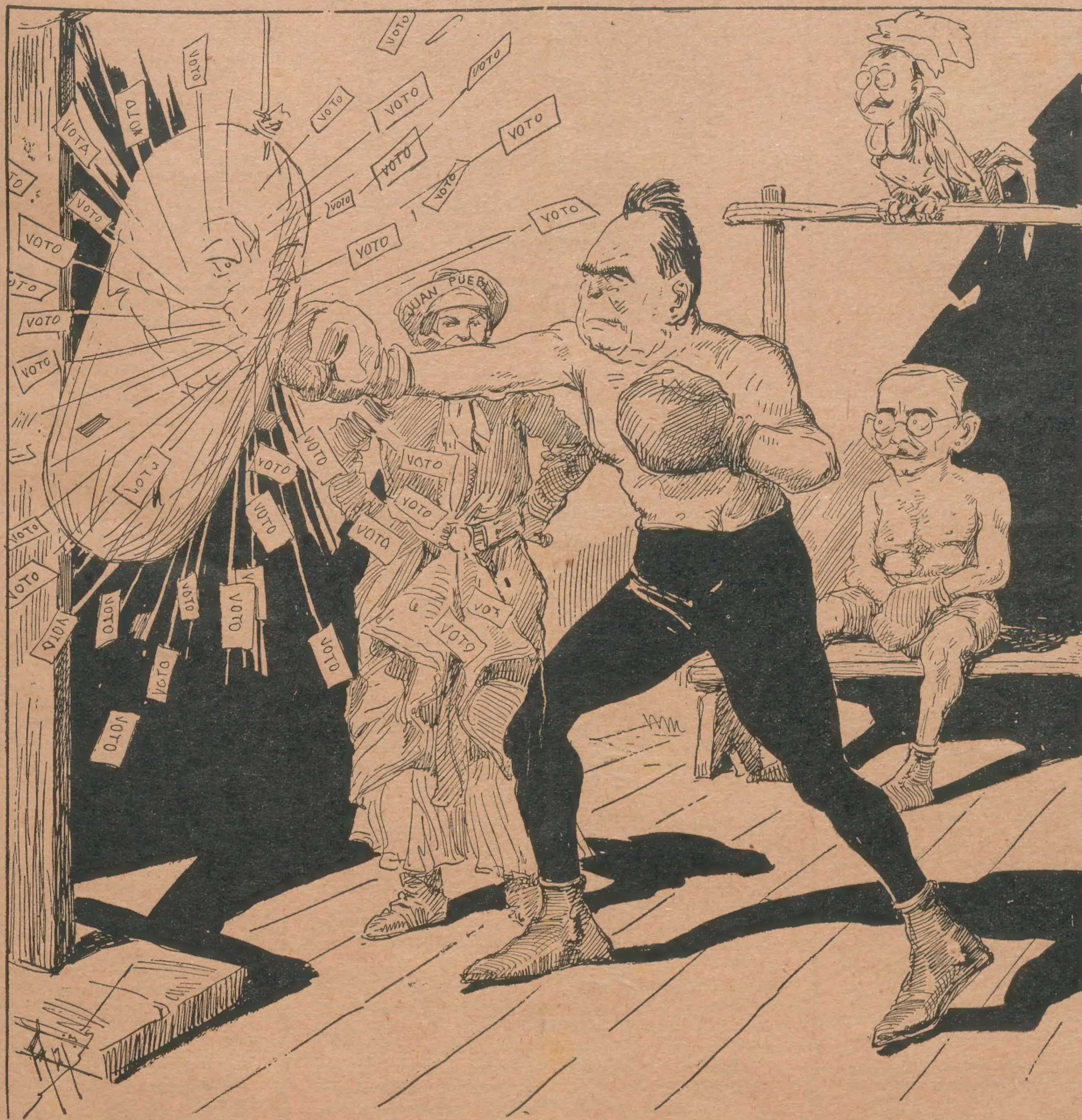
Sucursal en Mendoza:
LAVALLE 28

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII — Buenos Aires, mayo 8 de 1928 — N.º 837

CULTIVANDO EL MÚSCULO, por Rojas



Con el mismo gesto severo de sus anteriores combates, el campeón prueba el formidable poder de su "punch", dejando maltrecha a una pesada bolsa de arena.

UNA VIDA DE MUJER

Por E. Carrasquilla Mallarino

— *"Escribir una Vida, es siempre escribir una Tragedia."* — *J. M. Vargas Vila.*

Alegre y fragante como su nombre, Rosita Nil había cumplido diez y siete primaveras; y de pie sobre ellas, como sobre una escala de otros tantos peldaños, lanzó su primera mirada sobre el horizonte de la vida, a la manera del navegante que despliega la suya sobre la inmensidad del mar.

¿Qué permitía distinguir ese horizonte?

La señorita Nil veía, ante todo, la cuestión matrimonial. Encontrar un marido, un compañero amante y sincero. ¡Tal era su gran problema! Amar a un hombre que le correspondiera sin la menor reserva y que la amara por ella, por su persona, por su belleza, por su gracia vivaz, y no por que al desposarse con ella viese la realización de un buen negocio.

Rosita dedicaba horas, días, semanas y meses, a la consideración y al estudio del asunto, falta de experiencia y de otro ejemplo inmediato que no fuera el de sus progenitores.

La joven tenía, empero, amigas solteras y casadas, y aunque procuraba siempre observarlas como páginas del libro que encierra en sus capítulos la ciencia de la vida, no lograba concretar nada efectivo.

¿Cómo formular en un concepto preciso el secreto del amor? ¿Cómo saber conducir su sinceridad a través de las apariencias engañadoras?

Tal vez la inquietud, la curiosidad de conocer las almas a fondo, eran superiores a su penetración, cosa visiblemente propia de su edad.

Sin embargo, quería salvarse salvando su corazón; y para ello era preciso precaverse, hacerse fuerte, conocer, aunque fuera en teoría, los medios de defensa para cuando llegase el momento, así como el soldado estudia táctica y estrategia antes de ir a la batalla.

Sumida en tales meditaciones y sintiendo arder en sus venas las primeras inquietudes de su juventud, Rosita resolvió franquearse con la que consideraba su mejor amiga.

Para ello aprovechó la noche en que sus padres y los de Aminta Crespo habían salido, dejando a las dos jóvenes en completa libertad de coloquio.

Era una noche de principios de otoño, tibia y lunar. La casa de los Nil, emplazada dentro de un jardín, erguía sus muros de piedra blanquecina con la altivez de un palacete.

Rosita hizo apagar las luces del primer piso y bajó con Aminta hacia el descanso de la escalinata que daba al jardín.

Una brisa suavísima pasaba por los árboles, haciendo crugir las hojas con rumor de sedas íntimas que se confundió con el de los vestidos de las amigas al descender al "parterre".

Rosita tomó del brazo a Aminta, cuyos veinticinco años no iban en zaga, ni en belleza ni en gracia, a los diez y siete de aquélla, y se internaron bajo enredadera de rosales, dirigiéndose a un banco situado junto a un sauce.

Sentadas en el sitio tranquilo y sigiloso donde nadie llegaría a importunarlas y donde hasta el canto de las cigarras disimularía el dejo lánguido de sus voces, Rosita habló primero, interrogando:

—¿Estás cómoda?

—Muy bien, querida.

—¡Bueno: pues soy toda oídos! — Luego la preguntó. — ¿Lo has visto hoy?

Aminta, que nunca había querido hablar a Rosa de los detalles íntimos de sus amores, vaciló una vez más; pero los ojos de su amiga, brillando como luciérnagas en la penumbra, la sugestionaron y decidióse a referirle las minuciosidades de la oculta pasión que había hecho de ella, de su espíritu, de su cuerpo, de su vida, un juguete—juguete acaso trágico, al decir de cierto filósofo—pero juguete al fin...

—¡No somos más que eso, querida! Muñecas..., juguetes del hombre y del destino.

—Pero, ¿tú no lo amas con toda tu alma, y él a ti, no te adora?

—¡Sí! Pero en eso consiste, precisamente, lo horrible de mi caso y de mi situación.

—No comprendo.

—Pues bien, óyeme, Rosa, lo que jamás te hubiera dicho, a no ser porque veo que, sin abrirte los ojos a la realidad, vas a caer tú también cualquier día, inútilmente, cruelmente..., estúpidamente. Porque, créeme no hay nada más estúpido; y si no fuera por el amor, por lo que nosotras creemos que es el amor, el contacto del hombre querido con cuyas caricias soñábamos tanto, sería una explosión de odio... Si no fuera por el amor.

—¡Me asustas, Aminta !Y yo que creía..., que estaba persuadida de tu felicidad y de la... realización de tu matrimonio.

—¡No, hija, no! Mi matrimonio es imposible. Los padres y los amigos de Julio se oponen abiertamente, porque no tengo dote. Y Julio mismo, ¿me oyes?, Julio mismo, que me ama y a quien he dado toda mi honra como una loca... ¡Porque, Rosa, a todo eso llevar el amor! Amar es pertenecer ciegamente; y quien no ha tenido nunca esa ceguera no sabe lo que es el amor. Julio mismo, iba a decirte, no piensa ya en casarse conmigo.

Rosa comprendió apenas el alcance de las palabras de su amiga, que encerraban una tan amarga confesión. Aminta quedó en silencio; y como si hubiese hecho un pesado ejercicio, extendió las piernas y alzando la vista al infinito plateado por la luna, se recostó bien contra el respaldo del banco de madera.

—¡Pero es una historia muy triste! ¡Y yo que te creía tan feliz! ¡Cuántas veces le he dicho a mi madre que te envidiaba! Porque quien ve a Julio no se va a figurar lo que es.

Aminta bajó de la luna sus negros oojs y los fijó en los cándidos de Rosita, contestándole con voz un tanto desfallecida:

—¡Ya ves cómo pierde su porvenir una mujer honrada!

—Sí; mas dime con franqueza; dímelo sin rodeos, y sin creer que deseo censurarte -o reprocharte: ¿Por qué escuchaste sus palabras de seducción? Tú, tan inteligente y tan recta, ¿cómo pudiste caer en eso que a mí me parece ahora una trampa, un engaño de fingido amor? Porque un hombre, un caballero que ama, un espíritu fino, no hace eso. ¿Para qué enturbiar el agua que se ha de beber?, como dicen los moralistas.

—Todo eso es evidente, pero no lo es menos que la suerte se encarga casi siempre de torcernos la vida. Y, luego—agregó Aminta, como para explicarse plenamente, acaso para sincerarse,—yo llegué a creer que cediendo a la suprema instancia del hombre amado, del hombre con quien por viles motivos no me dejaban unir, su caballerosidad lo obligaría a darme su nombre.

—¿De modo que tú fuiste entonces quien puso la trampa?

—Sí. ¡Cayendo en ella yo misma! Porque, como te digo, no creo que Julio siga decidio a casarse; ya va pasando más tiempo del que yo calculé. Y como no podré forzarle, no habiendo tenido nuestra aventura las consecuencias que yo preví, ni conviniéndome un escándalo que me haría perder otro partido, no me queda más remedio que el de conformarme con lo pasado. Digo: con lo pasado, porque desde hace dos meses todo acabó entre nosotros. Sufro, no te lo niego, pues me habitué a sus caricias. Ahora soy fuerte, acaso más que él, y no quiero mostrarle el mal que me ha hecho. Porque tal

LA ESPERANZA

Es la voz interior que nos levanta
cuando la frente en el dolor se abate,
y en los recios tumultos del combate ,
es el clarín que la victoria canta.

Y aunque las zarzas hieran nuestra planta,
el pecho lleno de entusiasmos late,
cobrando alientos para el nuevo embate,
de los ideales en la lucha santa.

El Hombre, en esos grandes episodios,
se yergue ante el dolor o la canalla;
y al golpe siempre recio de los odios,

resuenan sus invictas esperanzas,
como deben vibrar en la batalla
los escudos al choque de las lanzas.

Ricardo ROJAS

EL OBRERO

Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad o de igualdad aristocrática y ese título será el de obrero.

Esta es una aristocracia imprescindible, porque el obrero, por definición, es el hombre que trabaja, es decir, es la única especie de hombre que merece vivir.

Quien de algún modo no es obrero, debe eliminarse de la masa del mundo, debe de dejar la luz del sol, y el alimento del aire y el jugo de la tierra para que gocen de ellos los que trabajan y producen; ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga o de la veta; ya los que cuecen con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica el alma; todo gremio, toda colectividad profesional, tiene necesidad de asociarse, de unificarse, de adquirir personalidad cooperativa para pensar en el conjunto de los intereses sociales.

El trabajador aislado es el instrumento de fines ajenos, y el trabajador asociado es dueño y señor de su destino.

José Enrique RODO

vez se burlaría de mí y hasta me desdeñaría.

Esta última frase, pronunciada con gran desconsuelo, conmovió a Rosa ,quien ,tomando las manos de su amiga y acercándosele como para aliviarla, díjole generosamente:

—¿Desdeñarte a ti? ¡No faltaría más! Julio Campos trabaja a las órdenes de un íntimo amigo de papá y esta noche misma yo haré algo para que su jefe le llame al orden; y ¡ya veremos!

—¡Oh! ¡Pero eso tiene que ser muy diplomáticamente, sin dar a entender en ningún caso lo que te he confesado!

—No, no. Yo haré bien mi gestión y papá sabrá hablar.

—Si fuese yo tan dichosa de hacerlo mío para siempre... Porque, óyeme, Rosita: lo quiero, lo llevo en el alma. ¡Qué quieres! Yo no vivo desde que no nos vemos.

—

Al salir del baño, envuelta en amplio peinador blanco a grandes florones azules, que le caía, realzando más las líneas puras y las bellas turgencias, Rosita se contemplaba en el espejo. La luna biselada del armario recogía oblicuamente la luz mañanera que inundaba el jardín y se metía por las ventanas como una invasión de salud y alegría. Y esa luz, acendrada por el cristal, daba a Rosita un ambiente digno de su juventud y de su belleza. En su piel morena y tersa había madurez y aroma de fruta exquisita. Sus pupilas inmensas, de una tonalidad de perla negra, se contemplaban con idolatría, y por sus cabellos negrísimos corrían, ora el largo peine de marfil, ora el cepillo, abrillantándolos y ondeándolos en un arqueo de brazos deliciosos.

Hecho el peinado, desanudó el leve lazo del peinador, y al tomar la pequeña camisa de finísimos tirantes y ruedo vaporoso, formando con ella una corona, quedó desnuda, inmóvil, por un fugaz instante. Y hubo un éxtasis en aquella alma llena de curiosidades ,al contemplar el cuerpo en que vivía.

Echóse luego por la cabeza la clarísima prenda que, perdiendo su forma de corona, cayó hasta las rodillas velando tenuemente la belleza estatuaria.

Bajo la doble sensación de sus encantos, siguió vistiéndose lentamente ,y de pronto su mirada cayó sobre las letras de oro de un volumen de poesías cuya pasta roja detonaba como flor de fuego en la mesita de noche. Era ese el libro favorito de la joven. Alguien le había dicho que era "una circulación de sangre hervorosa" esa obra, y ella la había adquirido indentificándose con el autor.

Rosita sonrió con una sonrisa luminosa; tomó el libro, llegó a una página que le estaba dedicada y leyó en alta voz, junto a la ventana ,abierta al jardín:

EGOLATRA

¡Tienes razón! Adórate en la clara
y limpia luna de Venecia. Siente
todas tus desnudeces de Carrara
como aquel escultor que genialmente

la ilustre piedra olímpica tallara
y la forma creó, casi viviente,
de que con tal ardor se enamorara,
que el estatuario se volvió demente.

¡Del pie divino o la triunfal cabeza
adórate! Analiza la belleza
que hay en cada detalle de tu ser.

Quémate en tu mirar, besa tu boca,
aunque al amarte así te vuelvas loca,
viendo que no te puedes poseer...

El acento de la cálida voz femenina daba al soneto nuevos valores e inauditos encantos.

Rosita dejó el libro y siguió vistiéndose, dando vuelo a unas cuantas ideas que le zumbaban como abejas en el pensamiento, llegando una que otra a clavarle su pequeño aguijón.

¿Por qué le gustaban tanto aquellos versos? Cada vez que los leía, sus nervios experimentaban una sensación que la muchacha no hubiese podido explicar. Sin embargo, recitando esta vez el soneto pagano, a la postre de la contemplación de su hermosura, Rosita Nil se dió cuenta de que había en su persona un misterioso fluído pasional.

Un llamamiento de la madre la abstrajo de sus inquietantes desvaneos.

—¿Ya estás lista? ¡Te aguardo! —gritó doña Rosenda.

Rosita dió el último vistazo a su tocado y bajó, saliendo a poco en compañía de su mamá. Iban a hacer compras en Florida, debiendo estar de vuelta antes de mediodía.

—¡Ah! ¿Pero vamos en tranvía? —preguntó Rosa a su mamá con acento despectivo, agregando—primero: no llegaremos nunca; segundo: la gente del tranvía la estruja a una mucho; y tercero: a las chicas que andan con sus mamás en tranvía no las mira nadie que valga la pena.

—¡Pero tú, decididamente, te estás convirtiendo en una vanidosa! Desde que has cumplido esa edad ambigua que tú crees muy importante, ya no sé a ciencia cierta qué sucede en tu cabecita. ¡Allí viene, precisamente, el 36. No faltaría más que no pudieras andar sino en automóvil!

—Bueno. ¡Anda! Mamaíta. Que si sigues el sermón, nos deja el tranvía.

Instaladas en el angosto asiento, en mitad del vehículo, doña Rosenda se puso a hurgar su saco de mano para sacar los níqueles, mientras su hija, al dar una miradilla disimulada por los asientos vecinos, notó el saludo discreto de un rostro que por de pronto la ofuscó, pero que un instante después le despertó los más dulces recuerdos.

La persona en cuestión era nada menos que Fernando Díaz, joven y distinguido periodista que había sido durante todo un baile del reciente carnaval, el compañero afable de Rosita. Cautivóse él de sus encantos, despertando a su vez un tierno sentimiento.

En aquella fiesta se conocieron, divirtiéndose mucho los dos — hasta quitarse las caretas y ver que ya se amaban. — Pero al separarse de Rosa no quiso dar al joven su dirección, presa de súbita desconfianza...

Y no se habían vuelto a ver, con gran pena de ella, que se arrepintiera de haberse obstinado en guardar así el incógnito.

La señorita Nil contestó al saludo con una pequeña inclinación de cabeza y con levísima sonrisa que fué siendo más franca cuando reconoció al joven en quien tanto pensara.

El estaba sentado también al centro, del lado opuesto al de las damas, y así pudo establecerse con fácil disimulo un cambio de expresivas miradas de que la señora Nil no se percató.

El tranvía rodó hasta buena altura de la calle Sarmiento, y las dos mujeres descendieron dirigiéndose a Florida, seguidas de cerca por Fernando Díaz.

Cuando se internaron en la calle de los comercios lujosos, Fernando adelantóse unos metros con el mismo paso elegante que había gustado a la chica la noche del alegre baile. Rosita pudo ver entonces toda la silueta de Fernando, y evocó el disfraz de cortesano versallesco que aquel había llevado. Por afinidad telepática, Díaz también evocó en ese momento el disfraz "Pompadour" de la muchacha.

El le había dicho:

—No he visto nunca un nombre más bien puesto que el suyo, siendo usted mucho más bella que las rosas.

Esa frase del joven periodista también volvió al recuerdo de la chica; y hubo un instante en que cambiaron una mirada y una sonrisa significativas.

Doña Rosenda y su hija cruzaron vivamente la calle concurridísima, y al subir y tomar la otra acera Rosita se quedó un poco atrás entre un grupo de transeuntes. Fernando no perdió la coyuntura para acercársele, saludarla a hurtadillas y ponerle en la mano un papel escrito en el tranvía. Rosa lo tomó, echándoselo prontamente al seno, y a saltitos agilísimos alcanzó a su mamá que se había detenido ante una vidriera.

El encuentro afortunado, el saludo y la entrega del papelito audaz, alegraron la mañana del muchacho, dejándolo con gratos pensamientos.

En cuanto a Rosita, el encuentro, el saludo y el billete arrugado que sentía sobre su seno, le habían hecho también un efecto regocijante.

La chica veíalo ahora todo con los más risueños colores; y cuando entraron en la enorme casa de novedades a hacer compras, todo pareciales magnífico y barato.

ANECDOTA

Cuando M. Birgnon, hombre literato y rudo por demás fué nombrado bibliotecario del rey de Francia, el señor de Argenson, que le conocía muy bien, le dijo:

—¡Vamos, sobrino, que ahora tienes excelente coyuntura para aprender a leer!

—¿Pero no me ayudas a escoger? — dijo doña Rosenda. — Pareces un poco aturdida, distraída. ¡Qué se yo!

Y era que Fernando, alentada su audacia por el éxito, se acercaba tanto a Rosita que ésta temía no sólo que su madre lo notase, sino que las gentes lo advirtieran.

Terminadas las compras, un mozo del comercio salió con los paquetes colocándolos en un automóvil de alquiler al que subieron las damas.

—Pero, mamá, habrías podido ordenar el envío de estas cosas. ¡Y hubiéramos regresado en el tranvía! — dijo la chica melancólicamente.

El "taxi" partió veloz; y como no había otro por allí, Fernando se sintió un poco ridículo y bastante desagradado por el insólito cariz de su aventura. Pero luego recapacitó, poniendo su esperanza en el afortunado papelito, que no dejaría de surtir efecto, puesto que sus palabras le llegarían muy hondo a la bella mujer.

—

Fernando Díaz, mozo de veintiséis años, perteneciente a una familia de la docta ciudad cordobesa, había llegado a Buenos Aires cinco años atrás con intenciones de abrirse nuevos y más amplios horizontes. Aficionado a la literatura desde sus primeros revuelos de hombrecito inteligente y temperamento sensible a lo refinado y a lo bello, la abnegada y seductora carrera de las letras le pareció la mejor. ¿Quién, con ventiún abriles, con sensibilidad y con talento, deja de creer en la gloria cuando las musas lo han besado en la frente?

Así ,e l joven escritor se instaló en la metrópoli y, pasando por la vida de bohemia, que más tiene de trágica que de pintoresca, llegó con tropiezos y a fuerza de tenacidad a ocupar un puesto entre los colaboradores del mejor diario de la tarde. Era, pues, el novio de Rosita Nil un mozo de cultura y de merecimientos.

El enamorado de la flor humana, cuyo aroma lo embriagara una noche de carnestolendas, para siempre, era, por tanto, el caballero y novio que una mujer inteligente puede desear. No se le debía tachar ni que fuese pobre, porque si bien es cierto que había llegado a Buenos Aires con sólo el deseo de trabajar, sin recibir ayuda de su familia, ésta era acomodada.

Fernando Díaz consideraba todo perfectamente, y esa fué una de las razones que lo habían molestado y hecho sufrir cuando Rosita se negó con obstinación suave, pero decidida, a decirle quién era y a darle su dirección.

Ella vió y sintió, sin duda, durante las horas del memorable baile, que Fernando la había amado desde el primer momento y que ese amor era algo más que una ilusión pasajera. Rosita tenía que haber comprendido íntimamente la pasión que su belleza y su gracia inspiraron de inmediato a aquel hombre que se parecía muy poco a la mayoría de los jóvenes, tan frívolos, tan bruscos, tan materialistas.

Por eso Fernando había pasado noches enteras sin sueño. Había recordado cada gesto, cada palabra, cada detalle de Rosita, durante la fiesta de los colorines ilusorios, y comprendía que la chica también había sido tocada por la divina flecha del dios niño. ¿Por qué, pues, haberle negado todo medio de volverse a ver y de comunicarse?

Hasta el instante en que, por una de esas casualidades que deben ser designios generosos de la suerte, Fernando se encontró en el tranvía con la señorita Nil, el escritor había llegado a pensar que aquella mujer de unas horas de ensueño debía ser casada, estar comprometida, o tener, en último caso, algún inconveniente poderoso e insalvable para ser su amada y su esposa. Pero desde que sus ojos se volvieron a encontrar con la mirada luminosa de los adorablemente negros y hondos de Rosita, en el tranvía providencial, su alma pareció encenderse con nuevas esperanzas, y todas las cosas asumieron ante la indecible vibración de su ser, aspectos más vivos, más jocundos, más bellos. La vida toda sonrióle en aquel momento fugaz.

—El destino, habíase dicho Díaz, la vuelve a poner en mi camino, porque estamos predestinados el uno para el otro.

Y con tal fe lo creyó, con tanta evidencia de haber comprendido los designios del misterio que rige las vidas, que, sacando lapicera y cuaderno de notas, le escribió a Rosa el dulce billete que ella había recibido con tembloroso disimulo, echándoselo al seno para leerlo más tarde.

Cuando inesperadamente doña Rosenda y su hija subieron al automóvil y partieron, sin que a Díaz le quedara el recurso de tomar otro "taxi" para seguirlas y conocer dónde vivían, el enamorado cifró toda su suerte en el frágil escrito, y comenzó a esperar, instante por instante, con febril impaciencia.

Así pasó la tarde, pasó la noche y llegó el otro día.

—¡Hoy me telefoneará!, se afirmó el joven, resuelto a esperar la llamada, sin salir siquiera de su casa. Metido en su biblioteca, al pie del teléfono, fumando uno y otro cigarrillos, y sin acertar a comprender bien su estado, pasó largas horas.

Apenas llegó el automóvil a la puerta de su casa, Rosita Nil saltó de prisa. Dejando a doña Rosenda que pagara al conductor, ordenó al sirviente que entrase los paquetes y subió sin más demora a su alcoba, cerrando las puertas tras de sí. Estaba impaciente por encontrarse sola.

Sin quitarse siquiera el sombrero, la enamorada se desabrochó el vestido, sacando los brazos de las pequeñas mangas y, tirando hacia abajo la combinación y el encaje triangulado de la camisa, buscó nerviosamente el papelito por cuya lectura ardía en curiosidad.

Pero no lo encontró por el momento.

Sin vacilar, se quitó el vestido enteramente, revisándose las ligas y la entrada de las altas medias sedeñas. Pero aunque se revisó escrupulosamente, examinando después pieza por pieza sus vestiduras, no le fué posible encontrar el billetito de amor.

¿Qué hacer? ¿Qué deducir? Probablemente, el papelito que ella había recibido con gran timidez, arrugándolo y echándoselo al seno de prisa, no había caído en él sinó en el suelo. Sin embargo, se acordó al punto de haberlo sentido cosquilleándole el pecho.

Lo cierto fué que el ansiado manuscrito desapareció de manera incomprensible, o acaso sencillamente se escapó de su perfumado y cálido escondite.

Para convencerse de ello voló al balcón. El automóvil desgraciadamente había partido ya. Luego, como apelando a un último recurso, desconsolada, trémula, demudada, se echó su peinador de florones azules y bajó a interrogar.

—Mamaíta: ¿no encontraste nada al bajar del automóvil?

—No hija. ¿Qué se te ha perdido?

—¡No, nada! Un papel con un apunte.

Y salió en busca del criado sin oir la voz de doña Rosenda que le preguntaba si aquello era el motivo de su lividez.

—Aniceto, dígame: ¿encontró usted, por casualidad, un papel arrugado al sacar los paquetes del automóvil?

—No he encontrado nada, señorita. Siempre que vienen ustedes en automóvil, me fijo bien y lo reviso por todos lados.

Rosa no dijo nada más y, volviendo a su habitación, echóse en el diván, inconsolablemente. Luego, no resistiendo aquella fatalidad que la volvía a aislar de Fernando, la pobre se puso a llorar amargamente, y apenas pudo contestar que no almorzaría, cuando golpearon a su puerta.

La tristeza no había embargado nunca esa alma con tanta intensidad.

Ya la vez pasada, arrepentida de no haber dado su dirección o su teléfono a Fernando, había sufrido bastante, calmándose después al ser consolada por Aminta. Esta amiga le había dicho muchas co-

ENTRE LA FRONDA

Junto a la clara linfa, bajo la luz radiosa
del Sol, como un prodigio de viviente escultura,
nieve y rosa su cuerpo, su rostro nieve y rosa
y sobre rosa y nieve su cabellera obscura.

No altera una sonrisa su majestad de diosa,
ni la mancha el deseo con su mirada impura;
en el lago profundo de sus ojos reposa
su espíritu, que aguarda la dicha y la amargura.

¡Sueño del mármol! ¡Sueño del arte excelso, digno
de Escopas o de Fidias, que sorprende en un signo
una actitud, un gesto, la suprema hermosura.

Y la ve destacarse, soberbia y armoniosa,
junto a la clara linfa, bajo la luz radiosa
del Sol, como un prodigio de viviente escultura.

Ricardo JAIMES FREYRE

ALGO SOBRE DIGNIDAD

Un día al llevarle a Mirabeau un libelo contra él, dijéron de los emisarios: Os atacan inicuamente, defendeos — y Mirabeau exclamó: Quienes me atacan los conozco; por eso no me defiendo; pues sería entrar en tratos y discusiones sobre mi dignidad con quienes no tienen ninguna y con los cuales no puede medir sus armas un hombre que vale, no digamos mucho, pero sí más que ellos.

Sigue ese ejemplo. Sé callado y paciente. No te bajes hasta la canalla porque encanallecerías. Quédate donde estás, que abajo gritan la calumnia, el odio, el desprecio y la envidia, porque esos gritos en el viento se pierden y tú eres tú firme en todo silencio digno cuya elocuencia no entienden tus enemigos pero que vale ante la gente que a ellos los conocen y a ti te aprecian.

Fíjate en lo que ellos valen socialmente y en lo que tú vales y saca la cuenta. El odio que los devora es su propio castigo. No les hagas caso. No les dispenses el valor de tu atención, porque los infelices pueden creerse personas de verdad.

Marcel PREVOST

sas, obligándola a reflexiones que la hicieron dudar un momento sobre si la aventura del baile de máscaras había sido un pasatiempo en lo que fuera una farsa general.

Rosita, algo calmada así por su amiga en aquella ocasión, no lo creía posible en la presente. La desaparición del papelito amoroso era considerada por la chica como el acontecimiento más infausto de su existencia.

La pérdida de un papelito deleznable, escrito tal vez con borroso y débil lápiz, se levantaba en el pensamiento de la seoñrita Nil como una muralla, o se dilataba como un mar que la separaba cruelmente de un sueño maravilloso, de una realidad, no por rápida menos adorable, de su ventura, de su porvenir. Porque ella, con toda la potencialidad intuitiva de su sexo, en cuestiones de amor, supo que Fernando era el ideal que tenía del hombre, después de observar y estudiar y tocando hasta el fondo mismo de esa subconciencia amatoria, innata en la mujer.

Desesperada, apagándose como una lámpara, marchitándose como flor tocada por los primeros soplos invernales, Rosita iba perdiendo poco a poco sus gracias deliciosas. A medida que el tiempo fué convenciéndola de lo difícil que era volver a ver a Fernando en la inmensa Cosmópolis — sin apelar a medios indiscretos y extraños que ella no podía poner en juego, la chica se transformaba en una virgencita del desconsuelo, y sufría en silencio, sin decir a nadie, ni a sus padres ni a su amiga, el motivo esencial de su melancolía.

—

Mas — pasado el tiempo que todo lo madura, lo disipa y lo mata: el tiempo, ese padre del olvido, — Rosita Nil recordaba sus gracias y primores. Su alma y su belleza parecían reflorecer como el jardín después de la estación glacial.

Sin embargo, el recuerdo de Fernando Díaz permanecía incólume en el alma de aquella mujer sincera. Al menor vuelo de las evocaciones el llanto afluía a los divinos ojos negros.

—Pero, ¿no piensas en tu porvenir? No tienes derecho a suicidarte así, por un vago capricho romántico, por una serie de ideas inconsistentes que te obseden y apagan la inteligencia, cerrándote el camino de la vida. Yo he adivinado quizá lo que te sucedió, aunque jamás nos hayas dicho nada. ¡No seas loca, hija mía! ¡Tienes apenas veinte años! Es decir: comienzas la existencia y es preciso que reacciones por completo, y que trates de aceptar lo que ahora te brinda el destino y que nosotros hemos estudiado y creemos inmejorable. ¡Vamos! Aún me comprendes, ¿no es verdad?

Rosa miró a su padre con la palidez de la víctima que abnegadamente acepta los mandatos del sino.

Después del señor Nil continuó doña Rosenda, hablándole del obstinado pretendiente que había pedido su mano y que parecía tan enamorado como buen partido.

—Don Enrique es un excelente caballero, una sana inteligencia. Será un compañero que te guiará por el mundo con tanto acierto como tu padre y yo lo haríamos, como Gracián me ha guiado a mí.

—¡Sí, mas no lo quiero! Es demasiado viejo para mí; es demasiado frío. Además: ¿y si yo lo hiciera desgraciado?

—¡Qué vas a hacer desgraciado tú a un hombre que con sólo mirarte dice que se siente dichoso!

A pesar de su estado de ánimo, Rosita convino meses después en contraer enlace con el compañero que le destinaban sus padres; y Aminta misma, para quien — al fin de cuentas — cualquier hombre decidido a casarse era indefectiblemente un gran partido, se lo aconsejó también.

Así fué como en pocas semanas se arregló el asunto, celebrándose la boda de Rosita con un hombre de carácter totalmente contrario a sus gustos e inclinaciones, por más que trataba de mostrársele acorde. Un hombre metódico, lento, sin mayor vuelo intelectual, ni otra condición de fuerza que la de ser empleado superior de un frigorífico extranjero establecido en el país.

Y no es que Enrique Helman, de incierto origen nórdico, fuese mal partido para una mujer corriente. Pero para Rosita Nil, tan refinada, tan espiritual, tan femenina, tan bellamente melancólica, era el señor Helman un despropósito o poco menos. Era más alto que su esposa y considerablemente más grueso; hablaba dificultosamente, no sólo el castellano sino su propio idioma, y tenía una notable inexpresión facial, atenuada apenas por dos pequeños ojos de añil, que eran las dos únicas notas vivas de su persona.

Sólo se explicaba ese matrimonio por las razones que dejamos insinuadas y porque a Rosita — despechada y sin ilusiones, habiendo visto partir el ensueño de su juventud — todo le era igual en este mundo.

De tal suerte aconteció la boda de Rosita Nil, mágica estrella aparecida dos veces en la vida de Fernando Díaz, pero no olvidaba jamás sino lloraba siempre.

(Concluirá en el próximo número)

La hermosa cajera

Esta historia verdadera ha ocurrido en Brequilly-sous-Bois.

El Café Real era propiedad del Sr. Fouasse.

El Café Imperial, situado en frente, pertenecía al Sr. Duclos.

Como es lógico, se había entablado una competencia terrible entre los dos dueños.

Y así seguirían las cosas si un día no se le hubiera ocurrido al Sr. Fouasse tomar una cajera.

¡Y qué cajera! Una cajera soberbia, divina. Imaginaos la sonrisa de la Gioconda, los ojos fascinadores de una mujer andaluza y el cuerpo de la Venus de Milo, y este conjunto os dará una idea aproximada de lo que era la señorita Germana, la enloquecedora cajera del Café Real.

Yo no sabría deciros si era rubia o morena; el caso es que de la noche a la mañana todos los clientes del Café Imperial habían desertado de este establecimiento para ocupar los divanes del Café Real y poder contemplar los ojos de la hermosa cajera.

Desde aquel día el Sr. Fouasse se frotaba todas las noches las manos de alegría al hacerse cargo de la recaudación, que iba en aumento a medida que aumentaba la parroquia, atraída por los encantos de la señorita Germana. Hasta el día en que el Sr. Duclos ofreció un sueldo mayor a la bella cajera y ésta pasó a prestar sus servicios al Café Imperial.

Naturalmente, todos los clientes del Sr. Fouasse se precipitaron como un solo hombre al establecimiento del Sr. Duclos, al cual le llegó el turno de frotarse las manos de alegría al hacerse, por las noches, cargo de la recaudación.

Pero el Sr. Fouasse no se dió por vencido. Hizo ofertas más tentadoras, y la señorita Germana volvió al Café Real y con ella volvieron todos los clientes.

Entonces se le ocurrió al Sr. Duclos una idea diabólica. Se vistió con esmero y fué al establecimiento de su rival a pedir la mano de la señorita Germana. Llegó en el preciso momento en que el señor Fouasse estaba haciendo a su cajera la misma proposición.

La hermosa cajera escuchó tranquilamente las dos apasionadas declaraciones, y contestó:

—Caballeros, no puedo aceptar ninguna de las proposiciones que ustedes me hacen, porque voy a casarme. Precisamente por consejo de mi prometido es por lo que estoy aprendiendo el manejo de la caja, porque en cuanto volvamos de nuestro viaje de novios mi novio piensa abrir un café en esta misma calle.

La desesperación de los señores Fouasse y Duclos fué enorme, y aumentó meses después al ver abrirse, a pocos metros de sus establecimientos el Café Popular, con la bella Germana como cajera.

—Ahora—exclamaron los dos rivales—es la ruina completa.

Pero no hubo tal. Los hombres, en cuestión de amoríos, temen las complicaciones peligrosas. La vista del marido de la hermosa cajera, un mocetón hercúleo, de aspecto de hombre de mal genio, inspiró a los clientes un temor razonable, muy provechoso para el honor conyugal del amo, pero perjudicial para sus intereses comerciales.

En vano la bella Germana, asomada a la puerta del Café, lanzaba miradas coquetonas a los transeúntes. Estos, indiferentes, pasaban de largo y entraban en el Café Real o en el Café Imperial.

Sólo un consumidor más arriesgado que los otros entraba todas las tardes a tomar un aperitivo y a comerse con la mirada a la bella Germana.

Pero al cabo de cuatro meses desapareció el único cliente.

Había muerto de amor por la hermosa cajera.

LOUY-ERNEST

Europa nos admira

La jira de nuestro canciller por el viejo mundo.

El doctor Angel Gallardo, ministro de Relaciones Exteriores, acaba de regresar, de su brillante jira por Europa, con la bella emoción que proporciona el culto al patriotismo, y el amor extrangero hacia nosotros traducido en los elocuentísimos homenajes de simpatía, afecto y admiración hacia la Argentina, que ha podido recoger a su paso por los pueblos que visitara.

—¿Qué hechos o episodios le han evidenciado el prestigio de nuestra nación en el extranjero? —preguntamos al doctor Gallardo.

—Todo. En las distintas manifestaciones tributadas se ha puesto en evidencia lo que se estima a nuestra patria. No solamente la recepción académica, donde los discursos pronunciados han traducido el entusiasmo de los hombres de ciencia por aquello concerniente a nosotros, ni la palabra protocolar, que en esta ocasión ha salido plena de su marco para expresar más que un cumplido oficial, la verdad inconfundible de lazos de confraternidad, sino que en el alma del pueblo de los distintos países y en los hechos más diversos y pueriles he podido constatar con el agrado profundo que como argentino y como ministro podría experimentar, el amor hacia esta tierra grande, en hechos vivos y rotundos.

—Qué lección marca la inauguración del monumento a Belgrano, en Génova, idea por Vd. propiciada?

Coloca un cigarrillo en su boquilla de ámbar y lo prende. Medita unos instantes. El humo azul asciende lentamente en la habitación como ideales que se remontan hacia lo infinito.

—Efectivamente, yo dejé esa idea en Italia, en una comida con que se me despidió cuando vine ha hacerme cargo de esta cartera y desempeñaba entonces la legación argentina en aquel país. Tomó carne y se convirtió en preciada realidad. Fuera del acontecimiento en sí, de la inauguración apoteósica de esa estatua y que todos los rotativos del mundo han detallado y comentado en su valor, es una gran lección para el mundo y para nosotros, esa gloria discernida al inclito varon de sublime vida y ejemplares hazañas épicas. Ha ganado nuestra historia, ha resplandecido nuestra bandera. Se ha plantado en Europa el bronce de nuestras legítimas famas. La atención de los hombres gravitará sobre esa erección que habla y difunde la grandeza de nuestro acervo y de nuestra ejecutoría incomparables!

—Todavía creen allá que somos indios y que Buenos Aires es la capital del Brasil?

—Tanta no es la ignorancia y el error al respecto. Cada día que transcurre nuestras luces llegan en resplandores que no admiten eclipse. Poco a poco se va conociendo la verdad. Hace treinta y tres años, la primera vez que yo fuí a Europa, un camisero de París al conocer mi nacionalidad me increpó furibundo, preguntandomé: "¿Qué han hecho Vds. con mi dinero?" El hombre había comprado títulos de un empréstito de la Provincia de Buenos Aires que desvalorizados se habían demorado los pagos a los interesados. Hoy Europa admira a esta joven, próspera



El doctor Gallardo, en Berlín, acompañado del ministro argentino, doctor Quintana y del consejero alemán Wageman.

Para "Fray Mocho".

Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

El papel de la prensa en las relaciones inter-
nacionales es sumamente importante
En esta época de amplia publicidad las
buenas ó malas relaciones de los pueblos
dependen en gran parte de la actitud
de los diarios que se interpreta como
reflejo ó orientación de la opinión pública.
Los periodistas deben medir su grave respon-
sabilidad en estos asuntos y no dejarse llevar
por el amor propio profesional de adelantar
noticias sensacionales, reflexionando que una
publicidad inoportuna puede hacer fracasar una
delicada negociación diplomática ó provocar
agravios al herir el sentimiento patriótico.
Las cancillerías tienen á veces que desarrollar
mucho trabajo para disipar malentendidos
resultantes de publicaciones indiscretas.
Es pues de desear que la mayor prudencia
inspire a la prensa al tratar tan graves materias
que pueden llegar á provocar la hostilidad
entre las naciones.

Angel Gallardo

"El papel de la prensa en las relaciones internacionales es sumamente importante.

En esta época de amplia publicidad las buenas o malas relaciones de los pueblos dependen en gran parte d la actitud de los diarios que se interpreta como reflejo u orientación de la opinión pública.

Los periodistas deben medir su grave responsabilidad en estos asuntos y no dejarse llevar por el amor propio profesional de adelantar noticias sensacionales, reflexionando que una publicidad inoportuna puede hacer fracasar una delicada negociación diplomática o provocar agravios al herir el sentimiento patriótico.

Las cancillerías tienen a veces que desarrollar mucho trabajo para disipar malentendidos resultantes de publicaciones indiscretas.

Es pues de desear que la mayor prudencia inspire a la prensa al tratar tan graves materias que pueden llegar a provocar la hostilidad entre las naciones. — Angel Gallardo".

y hermosa república que tiene sus brazos abiertos para recibir y estrechar en ellos a todos los habitantes de la tierra.

Se conserva por lo demás confianza en el gobierno argentino. Saben los gobernantes que el doctor Alvear es todo un caballero y este prestigio conocido y extendido predispone más en nuestro favor en los distintos campos de las vinculaciones.

—Vd., Ministro, que ha podido palpar ampliamente la grandeza de la patria fuera de su territorio, que caudal de sugestinos debe haber traído en el espíritu.

—Ya lo creo. Tantas, la Patria vista de lejos asume forma y visión extraordinarias; grandioso espectáculo que deleita nuestro espíritu. Es un panorama de ensueño. Como las pequeñeces y los defectos no se notan, por la distancia, surge majestuosa toda la belleza, la virtud y la suprema armonía del país que ha sido nuestra cuna.

—Sus visitas qué inspiraciones le han producido?

—Muchas, que guiaran propósitos e iniciativas. Su pregunta es vasta y honda y se la contesto con agrado.

—Y los argentinos en Europa, su número, su ambiente, sus círculos?

—Casi todos los que se dirigen allá van con fines de pasear. Forman un número que varía constantemente, pues no permanecen sino temporadas en los sitios preferidos para recreaciones, como ser balnearios, termas, centros principales como París que absorbe a casi la totalidad de los que van a Francia. La minoría son lo que realizan viajes de estudio. Estos se dirigen a Berlín, Londres, etc.

—Los consulados, nuestras representaciones, se hallan en manos de hombres expertos, inteligentes?

—En ese terreno debo decirle no estamos tan mal como algunos nos pintan.

He recorrido muchos consulados y he podido comprobar que su marcha es buena. Indudablemente hay que mejorar siempre.

—¿Conviene nuestra incorporación a la Liga de las Naciones?

—Sí.

—Lo he expresado a periodistas que me han entrevistado en ciudades europeas. Conviene nuestra incorporación a ese organismo, porque es un recinto donde se pueden resolver delicados problemas internacionales y donde el derecho de todas las naciones se hará respetar. Indudablemente hasta el presente la Liga no ha realizado obra trascendental. Hay que tener en cuenta que sólo lleva seis años de existencia, tiempo apenas suficiente para su organización que hoy es eficiente. Y como una institución mundial de su carácter se ha ocupado, a la verdad, hasta el presente, de pequeñas cosas sin dictaminar sobre fundamentales para todo el mundo, ciertos órganos de la prensa toman su vida en solfa. Pero hay en ello un gran error. Hoy la Liga se halla muy ocupada con cuestiones cercanas a su sede, en la propia Europa.

—¿Su pensamiento sobre la política internacional del gobierno argentino en relación a la política exterior?

El ministro se arrellena en la butaca fijando su mirada en el techo del salón.

—En realidad nosotros no tenemos una política internacional ahora. Síguese la honrosa tradición en esa materia.

—¿Y las relaciones con los países?

—No pueden ser más cordiales. El envío reciente de embajadores y el ascenso de las legaciones a embajadas prueba la consideración y el aprecio que se tiene a nuestro país en el extranjero.

—¿Qué proyectos prepara para presentar al Congreso en el próximo período ordinario de sesiones?

—Varios. El principal es el de incorporación a la Liga.

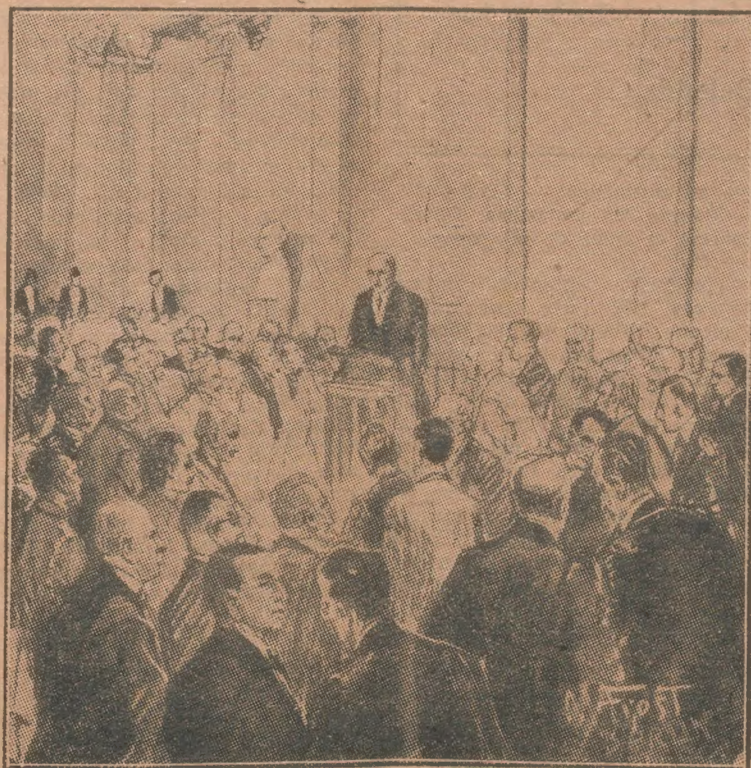
—Los legisladores sanamente inspirados deberán apoyarlo.

—Vamos a ver.

—Abusaremos de su gentileza pidiéndole un autógrafo para FRAY MOCHO en el que exprese la significación del periodismo en las relaciones internacionales.

Asiente.

—Gustoso lo escribiré, pero antes quiero manifestarle que el periodismo puede ser malo o bueno para una obra como ésta. El periodismo y la diplomacia son antéticos. El primero es indiscreto, la segunda exige discreción, mesura, indispensables en una negociación, por ejemplo, ahora, el bueno coadyuva, orientando la opinión en la verdad, fuera del sensacionalismo y la imaginación muchas veces perniciosa cuando no va encaminada por la razón.



El doctor Gallardo pronunciando su discurso de recepción en la Sociedad Científica Germana, de Berlín, ante una selecta concurrencia. — (Grabado publicado en la revista "Illustrirte Zeitung".

—Y los diarios que atacan a los funcionarios sistemáticamente-

—Cuando el ataque es sistemático pierde eficacia y revela falta de fundamento...

—Y de nobleza.

—Y los formulismos de la diplomacia?

—Todo en la vida necesita forma. Hasta las funciones más elementales de la vida lo exigen. ¿Por qué cuándo se come se coloca manteles, adornos y flores en la mesa? Vistas las cosas por ese prisma simplificador, viviríamos como los trogloditas. La forma es indispensable.

—Entraña fondo.

—Sí, y mucho, a veces.

Queda el doctor Angel Gallardo firmando expedientes que le han sido traídos de secretaría.

Ya en la puerta del despacho se nos ocurre exigirle algo más.

—¿Una anécdota, doctor?

Pásase la mano por la cabeza.

—Me han ocurrido tantas que en este momento no me acuerdo de ninguna. ¡Sería conveniente que a medida que me acuerde las fuese consignando en el papel.

—Haría un anecdotario interesante y codiciado.

Lo haré.

Nos despedimos.

—Saludos a la revista FRAY MOCHO — nos expresa.

ROQUE CEPEDA VERON

La terrible muerte del oso blanco

Por Federico Morice

¿Quién no le conocía, no ya sólo en la localidad, sino en la provincia entera?

Ninguno, seguramente; pero con la misma seguridad puede afirmarse que nadie sabía su nombre de pila ni su apellido verdadero.

Todo el mundo lo distinguía por "el capitán Estallido", sonoro y retumbante sobrenombre a que, por otra parte, habíase nuestro héroe hecho acreedor.

Porque importa hacer constar que el capitán Morcillo (así se apellidaba, según la partida de nacimiento) era aficionadísimo a referir episodios y aventuras de su azarosa vida, exagerándolas más de lo regular cosa que no tragaban así como así el boticario y el juez del pueblo.

Cuando, en las largas veladas de invierno, reunidos en torno de una mesa de la Hostería de las Tres Estrelas, narraba el capitán alguna de sus aventuras maravillosas, el juez y el boticario se miraban de reojo e interrumpían a cada momento y despiadadamente al narrador.

Aquella noche precisamente, en la hostería, el juez y el boticario, junto con otros tres consumidores, verdaderas cariátides de la tertulia, hallábanse sentados ante una mesa sobre la cual se veían algunos "chopps" de espumosa cerveza.

Fuera hacía un frío siberiano.

Un poco más tarde de lo acostumbrado penetró en la sala, resoplando y envuelto en su capote, el capitán "Estallido".

—¡Buenas noches!—dijo con cordialidad y sentándose a la mesa.

—¡Buenas noches, capitán!—respondieron a una voz los otros.

—¿Hace frío, eh?

—¡Y qué frío!

—¡Pues, cómo será en el Polo! —añadió el boticario mirando intencionadamente al capitán.

—¿Ha estado usted allí, quizá? —preguntó el juez con sonrisilla socarrona.

—Sí...

—Cuente..., cuente entonces — gritaron todos los del corro.

El capitán Morcillo sonrióse, vació su "chopp", y, previo carraspeo, comenzó:

—Encontrábame, en diciembre de 1859, a bordo de una ballenera noruega en el estrecho de Behring...

—¿En la América septentrional, no? — interrumpió uno.

—Sí. Decía, pues, que navegábamos proa a los mares del Norte, en busca de las ballenas. Estábamos en invierno.

—¿Y hacía frío?

—Tanto frío, que una mañana nos encontramos con los costados llenos de carámbanos.

—¿Los costados de ustedes?

No, hombre; los del buque. Este habíase detenido aprisionado por los hielos. ¿Qué hacer?

Yo me aburría soberanamente. Hacia el anochecer salía para estirar las piernas y uno de estos paseos por poco me cuesta la piel.

—¿Y cómo..., cómo fué ello? — preguntó el juez

—Figuraos que un día me encuentro con un oso blanco de ocho metros de altura.

—¡Bum!—

—Nada de ¡bum! Tenía quizá más de ocho metros. Rápidamente me echo el fusil a la cara, apunto, y ¡pum!, disparo... El oso, herido en pleno pecho, avanza a mi encuentro. ...Disparo otras dos veces, pero yerro los dos golpes, ¿Qué hacer?

Dejo al oso acercarse, saco el tarro de la pólvora y la hecho toda sobre la fiera, que se me venía encima. Después, prendo un fósforo, se lo arrojo encendido, y... pies para qué os quiero...

—¿Y el oso?

—Me vuelvo y lo veo envuelto en una viva llamarada. De pronto cesa en sus cabriolas. El oso acaba de morir.

LOS OJOS DEL GATO

Por Grazia Deledda

Una carreta tirada por dos bueyes blancos cruzaba lentamente la llanura.

Recuerdo la escena como si se hubiese desarrollado ayer... Atravesábamos a pie una viña. Aquella carreta marchaba tan pesada y somnolienta, que no tardamos en alcanzarla... Guiábala un hombre alto y barbitaheño. En el interior del vehículo, sentada sobre un fardo de lana, hallábase una mujer entrada en años, cuyos ojos de un castaño claro que contrastaba con su tez marmórea, resplandecían con ardiente fulgor de pasión y de juventud. Vestía el traje regional; su corpiño de brocado semejaba un cáliz de rosa hendido en dos.

Era otoño. Los árboles conservaban aún sus hojas cobrizas. Las viñas, ya vendimiadas, destacaban sus escuetas ramazones sobre el fondo verduzco de la campiña. El cielo inundaba las cosas de silencio y de luz.

La campesina que marchaba a nuestro lado miró con curiosidad a la mujer de los ojos castaños, e impresionada por la dolorosa expresión de su rostro, le preguntó:

—¿De dónde vienes?... ¿Estás enferma?

Una sonrisa de infantil júbilo, iluminó el semblante de la desconocida.

—Sí; estuve enferma. Pero ahora me siento bien... Vengo de la cárcel.

—¿De la cárcel?... ¡Vamos!

—De la cárcel. ¿Te asombra?

Nuestra acompañante abrió tamaños ojos, y miró con temor y desconfianza a la mujer de la carreta.

—¿Por qué me miras así?... En mi lugar, tú habrías hecho lo mismo.

—¡Quién sabe!

—Sí: habrías hecho lo mismo eres mujer, como yo.

—¿Y qué es lo que has hecho?

La mujer se retorció las manos, se mordió los labios, sonrió, levantó la cara y siguió con la vista el vuelo de los cuervos que rasgaban la plateada inmensidad del cielo.

—He matado a una mujer — dijo tranquilamente.

Como el rostro de su interlocutora se contrajera en un espasmo de superticioso terror, prosiguió:

—¿Qué te pasa?... ¡No pongas esa cara, hija!... Me recuerdas al gato... Sí; el gato tenía los ojos iguales a los tuyos; verdes como las hojas de las plantas... Mírala, Simn y di si no es cierto lo que afirmo.

El hombre caminaba taciturno, indiferente, hierático, fijos los ojos en la lejanía.

—¿Has matado a una mujer?... —inquirió la otra, sintiendo excitada su curiosidad. — ¿Por qué?

—Porque me molestaba. Quería robarme el amor de mi esposo.

—¡Oh!

—Yo tenía, entonces, quince años, casi diez y seis... Deja quieta la picana, Simón, que los bueyes mugen y éstos señores no pueden oirme... ¿No quieren subir a la carreta?... Sí; yo tenía diez y seis años; él treinta; ella, veinte... Creo que era una bruja... Pero una bruja de cara fresca y roja como una grana... Mi esposo regresaba a casa tarde, muy tarde... Yo lo aguardaba despierta... ¡Qué frías eran esas noches de invierno!... ¡Y que largas!... Y un día pensé matarla... Me dije: seré condenada a veinte años de cárcel... Cuando salga, tendré treinta y seis... ¡Ah!... ¡Más ella tendrá cuarenta!... ¡El habrá dejado de quererla y preferirá mi amor!... A pesar de esos pensamientos, creo que no habría tenido valor para matarla si ella no me hubiese provocado... No le faltaban pretextos para llegarse hasta mi casa: unas veces venía a pedirme un poco de levadura; otras, un manojo de tomillo; otras a preguntarme si no había visto a su gato... Era un gato amarillo de ojos verdes...

—¿Aquélla mujer estaba casada?

—No. Pero, ¿me entiendes?... ¡Era una mala mujer!... Cuando la veía, se me nublaban los ojos... Y me estremecía, me estremecía como una cabrita agonizante... Aquel día vino con la acostumbrada excusa del gato. El animal estaba en el patio, acostado a pocos pasos de mi marido... Era la tarde de un domingo.. "¿Entró mi pequeño tigre?..." Al verla el gato dió un brinco, curvó el lomo y se le acercó mimoso. Mi marido se incorporó presuroso adelantándose a recibir a la intrusa... Yo en la cocina... No sé por qué, me pareció que eso de "pequeño tigre" era una alusión a mí... Volví la cabeza. Ví el fusil colgado en la pared... Me abalancé a él... Corrí a la puerta... Hice un disparo. La mujer cayó muerta. Mi marido rugió como una fiera salvaje... Yo veía las cosas esfumadas en una niebla de fuego... La infame, tendida en el suelo, encharcaba el patio de sangre... El gato, en vez de huir, se restregaba contra ella, mirándome con sus ojos verdes, verdes... ¡Le tuve odio, un odio incontenible!... Levanté el arma e hice un nuevo disparo contra el gato... La gente, que había acudido atraída por la primera detonación, vió cómo lo mataba... Hombres y mujeres, niños y ancianos, todos comenzaron a bramar e imprecar... Llegó un agente de policía... Me ordenó que me entregara presa... Poco a poco se fué aproximando a mí... Y luego me aferró de un brazo brutalmente... Me golpeó... Solté el fusil... ¿Por qué, por qué me golpeaba?... ¡Si yo estaba dispuesta a ir a la cárcel!... ¡Si yo sabía que debía dejarme conducir ante el Secretario, y más tarde ante los jueces!... Por eso me rebelé, me resistí... Forcejeamos... Pude más que él... Me desprendí de sus brazos y eché a correr... No, no me proponía huir... Sólo quería evitar que me llevaran por las calles sujeta con cadenas... Corrieron detrás de mí, arrojándome piedras... Me asaltaba un único temor: el de que me condenasen a treinta años por ejemplo... ¡Ah!... En ese caso mi venganza no habría tenido objeto, puesto que al salir de la Cárcel estaría muy vieja, y mi marido no me querría... Y me apenaba, me apenaba de verdad, haber matado el gato... Me presenté a la Comisaría... Dije todo eso... Sí: dije que el gato no tenía culpa alguna... ¿De qué te ríes?... ¿Acaso no es cierto que aquel animalito era inocente?... ¡Si supieras! ¡Hace veinte años que su sombra se me aparece en sueños todas, todas las noches!... No se olvidaron, no — prosiguió tras de una pausa, — de recordarme mil veces, durante el proceso que había sido cruel... ¡Cruel!... Y yo les dije otras tantas: "¡Ojalá sean engañados por sus esposas, señores jueces! Sí. ¡Entonces veríamos si no se comportarían como yo!...

Ustedes hablan desde allí desde esos estrados... Pero no saben cuánto pueden la ira, los celos, el rencor, el dolor, la rabia..." ¡Rabia, rabia de bestia enardecida, fué la que yo tuve!... ¡Rabia contra ella, rabia contra el gato!... ¡Rabia contra todos!... Me arrepiento de haber matado el animal, más en aquellas circunstancias no habría podido proceder de otra manera...

Lastimé al agente. No lo niego... La culpa fué suya... ¿Por qué me maltrató?... ¡Yo sabía mi deber y no ignoraba que, aun cuando escapara de la justicia de los hombres, me aguardaba la ira de Dios! Me condenaron a veinte años.. Me llevaron lejos, muy lejos, a través de tierras y mares desconocilos... Ahora estoy libre... Regreso a mi misma casa de antaño... El hombre que guía la carreta es mi marido... Sí, mi marido... Fué a recibirme a mi llegada a la ciudad... Volvemos al pueblo... Me ama... Soy su esposa... Y la esposa está atada al marido, a las vísceras del marido, como el niño, antes de nacer, está ligado a las entrañas de la madre... ¿Verdad, Simón?

El hombre, impasible, proseguía su marcha. De cuando en cuando clavaba su picana en el anca de los bueyes, y los incitaba a andar con prolongados alaridos.

La mujer concluyó:

—¡Soy libre, libre!... ¡Pero tengo miedo!... ¡Mucho miedo!... ¡Mi rival ha muerto, sí!... ¡Mas dos ojos, dos ojos verdes, fosforescentes, se ciernen sobre mi alma cual luminarias de una eterna venganza: los ojos del gato!... ¿Los ves? ¡Entre las vides!.. ¡Mira!... ¡Mira!... Allí están!... ¡Como brillan! ¡Cómo brillan!...

Y la desconocida se llevó las manos al rostro para ahuyentar la visión atormentadora y cruel de los ojos del gato.

Esa visión implacable que, como un castigo sobrenatural, pesaba sobre su alma más que la Cárcel, más que el peligro de ser juzgada una vez más por los hombres.



—¿Cómo tienes tantas novias?
—Porque me echo gasolina en los pañuelos y las hago creer que tengo automóvil.

Cómo raptó Chateaubriand a su mujer

Por Thérese Herpin

En sus "Mmorias de Ultratumba". Chateaubriand nos habla de su matrimonio en términos discretos, un poco desdeñoso, un poco arrepentido, como él suele. Nos dice:

"A mis hermanas se les metió en la cabeza lograr que me casara yo con Mlle. de La Vigne. Apenas la había visto tres o cuatro veces. Era blanca, delicada y muy bonita. Yo me hallaba atormentado por la musa. Lucila quería a Mlle. de La Vigne y veía, en esta unión, la independencia de mi fortuna".

"Hazlo, pues ,le dije".

Más adelante, agrega, evocando sus relaciones con los parientes de su mujer:

"Este matrimonio no fué sino el lado malo de la novela".

¿Por qué será que, en provincia, se conservan tan bien las historias? Las gentes no olvidan pronto. Toda clase de recuerdos permanecen alojados, como los grillos, al calor de las cenizas y de los hogares.

Chateaubriand no pensó jamás que una de las páginas más íntimas de "su mala novela" sería motivo de murmuración, mucho tiempo después, en su país natal.

Todavía hoy una casa vieja recuerda su aventura, en un decorado de sombra y de silencio.

Hay un sitio llamado Las Encinas, situado en los alrededores de Saint-Malo, en la campiña de Paramé: una campiña próxima a desaparecer, que se descubre metiéndose uno a través de caminos bordeados de grandes muros secretos.

A medida que se va por él el paisaje cambia: un molino tiende sus pobres alas muertas en un extremo del campo. Los árboles tienen centenares de años.

Las casas lucen techos puntiagudos y nombres encantadores. "La Corte Galante", "Rivaslou", "Bel-Event".

Bajo el antiguo régimen, los corsarios armadores y las gentes de capa y espada iban a veranear allí.

Las Encinas pertenecían, entonces, a Méssire Jacques-Pierre-Guillaume Buisson, señor de La Vigne. Su hijo, Francisco, vendió el dominio el 18 brumario del año XI, a la dama Fichet-Duportal, esposa de Louis Plaine de l'Epine.

Mme. Plaine de l'Epine hizo sentar varias veces a su mesa al cura de Paramé, el abate Gilles Jean Georges, que vivió hasta los noventa y seis años de edad.

Arrojado éste de su presbiterio durante el Terror, se refugió en las granjas de los campesinos *chouanes*; y durante la mala época siguió siendo el amigo fiel de los Buisson de La Vigne.

Fué testigo de las peripecias románticas que acompañaron al matrimonio de Celeste y del caballero. Por él sabemos que Saint-Beuve no se equivocaba al escribir que sabía, a este respecto, "cosas extrañas"; pero éste no supo, segun parece, la verdad exacta.

He aquí el relato que el cura Georges contaba, de sobremesa, empleando esas sabrosas expresiones locales que se han ido a runir con los molinos en ruinas.

* * *

—Vean ustedes: cuando leo las obras de M. de Chateaubriand, todas las bellas frases de los *Mártires* que exhalan el incienso de los cristianos y el nardo de las cortesanas romanas, no logro representarme a su autor en traje de embajador.

¡A fe mía que no! Vuelvo a verlo, todo de negro, fino como alfeñique, a su regreso de las Américas, con la cabeza llena de leyendas salvajes.

Se parecía, entonces, al niño travieso que había sido, cuando su padre le llamaba: "Mi pequeño Franchin", y le daba tirones de orejas porque se peleaba con los muchachos del pueblo.

Si el jefe de la familia hubiera estado presente, no habría acogido al hijo pródigo con tesoros de indulgencia. Habría murmurado, fruciendo las rudas cejas:

—Bueno, Franchin, ¿por qué no has seguido navegando a bordo del *Saint-Pierre*, con el capitán "Pinta de Vino"? En mi juventud yo mandaba una goleta de corso. Haz otro tanto, hijo, y larga pronto las amarras.

Y el vizconde hubiera vuelto a partir, sin decir palabra, para llevar a cabo su vuelta al mundo sobre un barco de vela.

Pero no ocurrió lo mismo con Mme. de Chateaubriand y sus hijas. Estas se arrojaron al cuello del caballero, gimiendo:

—¡Ah, Dios mío!, ¿qué vas a hacer lejos de las llanuras y de los buenos indios? Todo anda de mal en peor. Estamos casi arruinados. Las pérfidas gentes de los clubes de París envían a sus *sans-culottes* a trastornar nuestro pueblos. Todos nuestros parientes se han ido.

Era verdad: la nobleza corría la posta, huyendo de los castillos incendiados por las bandas de malandrines disfrazados de patriotas. Sobre la costa, cuando venteaban la *piel del diablo*, los ciudadanos, burlando la vigilancia de los aduaneros ,se embarcaban sobre los navíos que partían para las islas inglesas.

Las mujeres, a veces, tienen la vista corta; Lucila de Chateaubriand concluyó, para arreglarlo todo:

—Francisco ha agotado sus haberes. Sus propiedades han sido casi suprimidas con la abolición de los derechos feudales. No tiene más remedio que casarse con una rica heredera. Que se case con Celeste Buisson de La Vigne y que se vaya a defender el trono y el altar a la Armada de los príncipes. ¡Viva el Rey!

El caballero callaba; viajaba por la luna, soñando en *Atàla*. Su genio le atormentaba como una segunda pubertad. Las cosas cotidianas se le aparecían muy lejos, a través del ramaje, de las olas y de las hojas. Por consiguiente, dejó venir los sucesos.

Desde hacía varios meses Lucila charlaba con su amiga predilecta, acerca de su hermano menor, elogiando su audacia y sus dotes poéticas.

Así, el día en que Celeste se encontró al caballero husmeando el aire sobre el *Surco*, con su tricornio en la mano, lo reconoció fácilmente.

Había soñado con él la víspera, durante la velada, cuando el abuelo Buisson, sumido en su butaca, se creía aún director de la Compañía de Indias y tomaba las fichas por pesos.

No fueron necesarias muchas entrevistas para decidir a una huérfana que se aburría, a elegir un esposo. Lucila condujo rápidamente el negocio. Tomó a la joven por el brazo y la llevó hacia *Las Nielles* desiertas.

LAS CAMPANAS

Contemplar este cielo ya es un acto divino.
La hora azul anexa en un enorme broche
la última ascua del día al primer esfumino
con que pone sus finas velaturas la noche.

(Ir hasta el fin del cielo o de sí, a paso exiguo,
desandando veinte años, en el desdoblamiento
de quien contempla un cuadro alemán muy antiguo
con mucho más de gótico que de Renacimiento!)

Esperaremos, quietos, la floración gloriosa
que abra en el lago azul un pétalo de rosa,
un asterisco de oro y una oblea de lis,

en tanto que escuchemos nuestra melancolía
tañer horriblemente, según Renán oía,
las campanas inmóviles de la ciudad de Is.

Ezequiel MARTINEZ ESTRADA

Chateaubriand las acompañaba. Describió las soledades de América y deshojó un madrigal...

Cuando el caballero pidió la mano de su nieta al viejo Jacques, Buisson, estaba seguro del éxito... ¡Sí; pero había unos tíos!...

La novela cambió de tono. Francisco Buisson y Miguel de Vauvert administraban la fortuna de su sobrina. Se encogieron de hombros. Miguel de Vauvert cayó en las ideas nuevas. Desdeñaba a los aristócratas y se aprovechó de ello para tratar al aspirante de "miserable embalador".

Francisco Buisson agregó que, ese menudo señor, desprovisto de escudos, derrocharía los bienes de su sobrina: sus cien mil ilbras se convertirían en humo. Su parte de la tierra de Beauveis-en-Saint-Servan, se iría en pamplinas.

Entonces se decidió alejar a Celeste. Se le envió a olvidar al hermoso caballero a Las Encinas.

No hay nada mejor que el aire de los campos para apaciguar los corazones sensibles.

El tío Buisson la condujo, para distraerla, mientras visitaba el dominio.

Así se fueron, juntos, a ver crecer la yerba, al Grand Prée; la cebada, a Clos-es-Pies; el trigo, a Croix-aux-Féves.

El tío Francisco silbaba "Compére Guilleri"; la muchachita inclinaba la cabeza...

La granjera, la tía Lemarié, que muchas veces me salvó de los gendarmes de la República, en el fondo de su horno, me confiaba en voz baja:

—Me han dicho que nuestra señorita se halla aquí por castigo.

En Saint-Malo, el novio se impacientaba. Como tenía cierto espíritu de contradicción, urdió un plan contra su tío el demócrata. La juventud siempre tiene razón... Llegó marzo. El viento olía a Primavera; el sol calentaba los campos.

El caballero, vagando por los senderos floridos, emborronó una tierna misiva, deslizó algunas monedas en la mano de un muchacho y la epístola quedó oculta en un ramo o en una canasta de legumbres.

Celeste aguardaba.

Una noche, el caballero se subió el cuello de la hopalanda y franqueó la garita antes de que cerraran las puertas. Al caer la noche hacía sonar el aldabón de "La Canasta Florida" y pedía una alcoba a la hospedera de los carreteros y de los buhoneros, a dos pasos de Las Encinas.

Al apuntar el alba se plantó en el camino de Nouettes, al pie de la construcción que servía de granero y que se hallaba junto a las habitaciones.

Antes de que el primer canto del gallo despertara a los criados, él imitó por tres veces el grito del mochuelo. Una bujía se encendió en la obscuridad. Era la señal convenida.

El caballero irguió la escala contra la ventana de la casa y Celeste se escapó, como en las comedias italianas, mientras que el tío Francisco, con su gorro de algodón sobre las orejas, roncaba en su alcoba.

Se detuvieron un poco en el camino que serpentea por entre las dunas. La criada de "La Canasta Florida" los vió, cuando se abrazaban en una encrucijada...

Los lecheros, a horcajadas en sus borriquillos, reconocieron más allá de Coupe-Gorge a Mlle. de La Vigne, con su vestido rosa y sus bucles rubios, trotando del brazo de un muchacho.

Durante el Angelus del mediodía, de la calle de Las Yerbas a la calle de la Vinagreta, todas las comadres del pueblo comentaban la nueva.

Miguel de Vauvert, el demócrata, había sido burlado.

Un sacerdote no juramentado bendijo sin demora la unión de los fugitivos, en el salón, con tableros de caoba, de Mme. de Chateaubriand—4, rue des Grands-Degrés;—era el ex capellán de los benedictinos del convento de la Victoria, el abate Baudouard.

El idilio se divulgó y el tío Vauvert montó en violenta cólera. Llevándose las manos a la cabeza, repetía ante los ciudadanos, en todos los tonos:

—¡Ah, bandido! No le durará mucho la luna de miel.

Acusó de rapto al caballero; inició un proceso y logró enviar a la joven al convento de La Victoria, transformado en prisión después de la expulsión de las comunidades.

Al cabo de poco tiempo la familia Buisson comprendió que no obtenía ningún provecho con prolongar el escándalo. Entró en la vía de los arreglos; pero no quiso reconocer la validez de un matrimonio celebrado por un capellán en rebelión contra la ley.

Exigió que Celeste y Chateaubriand fueran casados de nuevo por el cura constitucional Alejandro Duhamel, en la catedral de Saint-Malo. La ceremonia tuvo lugar el 19 de marzo de 1792.

Sin duda, a fin de castigar al feliz esposo, los Buisson derogaron la costumbre de Bretaña y estipularon en el contrato que el régimen de la comunidad de bienes no entraría en vigor sino después de que Celeste cumpliera la mayoría de edad.

Hasta la edad de veintiún años sus ingresos deberían ser manejados por sus parientes. A partir de su emancipación, tendría el derecho de tocar sus rentas, sin autorización marital.

Todas las precauciones de los tíos Buisson no impidieron a su inquieta sobrina el sembrar oro, para seguir la divisa de sus abuelos. Y más de una vez, mientras que su marido cortejaba a las madamas, Celeste debió pensar en la escalera de aquella mañana.

* * *

Al terminar, el cura Gilles Jean-Georges suspiraba:

—He alborotado un montón de malos pensamientos. ¿Voy a parecerme a mis feligreses?

Y se marchaba a confesarlos, meditando en los amores de los hombres, que son, frecuentemente parecidos a los días de Primavera, y, como ellos, cruzados por los rayos del sol y alterados por las tormentas.

LA CARRETA

Tosca, primitiva, cubierta por las plantas parásitas, yacía la carreta perdida en una picada antigua, abierta a golpes de hacha en el corazón de la selva.

Una punta del eje roto se clavaba en la tierra, junto a la rueda desprendida. El largo pértigo labrado, caía sobre el esqueleto descarnado de uno de los bueyes de tiro.

La espesura de la selva amparó la carreta contra los estragos de la intemperie, pero la entregó indefensa, a las alimañas.

Escurríanse las lagartijas entre los rayos de las ruedas; las avispas suspendieron sus camuatís en un ángulo del alero, y las hormigas recorrieron el pértigo en interminables procesiones. Legiones de reptiles y de insectos rondaban en torno de la carreta, dejando las huellas de su paso en la madera muerta.

Con el correr del tiempo se disipó la curiosidad inquieta de los pequeños "carayá", que ya no se aproximaban, profiriendo agudos chillidos, a observar el vehículo tumbado.

Uno de los bueyes, mordido por una víbora, murió uncido al yugo. Su compañero, inmóvil, aplastado por trágica pesadumbre, le sintió morir, y dos días más tarde, también cerró los ojos mansos, claros, y agonizó de hambre, de sed y de tristeza. Los necróforos de la selva limpiaron sus gigantescos esqueletos.

La carreta, llena de recuerdos y de reliquias, había sido abandonada por los que marchaban hacia el Aquidaban, siguiendo al ejército en su retirada.

Sus tablas de cedro, su techo de cuero, albergaron amores e inquietudes, dolores y alegrías, en sus largas y lentas travesías por los montes y por los valles.

Llevó una vez el viático al rancho de un moribundo. Al regreso, la carreta que fué hogar errante, tálamo y cuna, trajo por entre los bosques llenos de voces y de vida, el ataúd de un pobre...

¡Qué fiesta era para los niños cada viaje por las picadas misteriosas, sumidas en la penumbra, sonora con el canto de los pájaros, el chillido de los monos y el silbar de las víboras fugitivas!

Luego, el paso de los riachos, que humedecían el cedro de la carreta con su agua azul.

El lamento monótono, interminable, de las enormes ruedas era un rumor familiar, una promesa de novedades, para los caseríos lejanos, para las alquerías solitarias.

Ahora estaba tumbada allí, abandonada y triste. Sólo habitaban espectros, invisibles y fugaces sombras, la carreta que anduvo por todos los caminos del Paraguay al paso lento de los bueyes, crujiendo en las picadas...

Un día la puerta carcomida cayó hecha polvo. Los ojos curiosos de los "carayá" vieron los tesoros humildes de la familia desaparecida con las últimas legiones de Solano López: el apero chapeado de plata, el cofre de trébol claveteado de bronce, la escasa valija de plata potosina, un puñado de monedas de oro...

Y en el fondo del cofre de trébol, entre papeles y cartas amarillas, una trenza de mujer, una trenza renegrida, reliquia de una muerta misteriosa, de un amor desvanecido en medio del horror de las batallas.

Héctor Pedro BLOMBERG

Los nombres de los continentes

Africa. — Procede de la palabra fenicia *afri*, que significa hombre negro, o también vagabundo.

América. — De Américo Vespucio, viajero florentino que la visitó después de Colón.

Asia. — Viene del vocablo sanscrito *ushas*, que quiere decir *país de la aurora*.

Australia. — Quiere decir Asia del Sur o Asia Meridional.

Europa. — Deriva de unas palabras griegas que quieren decir *la ancha faz de la tierra*, o bien de una voz hebrea que significa *el país del sol poniente*.

Nidito del monte

Por Fausto Burgos

El mozo, que ha enyugado los novillos, siéntase junto a su compañera, al amor tranquilo de la lumbre. En el fogón arden gruesas astillas de un añoso horco-cebil.

Tarde invernal. La joven, despreocupadamente ha puesto las manos en las rodillas de Ricardo.

—¿Sabís una cosa, Ricardo?
—¿Qué cosa?

—Que me da miedo quedarme tantas horas solita...

—¿Y cómo yo ando solo tantas horas en el monte y naide me hace nada?

—Los hombres no tienen miedo.
—Eso es según y conforme...

—¡Tan en lo adentro del monte que has hecho el rancho!...

—¿Y no has visto a los *chalchaleros* onde hacen el nido? Ya vís, que a nosotros nada nos falta. Mejor estamos aquí, en el corazón del monte. ¿O querís que le vuelva a trabajar pa don Mardoqueo?

—Aquí, aquí nos quedemos. Don Mardoqueo no me gusta, pagaba muy poco. ¡Deslomarse pa ganar cuarenta pesos!...
—¿Y a qué tenís miedo?

—Nai yo no sé... Cuando me veo sola, parece que tengo miedo a todo.
—Hacelo quedar al choco...

—Por más que lo llamo, no quiere volverse. ¡Choquito! ¡Choquito!, vení, vení...

El animal, un gozquecillo de pelo suave, con ojos de arrepentido se arrima a la moza.

—¡Choquito!... choquito malo, ¿por qué no me querís?

—No hay que tener miedo; el miedo no dá pa comer.

—Es que me qeudo tan solita... Hasta las gallinas se van pal monte.

—¿Y quién te va a hacer algo?
—Nai yo no sé...

Un tupido bosque, donde medran los matos sombríos, los pacaraes y cebiles corpulentos, los arrayanes olorosos, las enredaderas caprichosas, rodea el rancho de Ricardo. Es un bosque obscuro y misterioso, que no se entristece cuando la nieve se asienta en las cumbres del Aconquija.

—Se fué tu mamá, Ricardo...
—¡Qué más querís vos!...
—¿Yo?
—Vos.

El mozo quédase pensativo. La pobre vieja ya no está en el rancho. La madrecita vieja que llegó una tarde cargada de años y de amor se ha ido.

Adelaida, con el rostro encendido en rubores, se allega más a Ricardo y clavándole en el alma los ojazos negros, cariñosos, soñadores, le dice:

—Yo no tengo la culpa.

El mozo mira a lo lejos y su mirada se topa con la barrera del monte. ¿Dónde irá la viejecita que llegó una tarde montada en un caballejo zaino, atiborradas las alforjas de dulces sandías y olorosos melones?

—¿Y qué me dejó dicho?

—Nada. Dice que va a visitarlo a tu hermano. Me abrazó y se fué.

El mozo echa a vagar la mirada interior y distingue allá lejos, a la vera del monte de laureles, un bultito que se aleja más y más: es la madrecita vieja, callada, triste, tocada con su manto negro.

—Se fué tu mamá, Ricardo...
—¡Que más querís vos!...
—Si yo la quiero!...
—La viejita te acompañaba. Ya no debís tener miedo...

—Si yo no la odio. Era buena, la pobre. Cuando vos te ibas pa las cañas, velay, aquí se venía a sentar, y pitaba y pitaba y pitaba... Algunas veces, pa conversarme me decía:— Adelaida, apurá el locro, mirá que ya es sol alto...

Era buena, la pobre; pero se enojaba cuando yo te hacía cariños... ¿Por qué serán así las viejitas?

—Nai yo no sé.

—Mejor estamos aquí solitos; si nos hace frío, nos juntamos más. Ya no tengo miedo. ¿Pa qué tener miedo? Ya vís como las palomitas andan solas por todas partes.

El mozo echa a vagar la mirada interior.

—Antes de irse me contó un caso: dice que un par de chalchaleros había hecho nido en un horcomolle bien alto, bien alto. Antes que reventaran los huevos, se murió el macho. ¡Quién sabe de qué!... De los huevos salió nada más que uno: diz que era un chalchalerito de los cantores. Hasta grande, lo cuidó la madre; pero cuando ya empezaba a ensayarse componiendo la voz, diz que una "choya" con las garras se lo llevó...

Era buena, la pobre. A la hora que te ibas al cañaveral, velay aquí se venía a sentar y pitaba y pitaba y pitaba...

. . . .

—¿Qué tenís, Ricardo?

Ricardo está triste y la garrida moza lo besa en los labios y lo mira ingenuamente, amorosamente.

DESDE PARIS

LA INVASION NEGRA

La gran guerra, con la venida a la caduca y decadente Europa de los nietos del inefable tío Sam, que acorrían a defender generosamente (!) La civilización (¿la vieja o la nueva?) en peligro, nos ha procurado una invasión más terrible aun que la de las temidas huestes de la Kultur germana. Me refiero a la invasión negra.

El terreno, en verdad, estaba bien preparado. La conmoción europea había marcado una brutal transición entre dos épocas. (Así las dos generaciones, la nueva y la vieja, no se comprenden y hasta se desprecian). La vida había adquirido una cadencia cada vez más acelerada, un ritmo tan precipitado, que en el ambiente brotaba la angustia colectiva de ser todo arrebatado en un movimiento de vorágine que no se detendría jamás. La muerte había pasado tan cerca, dejando sus huellas dolorosas en cada hogar y en cada corazón, que en los espíritus, familiarizados con ella, reinaban la indiferencia y la despreocupación. Y la catástrofe, la *débacle*, a pesar de la victoria, seguía cerniéndose sobre todo y sobre todos, cada vez más agorera y fatídica, haciendo terrible la incógnita del porvenir.

Había que beber la vida a grandes sorbos, insaciablemente. Vivir, vivir a prisa, vivir intensamente el minuto presente que en seguida habría que olvidar sin pensar en lo que el siguiente reservara.

¿Sentir? ¡Ñoñeces!... ¿Pensar? Bah... ¡Obrar! Obrar y no dejar sitio a lo que no fuera el goce bestial, la fuerza, la posesión material. Y el pobre corazón, ese músculo prócer y precioso, que el ruido, el dinamismo y la frivolidad habían ya abotagado, se moría, se moría...

Entonces, hecho trascendental que marcará una nueva era en la historia del viejo mundo, hizo su aparición el *jazz-band*.

Y Josefina Baker...

Trepidación, estridencia, sincronismo, aullidos, colorines...

Aquéllo expresaba a maravilla el estado espiritual de la post-guerra. Y lo negro triunfó por todas partes. Invasión negra en el arte, invasión negra en la literatura y en la poesía... Música negra, danzas negras, espíritu negro, amor negro...

Josefina Baker — el símbolo,— que allá en Yankilandia movía la gracia salvaje de su vientre en los teatrillos de tercero y cuarto orden, no tuvo más que mostrar en los escenarios parisienses su belleza de ébano en unos pasos desenfrenados de charleston para erijirse reina del music-hall y estrella de primera magnitud. No más Mistinguett, no más Raquel Meller, no más Dolly Listers.

¡Viva Josefina Baker!

Y Josefina Baker fué más popular que Sarah Bernard, que el mariscal Foch y que el mismo Carpentier y mucho más célebre y celebrada que Anatole France, Rodin o Albert Samain. Ella lanzó e impuso la moda; ella llenó las columnas de los periódicos con sus procesos y sus extravagancias; ella abrió un establecimiento nocturno donde, con su peculiar gracia y distinción "muy parisienses", recibía a lo más elegante y selecto del "todo París". Y — ¿cómo no?— hasta escribió las memorias de su vida como hicieron ya madame de Staal de Launay y madame de Motteville.

La historia y las generaciones venideras se lo agradecerán.

Pero he aquí que hoy una curiosa reacción se produce.

El negro Alf. Brown, que tantos triunfos alcanzó en el *ring*, ha dejado la Francia, mohino y cabizbajo, tras dos ruidosos fracasos que le enajenaron la simpatía del público, la culpa ha sido de estas frágiles mujercitas francesas que han sabido vengar con otras más dulces y afrodisíacas luchas las derrotas precedentes de sus compatriotas del sexo fuerte.

París es fatal para los atletas.

Y la danzarina negra, que había importado de su tierra, a más del *charleston*, el estúpido "Ya no tenemos bananas", también se ha ido. No se sabe por qué.

Lo más triste es que en el arte el "negrismo" ha alcanzado proporciones desmesuradas.

Todo se vuelve malabarismos, acrobacias y contorsiones del espíritu. Cada uno lanza su grito de guerra "negro" lo más insoportable y agudo posible. La cuestión es hacerse oír más que los otros. Así las escuelas nuevas nacen a granel. Cuando falta la personalidad, cuando escasea la potencia creadora y sobra la desaprensión es muy simple y muy cómodo fundar una nueva escuela de la cual será uno el pontífice y, por suerte para los demás, el único adepto...

La receta es sencilla: Primero se lanza un manifiesto pomposo e incomprensible — contra más incomprensible mejor; luego se embadurna un par de lienzos con una ensalada de colores chillones y de trazos dislocados, o se escribe un poema sobre los imponderables o bien se componen unos compases con el mayor número posible de disonancias. Y tras bautizar la *obra* con un título incongruente y arbitrario no hay más que distribuir olímpicamente una buena dosis de desprecio entre los pobres imbéciles que no comprendan.

No teníamos bastante con el cubismo y el futurismo, con el expresionismo, el unanimismo, el intensismo el superrealismo y el dadaísmo. Una nueva escuela, el "espontaneismo", ha nacido que, claro, abole todas las demás. Su fundador, Jorge Plubel la define así: "Traducir inmediatamente la Naturaleza, respondiendo libremente a la llamada interior, sin sujetarse a la tradición académica ni a ninguna otra escuela".

No hay que dudar que el "espontaneismo" alcanzará el éxito más lisonjero hoy que los "nuevos" están convencidos de que el mundo ha comenzado con ellos y de que, por ende, todo el pasado es materia parva y deleznable.

Pero la última nota — nota de saxofón — la ha dado aquí en París el difuso y profuso Ramón Gómez de la Serna—, que ya en Madrid montó, vestido de payaso, sobre un trapecio,— saliendo a la pista del *Circo de Invierno* a lomos de un elefante a leer la proclama de vigor.

No se sabe a punto fijo lo que el inquieto don Ramón dijera porque los espectadores, y hasta el sufrido paquidermo, mostraron su desagrado en una forma un tanto ruidosa e irreverente.

El motivo de la "salida" del escritor español ha sido la versión al francés de su libro "El Circo".

Y, a propósito del acontecimiento literario — tartarinesco, un agudo y salado comentarista parisién propone que cada novelista imite el rasgo del autor de "El Circo". Así Abel Hermant creador de "Transatlánticas" treparía al mástil de un paquebot a leer su manifiesto y veríamos lanzando arengas en los trenes de lujo a Mauricio Dekobra que escribió "La Madona de los Sleepings"...

En cuanto a los novelistas exóticos, obligados a discursear en el 60.o de latitud norte, en las islas de la Sanda o en el archipiélago Tuamotu, no los veríamos en mucho tiempo por París.

Y eso habríamos ganado.

J. QUESADA NOFUENTES

TODO NOS HACE MAL

Todo nos hace mal, dices desconsolado. El calor nos tuesta, el frío nos hiela, el viento y el polvo nos importunan.

Si buscamos la sombra hospitalaria de los árboles, los insectos se encarnizan en nosotros. Si recorremos los sitios agrestes en demanda de salud y de paz, las malezas nos estorban el paso, las espinas nos pinchan.

La mayor parte de los hombres está aún en los limbos de la animalidad y es cruel con nosotros.

La incomprensión de los que amamos nos entristece...

Muy bien, no prosigas y escúchame:

Todo en el mundo te hace mal; pero tú, en cambio, a todo y a todos haces bien. Al levantarte llevas ya en tu voluntad afectuosa el santo designio escondido: "haré a todos bien. Por lo menos procuraré serlos grato..."

"Y ante aquellas cosas, aquellos seres y aquellos fenómenos con los cuales no quepa el beneficio, seré paciente. Seré paciente si el frío me hiela y el calor me tuesta; si el polvo me importuna, y si los insectos se encarnizan en mi piel y los espinos me pinchan".

En un mundo que parece conjurarse contra mío, yo seré una sonrisa, una dádiva, una bondad siempre dispuesta, una acción siempre afectuosa.

Si todo es negro, yo seré blanco.

¡Qué merced mayor puede hacerme el destino!

Y hasta sería posible que Aquel que a pesar de todos los pesimismos que no saben verle, es el Padre, me escogiese por instrumento de su amor, y el bien que yo represento no fuese más que el bien que El derrama por mis manos, como lo derrama y seguirá derramándolo siempre por vías infinitas.

La descortesía de los grandes nos azota el espíritu.

La necedad de los pequeños nos produce náuseas.

Amado NERVO

LA LOCURA EN LAS FAMILIAS REALES

Las casas de Baviera y Hapsburgo, entre las antiguas familias reinantes de Europa, son tristemente célebres por la degeneración de sus individuos.

Afirmaba el profesor Tellier que, en varias generaciones, no había habido un solo miembro de dichas familias que tuviese el cerebro perfectamente equilibrado.

Todos, en mayor o menor escala, atestiguaban con manías, rarezas y otros mil detalles, que no escapan al observador atento, las fallas graves de su mentalidad.

Conocidos son los casos de la princesa Kildegarda de Baviera, casada con un primo suyo, y cuyos seis hijos murieron locos en el sanatorio de Minhausen: del archiduque Leopoldo, a quien tuvieron que recoger por las calles ligeramente vestido y en un estado de excitación indescriptible; de la princesa Isabel que en un acceso de locura furiosa se arrojó desde una de las ventanas del castillo de Blentein, muriendo a consecuencia del golpe; del archiduque Guillermo Esteban, quien prendió fuego a su palacio, pereciendo abrasado dentro de él, y, por último el rey Otón, cuya locura, como la de Nabucodonosor, consistía en creerse un animal y proceder como si lo fuese.

Otón estaba ya demente cuando subió al trono y sus súbditos no le vieron más que una vez que consiguió escaparse de su encierro, presentándose en la iglesia de San Miguel, en Munich, donde se puso de rodillas ante el altar pidiendo a gritos al Todopoderoso que le hiciera la gracia "de devolver la razón a su desdichado siervo Otón para que pudiese labrar la felicidad de su pueblo".

Sería muy largo de enumerar la cantidad de alienados que ha habido desde los tiempos antiguos hasta nuestros días en las familias reales casos más recientes y muchos de ellos desconocidos.

La princesa Luisa de Bélgica, estuvo recluída durante largos años en un sanatorio, asegurándose que su razón vacilaba de un modo alarmante, haciéndola cometer extravagancias de su edad y de su jerarquía.

Otro monarca loco fué Murad V. sultán de Turquía, que falleció hace varios años, después de pasar treinta entre los dorados hierros de su prisión, en Constantinopla.

En 1876, fué preciso destituirle en vista de su estado mental producido, según se dice, por las trágicas escenas que siguieron al destronamiento de su tío el sultán Abdul-Aziz por las mismas razones, es decir, por hallarse también falto de razón.

El hermano más joven del sultán, Mehemmed-Reshad Effendi, llevaba muchos años encerrado en su palacio de Constantinopla, aunque nadie se atrevió a asegurar si estaba realmente loco o si fué víctima de los celos de Abdul-Amid.

La esposa de Maximiliano, la emperatriz Carlota, se halló también privada de razón desde que el desgraciado emperador de México fué fusilado en Querétaro, es decir, desde 1867.

Hallábase entonces ella en Europa, pidiendo a las potencias que interviniesen en favor de su marido, y en el momento en que era recibida, recibió la noticia de la ejecución de Maximillano y se volvió loca.

Federico Guillermo IV de Prusia, en los últimos cinco años de su vida, fué presa de una locura furiosa.

Su triste estado dió lugar a algunos escándalos en la corte de Berlín, pues la reina insistía en afirmar que el rey estaba perfectamente cuerdo y en que se le decía loco sólo para satisfacer la ambición de su hermano, el regente Guillermo, más tarde conocido como el emperador Guillermo I.

El abuelo y un tío del gran duque de Baden, murieron locos, después de haber sido privados de la corona a consecuencia de su estado mental.

Lo mismo ocurrió con el último rey de Holanda, cuya esposa, la reina Emma, tuvo que ejercer la regencia durante cerca de dos años.

Juan de Sajonia, estuvo también demente el último año de su vida, y el carácter terrible de su locura mantenía en perpetua alarma a toda la corte.

El zar Pablo de Rusia, también era un loco peligroso, tanto, que los cortesanos que le dieron muerte, fueron considerados como bienhechores del país.

De los reyes ingleses modernos, Jorge III ha sido el único que, por razones de locura, se ha visto privado del cetro y de la libertad, aunque en un tiempo se pensó en adoptar análogas medidas con su hijo, Guillermo IV, cuyo reinado fué famoso por sus muchas excentricidades.

El duque de Brunswick, vulgarmente llamado el "Duque de los Diamantes", destronado por sus súbditos, por su incapacidad mental y moral; el duque Emilio Augusto de Sajonia Coburgo, que tomó la manía de vestirse de mandarín chino y pasear en una carroza en forma de calavera, y uno de sus sucesores, el duque Carlos, que presidía los consejos de ministros y recibía a los embajadores vestido de pijama y con un nudoso bastón en la mano, merecen ocupar un puesto en la lista de los soberanos dementes.

En la de los príncipes que padecían igual desgracia, debe incluirse a Alfredo, hijo del duque de Sajonia-Coburgo, que se suicidó en Meran (Austria); al príncipe Pedro, nieto del emperador del Brasil, don Pedro, acometido por la manía homicida, y a la princesa de Sajonia-Meiningen, hija del gran duque Juan, que pasó cinco años en una casa de locos próxima a Dresde.

El enigma perpetuo

Por Andrés Birabeau

La vida en París era entonces deliciosa, y, sobre todo, en esa tarde primaveral. El señor Feudyl salió de su casa, saludado respetuosamente por el portero, y cruzó la calle leyendo el periódico. Los nuevos retoños ponían una nota verde en la negrura de los castaños; el bulevar tenía un olor exquisito; algunos gorriones picoteaban entre la hierba; un ciclista pasaba silbando; dos cocheros discutían pesadamente; una vieja levantaban su sombrilla para hacer parar el ómnibus; un mendigo se deshacía en manifestaciones de gratitud porque un señor le había dado "cinco"... El señor Feudyl cogió un "simón" y el caballo partió al trote corto...

Ya me doy cuenta de que os estoy diciendo cosas sorprendentes: amabilidad de los porteros, gratitud de mendigos por recibir cinco céntimos, olor exquisito del bulevar, vuelo práctico de los pájaros... Lo comprenderéis cuando os diga la fecha de todo eso: 1903 o 4 o 5. ¡Qué lejos el tiempo en que daba gusto vivir en París!

Yo sé muy bien que el corazón humano es siempre el mismo, y que un hombre enamorado, que va a ver a su amante, puede ser hoy enormemente feliz. Me parce, sin embargo, que debía ser un poco más feliz en la época en que no se pensaba en el curso del cambio al despertar, ni en la posibilidad de guerras al leer el periódico, y en que el olor de la gasolina no se mezclaba al de la primavera. Pero después de todo, es posible que el hombre verdaderamente enamorado no note el olor de la gasolina ni piense en las guerras ni en el cambio.

De todos modos, ese día de 1903, o 4 o 5, el señor Feudyl, al salir para ir a ver a su amante, tenía el corazón optimista y alegre. El "simón", que avanzaba dando saltos, atravesó el Sena, subió a los nobles Campos Elíseos y alcanzó el pacífico Auteuil. Al señor Feudyl sólo le faltaba un placer: que el "simón" fuera descubierto; el París primaveral no podía gozarlo bien, encerrado en una caja con dos estrechas ventanas. Pero la prudencia requería que así fuese, porque el señor Feudyl era casado, y hubiera sido muy desagradable que cualquiera, y hasta su propia mujer, le vieran yendo a "malos pasos". Se consoló pensando que el coche descubierto lo tomaría al regreso y que encima tendría el placer de fumar un cigarro (porque el cigarro se fuma al dejar a las señoras y no al irlas a ver).

El sitio a donde él iba era una casa discreta en una calle oscura. Así, cuando al desembocar en la calle el señor Feudyl vió otro "simón" que se detenía ante la casa, dijo al cochero del suyo: "Vaya despacio". Cuestión de delicadeza: un hombre galante no puede, no debe mirar a la cara a un señor o a una señora que entran en sitios semejantes.

Era una señora. Una señora joven, bien hecha, un poco gruesa (la femenidad se gastaba rolliza en 1903 o 4 o 5), y aunque el "simón" del señor Feudyl avanzaba despacio, pudo reconocer a esa mujer. Era la suya.

La dama se apeó, y rápidamente pagó su coche (llevaba el dinero preparado). Adelantó hacia la casa, echando una mirada a la derecha y otra a la izquierda; pero al poner el pie en el umbral vaciló. Veíase que luchaba consigo misma: "¿Entro? ¿No entro?" Mientras tanto y a pesar de andar despacio, llegaba el "simón" del señor Feudyl. Ella, sin duda, no vió a la persona que lo ocupaba, pero eso la obligó a decidirse: no entró. Siguió de largo, cambió de acera y echó a andar muy de prisa.

Cabían dos explicaciones igualmente espantosas. Ella iba a esa casa o por ella o por él. Para engañarle o para sorprenderle. Tal vez en el bolso que llevaba ella en la mano hubiese un revólver para matarle (porque en 1903 o 4 o 5 se gastaba ya el revólver) o tal vez no hubiese más que horquillas para repeinarse (porque en 1903 o 4 o 5 se usaban todavía horquillas para los cabellos).

El señor Feudyl, dentro de su "simón" parado, reflexionaba. Tampoco él entró en la casa.

Hízose conducir a cualquier parte. Tenía prisa y miedo a la vez de volver a su casa. de encontrarse frente a su mujer. ¿Qué actitud adoptaría tener? ¿Qué sentimientos debería tener? ¿Era un marido culpable o un marido engañado? ¿debería gritar o bajar la cabeza?

No volvió a su casa hasta la hora de cenar. Su mujer le esperaba, y su cara no expresaba nada. Era su cara de todos los días, una cara cualquiera, indiferente. Ella le llenó el plato tranquilamente y por su parte, refirió con calma las visitas que había hecho... ¿Qué deducir? Ella no había entrado en aquella casa. ¿Era, pues, una ruptura o un arrepentimiento a tiempo? ¿Era acaso que había renunciado a sorprender a su marido?

Acabaron de comer, hablando de esas cosas sin importancia. Se acostaron a leer un periódico como todas las noches. Apagada la luz, la pierna de él, sin querer, tocó la de ella, y entonces ella retiró la suya. Pero era éste un movimiento reflejo que no probaba nada. El mismo alejamiento debía experimentar por él si ella era culpable que si lo era él.

Transcurrieron días. El la hizo seguir: ella no había vuelto a aquella calle. (El tampoco, porque al día siguiente del suceso rompió con su amante).

Transcurrieron meses. En algunas ocasiones sentía él grandes deseos de gritar a su mujer: "¡Eres una cualquiera!..." Pero, y si ella había ido a aquella calle para confundirle o para castigarle? Hablar sería, entonces, destrozar un hogar que ella abnegadamente había consentido en dejar en pie. No podía, pues, decir nada.

Transcurrieron años. Y el señor Feudyl no supo nunca si pasaba estos años al lado de una mujer honrada... Tal vez ello hubiese sido en otros coches (convertidos ya en autos) a otras calles: tal vez... Pero no se puede estar toda la vida haciendo seguir a su mujer... Pero en cuanto a él no había vuelto a entrar en ninguna casa semejante: no se había atrevido.

Alguna vez pensaba: "Un día, cuando seamos viejos y ya nada tenga importancia, le preguntaré qué había ido a hacer allí..."

Llegaron a viejos, y una noche empezó él:

—Oye, Clarisa, quiero que me digas una cosa...

Estaban sentados junto a la chimenea, bien arropados los dos y con sendas tazas de manzanilla en las manos. Rodeábales un ambiente, de tibieza, de paz, de egoísta bienestar. Tuvo él miedo de perder todo eso y no acabó la frase que había empezado...

Y ha muerto el mes último sin haber sabido nada.

LA CANCION TRISTE DE LA TARDE GRIS

(Otoño en el viejo estilo)

Para "FRAY MOCHO"

El reloj de pared me contempla
con su inmóvil semblante de idiota
sobre el que las agujas siniestras,
en un gesto glacial, se anquilosan...
Fuera, el viento de Otoño se enferma
con los ayes de alguna ortofónica,
parodiano — en su errar — una orquesta
que de todas partes, por absurda, arrojan...
A través de los vidrios de esta
ventana, que tiene mimos de achacosa
viejita, el paisaje se agrieta
cual si lo arañara una gata furiosa...

Abatiendo sus alas de seda
— banderita infantil de cretona —
a mi humilde ventana se acerca
una pobre, infeliz mariposa...
y en los tersos cristales intenta
— aturdida, confusa y absorta —
vanamente, apoyar sus maltrechas
ténues alas que el viento destroza.
Deslizándose así por la niebla
que recubre el cristal, esas rotas
alas, tímidamente, diseñan
expresiones aguijoneadoras...
Y en el alma esos trazos se quedan,
como enigmas, grabando congojas...
Es posible que la pobre muera
soñando con lilas, claveles y rosas
que le darán ritmos de luces y néctar
en sendas no vistas y en valles sin sombra.
Mas, si allá, en otra vida, despiertan
los que mueren... — soñando, llorosa —
sentirá esta implacable sentencia:
"Llegué tarde y mi vida fué corta!"

Y esas pálidas hojas que ruedan,
que al Arcano Supremo retornan
por un gran pesadizo de nieblas...
también mueren soñando dichosas.
Mas, si allá en la otra vida despiertan
los que mueren soñando — llorosas —
sentirán esta triste sentencia:
"Fuimos tarde y la vida era corta!"

Cuando mi alma abandone esta recia
envoltura; esta lucha fragosa;
estos seres amados; las huellas
de esta vida febril... todas... todas
esas largas, profundas, intensas
ansiedades... y tome su sombra;
si es que allá en la otra vida despiertan
los que mueren soñando — llorosa —
sentirá la terrible sentencia:
"Llegué tarde y mi vida fué corta!"

Francisco A. PAGANO

—Montevideo—






Anécdota de Miguel Angel

Por A. Dumas

Miguel Angel se paseaba triste y meditabundo por los jardines de San Marco. Rebullian en su imaginación mil ideas colosales, mil proyectos gigantescos, que algún día habían de ser la admiración del mundo.

Diferentes artistas del gran Médicis, del Médicis protector nato de los artistas, trabajaban en aquellos anchos y espaciosos jardines.

Algunos conocieron a Miguel Angel y le ofrecieron un pedazo de mármol. Por toda respuesta, el futuro artista empuñó el cincel, tomó su blusa y empezó a transformar el mármol en una cabeza de fauno.

Al día siguiente volvió a concluir su obra, mientras que un hombre de unos cuarenta años, vestido negligentemente, estaba de pie junto a él y le miraba trabajar.

Miguel Angel trabajaba con ardor y hacía tanto caso de aquel personaje como del polvo que el martillo levantaba.

Concluído su fauno, el joven se hizo atrás, como acostumbran los artistas, para mejor juzgar del efecto de su obra, y pareció quedar muy satisfecho. Allí le esperaba el mudo testigo de su escena.

Avanzó lentamente, y poniendo la mano sobre la espalda del joven escultor:

—Amigo mío, le dijo con ligera sonrisa, si me lo permitieseis, os haría una observación.

Miguel Angel se volvió bruscamente hacia él, con aquel aire burlesco e insolente que tomaría un pilluelo en nuestros días ante un ciudadano.

—¿Una observación? ¿Vos?

Estas tres palabras fueron pronunciadas con gran lentitud.

—Una crítica, si la estimáis en más.

—¿Y quién decidirá entre vos y yo sobre el que tenga razón?

—Os dejo decidir a vos mismo.

—Vamos a ver, podeis hablar.

—Vuestra intención ¿no ha sido la de crear un viejo fauno que ría a carcajadas?

—Sin duda alguna.

—Pues bien, añadió el crítico sonriendo, ¿dónde habéis visto viejos que tengan todos los dientes en su boca?

El joven se sonrojó y se mordió los labios con despecho.

Esperó a que el desconocido le volviese la espalda y entonces de un sólo golpe arrancó dos dientes a su fauno.

Para hacer más completa la ilusión quiso ahondar sus encías; pero como no tenía allí instrumentos para trabajar el mármol, dejó para el día siguiente la conclusión de su obra.

A la mañana siguiente, así que se abrió el jardín. Miguel Angel estaba en su puesto, pero el fauno había desaparcido.

En su lugar sólo encontró al desconocido del día anterior.

—¿Dónde está mi fauno? preguntó el escultor.

Lo han sacado de aquí por orden mía, respondió el otro.

—¿Y quién sois vos, caballero, para dar órdenes en los jardines de Médicis?

—Seguídme y lo sabreis.

El desconocido tomó el camino del palacio, siempre con la misma calma, y se disponía a subir la escalera, cuando el joven le cogió por el brazo con aire colérico.

—¿Dónde vais, caballero? ¿Creeis que así se llega a los aposentos del príncipe? En sus jardines puede pasar, porque él mismo lo permite pero aquí nos mandaría arrojar a la calle.

El, sin contestarle, atravesó la antecámara. Todos los que en ella estaban se levantaron, abriéndole paso y saludándole con respeto.

Miguel Angel empezó a inquietarse.

¿Será tal vez un empleado de palacio? se decía un poco turbado de su aventura. En este caso, he hecho mal en hablarle con tal aspereza. ¿Pero, acaso, no es mío el fauno? Yo le obligaré a que me lo devuelva y me lo devolverá.

Lo único que puede pedirme es que pague el mármol.

El desconocido seguido siempre de Miguel Angel, atravesó las galerías y los salones sin que nadie le impidiese el paso.

—¡Diablo! dijo Miguel Angel, ¿si será el secretario del príncipe a quién he tratado con tan poca cortesía? ¡Buena la hemos hecho!

El desconocido entró, por fin, en un gabinete regiamente amueblado con cuadros y objetos de valor inmenso, incalculable.

El joven escultor se quedó en el dintel de la puerta, turbado y creyéndose del todo perdido; acababa de ofender a un personaje muy poderoso sin duda, cuando entraba en el aposento de Médicis el magnífico sin hacerse anunciar.

Quiso murmurar una excusa, y levantando los ojos, vió su viejo fauno sobre un rico pedestal.

—Ya ves, amigo mío, dijo aquel hombre misterioso, siempre con la misma dulzura, que si he mandado quitar tu obra del jardín, ha sido para colocarla en el lugar que le correspondía.

—Pero ¡Dios mío! exclamó el artista, ¿qué dirá el príncipe al hallar ese desordenado trabajo en medio de tantas obras preciosas?

—El príncipe te tiende su mano, amigo mío. Ven a estrecharla.

Otro hubiera caído de rodillas. Miguel Angel, llorando de felicidad, inclinó la cabeza y apretó cordialmente la mano que el gran duque de Médicis acababa de alargarle.

EL GUISADO

Por Henri Duvernois

—Con el ruido de esas chuletas que estás friendo—gritó Blanca—no te entiendo ni una palabra. ¿Qué decías?

—Pues retíralos del fuego—dijo Marcella.

—Imposible. Hipólito va a llegar.

—Precisamente te hablaba de Hipólito. Se está aviejando, ¿verdad?

—Si no fuera más que eso... No; lo que más me exaspera es tener que guisar. ¡Con el odio que tengo al hígado de vaca! Pues es un plato favorito. Cada dos o tres días, hígado en la mesa. ¡Guisar! Tú no sabes lo que es eso; tienes tu criada. ¡Qué suplicio! ¡A mí, que sólo ver la carne cruda me levanta el estómago! Y luego, el miedo que me da el gas, con lo distraída que soy. Todas esas cosas son malas; el huevo al plato se venga como puede lanzándome la manteca hirviendo a la cara; si levanto la tapa de la cacerola, me ahogo. ¡Un suplicio, hija! ¡Pero, sobre todo, ese hígado de vaca!...

—¿Y por qué no dejas a Hipólito?

—No puedo; me falta decisión. Pero cállate. Ya sube. ¡Qué de prisa! ¿Qué ocurrirá? Es el hombre de las catástrofes. Siempre tiene algún accidente que contar.

Se abrió la puerta y apareció Hipólito bañado en sudor.

—¡Agua! ¡Dame agua!

Blanca le dió un vaso lleno. Hipólito lo bebió, respiró con gran dificultad primero; luego más profundamente, y exclamó, al fin:

—¡Heredo un millón!

Con un pañuelo, Blanca secó el cráneo desnudo de su amante y le premió la buena noticia dándole un beso maternal en la frente.

—Ya vas a poder tener cocinera, mujer —dijo Marcela con una sonrisa que nada tenía de espontánea.

—Y doncella y ayuda de cámara—añadió Hipólito.

Marcela se despidió.

—No están casados — pensaba Marcela para consolarse de la buena suerte de su amiga—. Hipólito la dejará ahora que tiene dinero. No tengo por qué entristecerme. Blanca seguirá envidiándome como hace diez minutos.

Se equivocaba. Hipólito instaló a Blanca con gran lujo. Tuvo muebles de varios estilos, alhajas de precio, abrigos y vestidos de los mejores modistos, una cocinera obesa, una doncella hética y un ayuda de cámara que a las cuatro cambiaba el mandil por el frac. Blanca pudo satisfacer todos sus caprichos. Y, naturalmente, se aburrió.

—Lo que más me molesta—confió a su amiga—es sentarme sola a la mesa. Hipólito tiene ahora su círculo y almuerza allí todos los días. Y no es que me distrajera, pero era una compañía.

—Pues búscate una distracción.

Blanca buscó y la encontró. La distracción se llamaba Luciano. Un joven rubio y esbelto que bailaba prodigiosamente y decía palabras de amor que, aunque un poco gustadas, parecían nuevas en su boca de veinte años.

Un día fué a verlo a su casa. A mediodía, hora en que Hipólito estaba almorzando en el Círculo. Luciano vivía en una callejuela de Montparnasse. Blanca subió una escalera estrecha y sucia, obstruída a cada paso por artistas en manga de camisa y señoritas en bata. En el sexto piso, en una especie de palomar, la aguardaba Luciano.

Se asombró de ver tan mal alojado a un joven que vestía tan bien. Enternecida luego, miró en torno suyo. Una abundante capa de polvo cubría todo; montones de libros se apilaban en el suelo; una colcha llena de remiendos dejaba adivinar un lecho a medio hacer.

—Ahora podrá verse aquí la mano de una mujer — murmuró Luciano—. ¿Vendrás todos los días?

—Sí; de dos a tres, que es cuando está en el Círculo.

—¡Qué alegría! Almorzaremos juntos.

—Muy bien pensado. ¿Dónde?

—Aquí.

Cogió del brazo a Blanca y por una escalerilla de caracol la condujo a una galería donde se disimulaba, obscura, la cocina. Blanca sonreía con la sonrisa pálida que la fatalidad provoca en sus víctimas designadas.

—Aquí encontrarás lo que necesites—dijo Luciano—. La portera me sube todas las mañanas las provisiones. Aquí las tienes... No hay más que cocer los huevos al plato—hay gas, ¿sabes?—; y luego tenemos..., ¡qué suerte!, hígado de vaca; mi plato favorito... ¡Qué encantadora, con su delantalito blanco! ¡Y cómo prepara los huevos; como si no hubiese hecho otra cosa en su vida! Esto te divierte, ¿verdad?

Pero el chirrido de la manteca cubrió la vaga respuesta de Blanca.

EL ESPEJO

Perdido entre los yuyos del camino,
olvidado tal vez por el amor,
hallé un pequeño espejo de bolsillo
que en su cristal azul guardaba el sol.

Y me dije: así habrá también caído
como este espejo un corazón en flor,
que humildemente, esconda sensitivo
la eterna nimiendad de una ilusión...

Fernán Félix de Amador

Liga Patriótica Argentina.





El presidente de la Liga Patriótica Argentina, doctor Manuel Carlés, pronunciando su discurso, durante el acto de la entrega de premios que anualmente confiere dicha institución a las personas que se hayan hecho acreedoras a ellos.



Condecorando con una medalla a una de las favorecidas con tal distinción.



Vista parcial de las personas premiadas y algunas de las familias que concurrieron al acto.

Demostración a la señorita Lange



Comensales que asistieron a la comida servida en honor de la señorita Norah Lange ofrecida por la revista "Martín Fierro" y un grupo de intelectuales pertenecientes a otras publicaciones.

Club "Ingeniero Pedriali"



Durante un intervalo del té danzante organizado por el club "Ingeniero Pedriali" y llevado a efecto en los salones del Savoy Hotel.

BIBLIOGRAFIA



Sr. Manuel Gálvez (hijo), autor de "Los caminos de la muerte", novela histórica, que acaba de salir a luz.



Doctor Alfredo Morrone, autor del libro "El derecho obrero y el presidente Irigoyen", recientemente editado.



Doctor Carmelo Puciarelli, autor del folleto "Tribunales de menores", últimamente publicado.



Señor Manuel Alvarez Juárez, autor de "El abencerraje Omar Mohamed", obra que próximamente se editará.



Señor Alberto Pinetta, autor de "Miseria de Quinta Edición", libro de cuentos que aparecerá en breve.

Septuagésimo quinto aniversario de la Constitución





Conmemorando el 75.o aniversario de la Constitución, efectuóse un acto público en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, durante el cual pronunció una conferencia de carácter histórico, el consejero estudiantil, doctor Agustín de Vedia. — A la izquierda: la mesa directiva presidida por el rector de la Universidad, don Ricardo Rojas, y el conferenciante. — A la derecha: un aspecto del salón de grados de la Facultad, mientras se realizaba el acto.

Bolsa de Cereales



La mesa directiva, presidida por el doctor Alejandro Avalos, durante la asamblea anual realizada en la Bolsa de Cereales con objeto de proceder a la renovación parcial de las autoridades de la institución.

Nota de arte



Busto del doctor Hipólito Irigoyen, ejecutado por el escultor señor José Vega Cruces, y cuya reproducción ha tenido gran aceptación entre los partidarios del futuro presidente.

Los que se van



Los esposos Gordon Drysdale y Eric de Drysdale con las personas que fueron a despedirles en su partida para Europa.

Exposición del libro argentino en Madrid



El señor Miguel Lillo haciendo uso de la palabra durante la reunión efectuada en la librería "La Facultad", para tratar de la exposición del libro argentino en Madrid.



Unión Fabricantes de Ladrillos.



La cabecera de la mesa durante el banquete gremial organizado por la Unión Fabricantes de Ladrillos y llevado a efecto en el hotel Comercio.

Actualidades cinematográficas



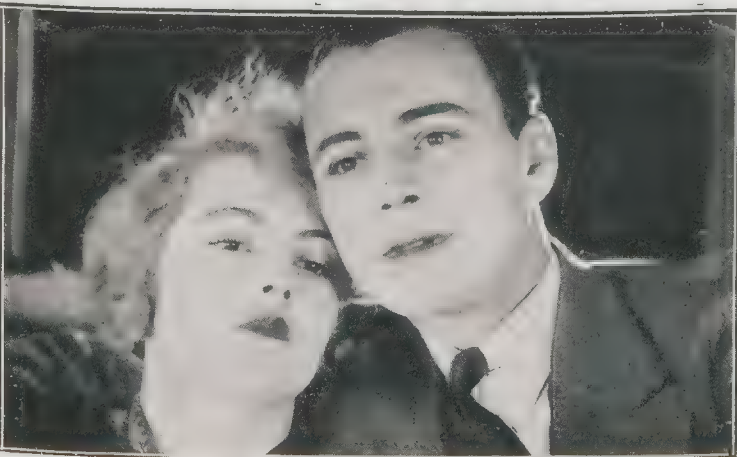
George O'Brien y Janet Gaynor, protagonistas de la admirable producción Fox "Amanecer", que comienza a exhibirse.



Dolores Costello y Warner Oland, protagonistas de "La ciudad maldita", cinta Ajuria, que la General exhibe desde el viernes.



Anna Q. Nilson y Nils Asther intérpretes de "Padre e hijo", próximo estreno especial de Artistas Unidos.



Bárbara Bedford y William Collier Jr. en "Cuatro diablos con polleras", película extra arte que la Corporación exhibe desde anteayer.



Joseph Schildkraut y Víctor Varconi, protagonistas, con Jetta Gondal, de "La mujer prohibida", que Glucksmann exhibe desde el viernes.





COMO LA OTRA...

Por Federico Boutet.

Esta la señora Lebief—vino a anunciar la camarera.

—Hágala pasar — repuso la señora Goudas.

La señora Goudas no era de esas mujeres que, ya próximas a la senectud, alardean de juventud como si tuviesen veinte años. Confesaba sus arrugas, su grosura, sus cabellos grises. Gustaba de los placeres de la mesa y del "bridge": le agradaba también "hacer" matrimonios, y se entregaba a esta manía con ardor desinteresado, pues era rica. El matrimonio de la joven señora Lebief, realizado un año atrás, había sido obra suya; así, pues, acogió a la visitante con muestras de gran simpatía.

—Buenas tardes, mi querida Lucila... Ha tenido usted una buena idea en venir a su vieja amiga. Siéntese, siéntese.

Lucila Lebief se sentó. Era una joven interesante, de cabellos castaños, de dulce rostro tímido, de estricta elegancia.

—¿No la molesto, señora?

—En absoluto, hija mía: demasiado lo sabe... ¿qué hay de nuevo? ¿Tiene algo que decirme? — inquirió la señora Goudas, que miraba a su visitante con ojo perspicaz.

—Sí. Quisiera preguntarle... Es un poco difícil... Hace tiempo que deseo saberlo, señora... Se trata de mi hogar...

—¡Ah, ah!—...murmuró la señora Goudas, muy interesada, acercando su butacón al de Lucila Lebief—. ¿Algún contratiempo, hija mía?

—Sí... No..., señora... ¿Cómo era la primera esposa de mi marido?

La señora Goudas no pudo reprimir un movimiento...

—¿Por qué me lo pregunta, querida?

El semblante de Lucila traslució el embarazo por que atravesaba su espíritu en ese momento, y:

—¡Dios mío, señora!—repuso—. Se lo pregunto por curiosidad... Sí, por curiosidad femenina, bien natural... Cuando conocí a Armando Lebief..., en casa de usted, yo acababa de llegar de mi provincia, ya lo sabe... Nada conocía de la vida parisiense... Supe solamente que Armando estaba divorciado... divorciado desde hacía diez años y meses, ¿verdad?

—Sí..

—Me hizo la corte... Me agradó... Usted dijo a mamá qu él quería pedir mi mano... Y yo acepté... Nunca he osado in terrogarle sobre su primera esposa... Sé que él la amaba much y que fué ella quien lo abandonó, ¿verdad?, después de cinco año de vida matrimonial...

—Sí. Pero en resumidas cuentas, ¿qué puede interesarle saberlo?

—¡Oh, señora! Me interesa mucho, y es bien natural... Qu siera ver a esa mujer.

—No está en París. Viaja desde hace más de un año.

—¿Sola?

—No lo sé... Pero, ¿por qué no hablamos de otra cos Lucila?

—Dígame: ¿era linda?

—Sí; muy bonita, fina, cultísima, graciosa, rubia...

—¿Muy elegante?

—Sí; de una elegancia moderna, osada... Sobre todo, sab elegir lo que le sentaba, lo que mejor realzaba sus encantos... P seía el arte de la "toilette", del maquillage"...

—¿Inteligente?

—Sí... Amena, sobre todo... Espiritual... Sabía pronu ciar frases de efecto, con toda desenvoltura... Cuando entrab en un salón causaba sensación... Los hombres no veían más qu a ella..., la rodeaban, boquiabiertos..., escuchaban embelesad sus discretos... Era muy cortejada... Sus compañeros de bail aseguraban que no tenía rival en cualquier danza... Francame te, nunca he visto éxitos sociales parecidos a los suyos... cuanto a mí misma, le confieso que mis propias fiestas me par cían aburridas y monótonas cuando ella no concurría....

La señora Goudas se detuvo, dándose cuenta de que se hab dejado arrastrar por su entusiasmo y que Lucila escuchaba, pál da, con excesivo ardor, sus palabras...

Tras una breve transición, la buena señora prosiguió, cam biando de tono:

—Sí, sí; era así... Pero, hija mía, noto que le estoy contando cosas desprovistas de interés... Usted me dejaba hablar..., hablar...

—Al contrario, señora—repuso Lucila—; todo eso me interesa muchísimo y le agradezco sus pormenores... Yo quería saber cómo era la primera esposa de mi marido..., y ya lo sé...

La anciana y la joven guardaron silencio por breves instantes. Luego, la señora Goudas inquirió:

—¿Cree usted que él no la ha olvidado?

—No sé—replicó la joven en voz baja.

—¡Oh! ¡Veamos, veamos, mi querida Lucila!... ¿Qué ha sucedido entre ustedes?

—Nada, absolutamente nada, señora; se lo aseguro... Ahora, en efecto, hablemos de otra cosa... Mi curiosidad está satisfecha.

*

Algunos minutos después, Lucila Lebief se despidió de su vieja amiga e hizo a pie el camino de su casa. Durante el trayecto reflexionó profundamente una resolución que puso en práctica sin tardanza.

A partir de ese día, Armando Lebief comprobó, sorprendido, una modificación radical en la manera de ser de su mujer. Siendo como era un hombre de carácter taciturno y reservado, al principio no le hizo observación alguna, y cuando se permitió formularlas (en forma discreta y con mil rodeos), no dieron el menor resultado; encerróse entonces en un hermético silencio, y vió obrar a Lucila sin intentar más intervenir.

Por fin, transcurridos varios meses, y no pudiendo soportar más largo tiempo el nuevo estado de cosas, Armando Lebief tomó él también una determinación, de la cual hizo partícipe a Lucila una mañana, al día siguiente de cierta fiesta que habíase prolongado hasta las primeras horas de la madrugada.

—Mi querida amiga, tengo algo que decirte. No puedo soportar más la existencia que estamos llevando... Tampoco puedo seguir viviendo al lado de la mujer que tú eres ahora. Ya no encuentro nada en tí de la dulce, reservada y encantadora Lucila a quien hice mi esposa. Todo en tí ha cambiado: tus cabellos, que ahora usas oxigenados; tus vestidos, que son plenamente impúdicos; tus maneras, que son más que provocativas con los hombres de quienes buscas abiertamente los homenajes... Te "maquillas" el rostro y te "maquillas" el espíritu... He tratado de indicarte a qué punto me desagradaban tus nuevas actitudes, tu nueva idiosincracia; tú no has querido tomar en cuenta mis discretas advertencias. Comprendo perfectamente que mi opinión no tiene peso alguno para tí y que a tus ojos no existo siquiera... Me lo demuestras a todas horas, cada día más... Te burlas de mis celos y hasta de mi dignidad de hombre. Te aseguro que tu conducta en sociedad es sencillamente escandalosa, a punto tal que no puedo seguir soportándola por más tiempo. He resuelto entablar demanda de divorcio... ¡¿Eh?! ¡Cómo! ¿Qué sucede? ¿Por qué esa emoción? ¿Creías por ventura que mi paciencia...?

Lucila, pálida, blanca como la cera, se había levantado.

—¡Armando! ¡Mi Armando! ¡No quiero! ¡No quiero divorciarme! ¡¡No quiero!! ¡No, no, no!... ¡Pero si yo te amo, Armando! ¡Si te quiero más que a mi vida! ¡Armando, mi marido, mi rey!....

¡Tú has sido mi único amor, eres mi único amor, serás mi único amor!... ¡Ah! ¡No quiero! No quiero divorciarme!

Y se abrazaba a él, sollozante, murmurando palabras entrecortadas, en soplos de voz casi inaudibles, como si el espectro de la ley se irguiese ya entre ambos con su fallo cruel.

—¡Armando!—prosiguió—. ¡Tú no has comprendido..., no me has comprendido!... Yo creía que tú no me amabas... Creía que no podías olvidar a tu primera esposa... ¡Ay, Dios mío! ¡Qué angustia!... Temía que amases todavía a "la otra"... Entonces quise tratar de parecerme a ella, para atraerte hacia mí... aunque fuese..., aunque sólo fuese por reflejo... Pedí informes, quise saber cómo era..., la he imitado como mejor he podido...

(*Continúa en la página* 35)

Premios a los empleados de la Compañia de Tranvias Anglo - Argentina





En una simpática fiesta realizada en el teatro Coliseo, la Compañía de Tranvías Anglo - Argentina procedió a distribuir premios en metálico y medallas conmemorativas entre los empleados de dicha empresa que han cumplido veinticinco años de servicios. — A la izquierda: el administrador general de la compañía, ingeniero Marcelo Rongé, pronunciando su discurso. — A la derecha: un guarda recibiendo el galardón.





Vista parcial de los numerosos y fieles empleados de la Empresa, que cumplieron un cuarto de siglo de continua labor, y a quienes, en un loable gesto de justicia, la dirección de la Compañía acaba de premiar con el unánime aplauso de la opinión pública.

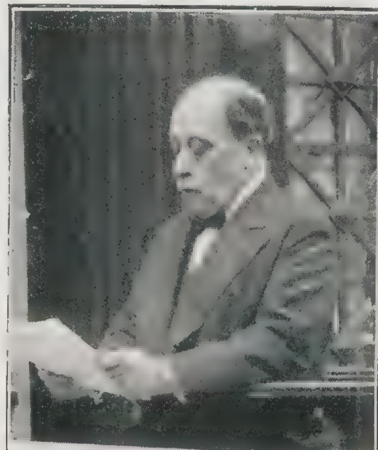
Homenajes a la memoria de los señores Monner y Sans y Ferrari



El doctor Agustín de Vedia, haciendo uso de la palabra durante el homenaje.



Parte de la concurrencia que asistió al homenaje tributado a la memoria de don Ricardo Monner y Sans, congregada ante la tumba del cementerio de la Chacarita, que guarda los restos del extinto.



El doctor Rodolfo Rivarola pronunciando su oración fúnebre.



Público que concurrió a la necrópolis del Oeste, donde se inauguró el sepulcro al cual fueron trasladados los restos del doctor Agustín M. Ferrari, mausoleo, que fué donado por sus colegas y amigos.



El doctor Luis C. Villarroel, presidente de la comisión de homenaje, dirigiendo la palabra a la concurrencia.



Busto del doctor Agustín M. Ferrari, que forma parte del sepulcro, en el cual acaban de ser depositados sus despojos mortales.

SOCIALES



Señorita Sofía Albertelli - Ing. Roberto José Perazzo.



Señorita Enriqueta Castillo, recientemente desposada con el doctor E. Quintana



Señorita Adelina Eloísa Girnilis con el Dr. Carlos A. Sánchez de Bustamante



Señorita María Mercedes Madariaga Anchorena con el doctor Remigio Bustos Morón



Señorita Mercedes Villafañe con el señor Ernesto C. Baca Caballero



Señorita Celia Medina Santamaría con el señor Roberto Luis Aparicio.



Señorita Juana María Damillano con el doctor Federico Carlos Bellisio

GENTE MENUDA



Maruja Labernia



Telma Aurora Pantín



Titina y Pitina Rico



María Esther Tocci



Blanca García Hardoy



Alfredo, María Angélica e Irma Leonor Pagola



Haydée, Edelma y Oscar Carbonari Rivarola



Yolanda y Juan Guanzetti



Raúl y Miguel Angel Iza

Notas extranjeras



ESTADOS UNIDOS. — Concurrentes al almuerzo ofrecido en honor del embajador dimisionario de la Argentina, doctor Honorio Pueyrredón, por el doctor L. S. Rowe, director general de la Unión Panamericana. — Primera fila, sentados, de izquierda a derecha: El secretario de Agricultura, Hon. William M. Jardine; el Secretario de Marina, Hon. Curtis D. Wilbur; el Secretario de Guerra, Hon. Dwight F. Davis; el Dr. Honorio Pueyrredón; el Fiscal General, Hon. John D. Sargent; el Secretario del Interior, Hon. Hubert Work; el Director del Presupuesto, General Herbert H. Lord. De pie: Mr. Stokeley W. Morgan, Hon. David T. Kaufman, Hon. Robert E. Olds, Dr. Eduardo Díez de Medina, Sr. Conrado Traverso, Dr. José Antezana, Hon. Willis C. Cook, Mr. Walter Scott Penfield y Dr. L. S. Rowe.



Personas que asistieron a la inauguración de la exposición escultórica, en Nueva York, del artista argentino Angel M. de Rosa, entre las que se encuentran el canciller de la embajada argentina en Wáshington, señor Carlos Aníbal Quirós y nuestro compatriota, el pintor Quinquela Martín.



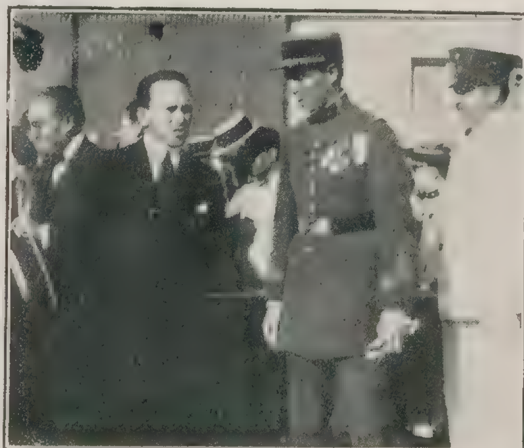
Nuestro corresponsal en Las Palmas (Canarias), don José del Jesús Franco, ex subcomisario de policía de Tucumán, puesto que renunció para desempeñar el de delegado del turismo argentino en las Islas Canarias, cargo que actualmente ocupa.



ASUNCION (Paraguay). — El presidente de la República y sus ministros, y el cuerpo diplomático extranjero, durante la entrega de los diplomas a los nuevos aviadores paraguayos.



Grupo de los nuevos pilotos paraguayos de aviación, momentos después de recibir de manos del primer magistrado de la nación, los nombramientos que acreditan su profesión.



El presidente de la República, doctor Eligio Ayala conversando con el mayor Fromont, de la misión francesa, y director de la Escuela de Aviación



CHILE. — Turistas argentinos y chilenos durante su visita a las termas Chacho-Co.

Fots. Carrón y Marqués.

Don Juan el Cotudo

Por Víctor Montagne

El pequeño fundo en donde vine a albergarme, propiedad de un viejo y noble amigo, no es por cierto una de esas propiedades rurales modernas, tan pobladas de presuntuosos vestíbulos, escalinatas y balaustradas a base de ladrillos engrudados por fuera con un poco de barro y otro poco de cal; no, nada semejante a tales mamarrachos arquitectónicos: un frente único, del que asoman las antiguas verjas de las ventanas al rústico jardín que tiene por delante, y en su interior el inmenso patio rodeado de galerías que el correr del tiempo agobia bajo el peso de sus extensos techos y avanzadas solanas cubiertos de tejas. Es este patio un verdadero jardín criollo, en donde con profusión desordenada hacen gala de sus colores las mil variadas flores de nuestras plantas indígenas. En su centro, una fuente de piedra suerte a chorros intermitentes el agua fresca de que se alimentan los alelíes, las chillonas margaritas y las enredaderas silvestres que envuelven en un cálido abrazo de hojas y flores el cuerpo de una Diana cazadora aborigen. En el ala trasera, que separa la casa de la viña, se extienden los gallineros y las pasajeras: por supuesto que es ésta la parte del viejo caserón en donde la vida manifiéstase animada de continuo, entre el clamor vigoroso que levanta el canto de los gallos, el cacareo incesante de las gallinas, el alto trinar de los pájaros y su revuelo bullente y algarabioso. Todo el caserón se halla como encerrado por un cinto de plantas y árboles, cuyas copas altísimas sobrepasan orgullosas los tejados. Por numerosos canales corre rumorosa el agua turbia y fría que viene de las lejanas montañas, regando a su paso todas las tierras cultivables del valle. Más allá de la floresta se extienden las viñas y alfalfares hasta el confín de la propiedad que lo señala una doble fila de álamos.

Por esta alameda, que sigue el curso sinuoso del gran canal, viene andando a pasos tardos y descompasados un hombre de aspecto extraño, bajo de estatura, amplia espalda encorvada, brazos desmedidos, cabeza greñosa, asomando por debajo de su escasa barba el bulbo carnoso y fofo que acusa a los degenerados. Si la figura exterior de este hombre es desagradable, mucho más lo es su faz moral, pues falto en absoluto de las luces del cerebro, su inteligencia es reducida, limitada como la de las bestias que sólo finca en el instinto. Para colmo de sus males no puede articular palabra alguna, balbuceando o aullando quejumbrosamente cada vez que desea emitir alguna frase; es sordo como una tapia.

¿Para qué continuar en la ingrata labor de completar la semblanza de nuestro hombre bestia? Repulsivo en todos sus aspectos, "el tonto", como le llaman las gentes a esta clase tarada de seres, es, en síntesis, el producto degradado que puede dar la degeneración de la sangre, hijo legítimo, por tanto, del pauperismo, de la concupiscencia y consaguinidad más execrables.

Hénos, pues, ante la sombría figura de don Juan el Cotudo, que, como recién he dicho, viene transitando por la gran alameda, trayendo sobre sus amplias espaldas un haz de leña, minúsculo por cierto, para las fuerzas y corpulencias del hombre. Es una característica de los cotudos la de ridiculizar sus acciones, a tal punto, que las hace aparecer como obedeciendo a una extraña ley de contraste. A ello se debe que, a pesar de sus hoscas cataduras, provoquen buen humor a nuestros ánimos y en ciertas ocasiones nos arranquen alegres exclamaciones.

Don Juan el Cotudo continúa su camino con lentitud, haciendo largas paradas para espiar por debajo de la fronda a las aves canoras que en ellas revolotean. No tiene prisa, por más que allá en las casas, la vieja cocinera se impacienta por no tener a la mano un poco de leña seca con que hacer fuego para preparar el desayuno mañanero.

—¿Qué andará haciendo el tonto?—se interroga la Cipriana un tanto preocupada y temerosa de que sus patrones y la peonada le reclamen la cazuela prometida.

El tiempo pasa. La fresca mañanita, que fué liviana en su alborada, como las alas de una paloma, va haciéndose perezosa y tarda a medida que el sol levanta su disco de oro por sobre los tejados.

—Diantre de tonto... ¿Pa qué lo habré mandado si es como un buey de lerdo y mañoso?—exclama desesperada la pobre vieja, mientras se afana en buscar algunos desperdicios de leña y ramas secas para ir calentando su fría hornalla.

Pero los pensamientos de la Cipriana no llegan a la cabezota del Cotudo, quien, en ningún momento, desde que salió de las casas, ha vuelto a recordar el mandado y continúa abstraído como de costumbre su camino incierto, sorteando los árboles que le salen al paso en la senda por donde va. Sólo el revuelo de los pájaros entre el ramaje despierta su mente a la curiosidad, deteniéndose largos instantes para seguirlos con los ojos que al punto se tornan sonrientes y maliciosos. Una amplia sonrisa se extiende por su faz cuando gorriones y chingolos se persiguen en abierta y desenfrenada riña, disputándose un grano de uva. Detiénese entonces para contemplar la gresca, aquella lucha de cien alas y picos que alborotan el follaje animándolo cada vez más hasta alcanzar proporciones de una sonante batalla. Y al par que el desconcierto y la bulla aumentan, el pobre Cotudo se enerva, llénase de temblores su pesado cuerpo bamboleante, afánanse sus picarescos ojillos en el seguimiento de los raudos vuelos de las aves, y ríe, ríe sin cesar, frenéticamente, hasta iluminar del todo su ancha cara. ¡Qué inmensa alegría la suya! El gran contento que lo anima llega de pronto al paroxismo, y agitado por una tremenda convulsión, lanza de su garganta bulbosa, de su cuello toruno, algo así como un formidable mugido de satisfacción. A impulso de su extraño instinto, de un vigoroso arranque el Cotudo ha trepado ya sobre la primer horqueta del corpulento árbol y comienza a subir por una de sus gruesas ramas, moviendo presuroso sus piernas y brazos, dando violentos resoplidos con la gaita de su coto que se infla y desinfla cada vez

EL SECRETO DEL TRIUNFO

Tan sólo por firmes y sostenidos esfuerzos, una y otra vez reiterados día tras día, semana tras semana y mes tras mes, es posible disciplinar la mente hasta el punto de fijarla en algún objeto, por difícil o obstracto que sea, con exclusión de cualquier otro. El proceso para dominar las facultades mentales es gradativo y su duración depende de la índole mental del individuo; pero su logro compensa infinitamente el esfuerzo requerido.

H. MATTHEROS.

que realiza un supremo esfuerzo ascendente. En breves instantes ha llegado al centro de la alta y amplia copa del árbol, en donde la batalla de las aves canoras, por ser más reñida y estrepitosa, le permitió aproximarse sin ser sentido. Pero el grito de júbilo que a duras penas contenía el Cotudo, escapósele de aquel bulbo repelente al esforzarse por dar su salto de ataque, y fué su alarido como un alerta para los pájaros que en confusión desconcertante escapan aterrados de las bruscas manotadas que aquel monstruo lanza al acaso, con desenfrenado ardor por apresarlos o matarlos.

De pronto el Cotudo detuvo sus arremetidas sorprendido, al sentir que su mano de oso aprisionaba una avesilla, cuyo cálido temblor le cosquilleaba la piel. Una palomita torcaza, lerda en el huir, había caído en sus garras. Impresionado por el hallazgo, sentóse, a horcajadas en la cruz del árbol, y sus ojos inconscientes dieron en contemplar la avecilla que temerosa, se arrebujó en su plumaje cuanto pudo. La faz del Cotudo comenzó a agitarse, dibujándosele algunas sonrisas, y las pupilas de sus ojos bailaron relampagueantemente, con vivo frenesí, anunciador de una mórbida intención. Con fría tranquilidad empezó a desplumarla en viva piel. Una a una las plumas arrancadas, volaban entre las hojas a impulso de un fuerte soplido, y las cabriolas que ellas hacían en el aire llenaban de alegría su cara idiota.

Pero allí, al pie del árbol apareció repentinamente la figura iracunda de ña Cipriana, la que en su mano derecha esgrimía violentamente un arriador.

—Bajate de áhi, inmundo, haragán—gritóle furiosa, mientras le hacía señas para que descendiera.

No se hizo esperar el Cotudo. Coligiendo que algo desagradable le esperaba, arrojó la torcaza y deslizóse por el tronco tan torpe y bruscamente que al caer golpeó con su dorso sobre las espaldas de Cipriana. Más le hubiera valido caer de cabeza contra el duro suelo. Cipriana, hecha una fiera, blandiendo el arriador para que cobrara vuelo, comenzó una furiosa descarga de golpes sobre las espaldas y cabezota del Cotudo, mientras vociferaba los más tremedos insultos.

—¡Granuja asesino! ¡Tomá y tomá, pa que se te ablande el coto! ¡Pa que te corrijás la flojera, sinvergüenzaso!—Y dábale con todas sus fuerzas más y más con el arriador, mientras lo empujaba y le señalaba las leñas que allí estaban sembrando el camino.

—Rejuntalas o te acabo a golpes, puercazo. Ya me tenís muerta a disgustos. — Y no cesaron los guascazos sino cuando el Cotudo, harto de los aporreos, entendió que aquel era el trabajo que debía efectuar para que aquella mujer desesperada lo dejara en paz.

—¡Hum, hum!—gruñía doloroso cada vez que abatía su cuerpo para recoger los leños, y con mirada desconfiada aguaitaba a su dueña, la que, fatigada de aquellas tremendas disciplinas, seguíalo con la vista y amenazándolo con una nueva arremetida caso que desobedeciera.

—Gruñí no más, asqueroso; pero ya verás si no me traís leña la cuentita que te arreglo.

—¡Hum, hum!—mujía el coto de don Juan, a ras de las hierbas.

Cipriana se alejó, segura de que con la paliza, el Cotudo juntaría al fin las leñas y se las llevaría a la cocina, a sus pobres hornallas que estaban vacías, heladas.

—¡Hum, hum!—gruñía y gimoteaba don Juan el Cotudo cada vez que se doblaba para levantar las ramas sueltas.

En la tarea se hallaba, afanoso en su dolor, cuando llegó junto a él, palmoteando alegre sus manos, el pequeño Perico, el último vástago de los graves amos de nuestro pobre don Juan.

de la viña, cruzando a gatas las vides en espaldera, corriendo por los dilatados senderos que bordean los alfafares o trepando en las plantas frutales a la caza de algunas frutas, las granadas especialmente, por ser las que más llaman la atención de su para él misterioso amigo.

Al notar éste la presencia del pequeño camarada, alzó su pesada cabeza y giró la cara llorosa hasta encontrar con sus ojos los de Periquito, quien, con asombro y pesadumbre, echóse sobre el cuello

AMERICA

EL OPALO

Parece un pedazo de cielo de otoño
el ópalo claro del buen Visorrey.
El sabe del fastuo de Lima y del Cuzco,
de encajes, de sedas y pompas de ayer.

Diríase un torso desnudo la piedra,
cuando el sol la hiere. Torso de mujer.
Hidalgos altivos y graves caciques
todos se inclinaron ante Su Merced.

Conoce los sellos del Consejo de Indias
y el fulgor sangriento del Auto de Fé.
Se hundió en los arcones de onzas repletos.
Temblaba, de noche, sobre el ajedrez.

El ópalo!... El noble lo llevaba siempre.
Fué un ojo rojizo cansado de ver.
Su pupila vaga reflejó una tarde
a la favorita del lúbrico rey.

¿Acaso no estuvo frente a la ventana
de ventruda reja de doña Isabel?
Se apoyó en las cuerdas de una mandolina...
y rozó la cálida y morena piel...

Las negras rollizas llevaban los mates
de plata peruana. Qué tiempo era aquél!
Y el ópalo claro reía en la sombra,
cuando el noble adusto tomaba rapé.

Mas luego, una tarde... Oh! cuánto lloraron
los pobres esclavos del viejo marqués!
Doblaron las tristes campanas de Lima...
Cien cirios ardieron ante el Visorrey...

Los frailes oraron. De la orden de Malta,
graves caballeros rezaron por él.
Y en el negro féretro descansó aquel ópalo,
lo mismo que un ojo cansado de ver...

Manuel B. MUJICA LAINEZ

Periquito es una criatura de unos cinco años; su cuerpo delgado, fino, sostiene una hermosa cabecita poblada de pelos revueltos. De su cara rechoncha y morocha, avanza una nariz caprichosamente respingada, más expresiva que sus ojillos vivaces y que sus orejas alargadas y puntiagudas. Periquito es un chico lleno de candor, blando de corazón, a quien sólo lo preocupa un problema, serio en verdad, el de atraerse las simpatías de su inestable amigo el Cotudo. De ahí que casi siempre se le vea trotando por los camellones

de don Juan, que estaba a gatas, y lo colmó de caricias con sus manitos tiernas y juguetonas. Apartóse en seguida dando unos pasos hacia atrás, y poniendo festiva su carita ingenua, tomó disimuladamente de uno de los bolsillos de la blusa que vestía una hermosa granada, que comenzó a hacerla bailar entre sus manos ante la vista del amigo. Sabía lo que aquello significaba para el Cotudo; así fué que se llenó de contento al ver cómo cambió de expresión aquel semblante entristecido, tan presto viera la fruta de su predilección.

El placer que le esperaba hízolo olvidar de sus dolencias, y tomando la fruta que le alcanzaba Periquito, de un sólo esfuerzo la partió en dos. Sentáronse sobre unas ramas, recostados a un tronco de álamo, y comenzaron a hurtarle al fruto sus granos rojos y sabrosos. De vez en vez el pequeño dábale algún grano, gritándole al oído:

—Tomá chei, este precioso, más rico que miel.

—Hum, hum, hum.

—Y éste...

—Hum, hum, hum, hum.

Ajeno a toda preocupación, el Cotudo se había entregado a pasar un buen rato en compañía de aquel niño que, sin él comprenderlo, era lo único que en el mundo había capaz de resultarle una cosa grata a su corazón insensible, a su alma oscura.

Pero allá en las casas, mientras tanto, ocurría algo muy serio que tenía alarmada a la buena de Cipriana. Nunca como ese día la peonada y los sirviente habíanse mostrado tan soberbios e imperativos en su demanda. Bien es verdad que tenían su razón, pues el desayuno mañanero se dilataba demasiado para sus estómagos vacíos. Allegados a la cocina, haciendo rueda de a pie, se hallaban Eusebio, el cuidador de las aves de corral y de los chanchos; Manuel y Gustavo, que atendían los alfalfares; Gualterio, Andrés, Pancho y Domingo, braceros encargados de los cuarteles de viña y de frutales; Ambrosio, a cuyo cargo estaba la caballada: una tropilla de animales de tiro y de silla y cuatro soberbios ejemplares de frisones para el arado, además de varios equipos para carros, de machos y mulas; los mozos de mano y las chinas del servicio casero que, curiosas y siempre dispuestas a rencillas y contiendas, se habían ido acercando al dominio de ña Cipriana a las primeras voces de protesta que lanzaron los mozos. Estas eran las más exigentes con la pobre Cipriana.

—¡Un güen día nos va a matar de hambre, la vieja ésta!

—¡Miren eso: las siete y entuavía ni humo en las hornallas!

—Es que le pesa muy mucho la guata, po.—Y se desternillaban de risa al ver la cara afligida y rabiosa a un tiempo que ponía la Cipriana al oir tales vejámenes, inmerecidos según su juicio. Con la pantalla en la mano tranqueaba al largo de la cocina, acalorada y como juntando fuerzas para contenerse. De tanto en tanto asomábase a la puerta para ver si por algún lado aparecía el Cotudo.

Pero el chinaje quería su cazuela y su trago de vino. Eusebio, movido de una buena corazonada, pretendió hacer callar a las mujeres diciéndoles cuatro palabras en tono cordial. Más le valiera haberse callado la boca.

—¡Ya nos dijo su rosario el melindroso!

—Acostumbrado a gobernar gayinas, se habrá créido...

—¡Qué se va criir el apestao ese!

—¡Más despacio, china guaranga, que sinó te atraco a pencazos! — gritóle amenazante Eusebio, avanzando hacia la entrometida.

Pero la mujer, contrariamente a lo que el mozo podía esperarse, cuadrósele por delante y cuando lo tuvo próximo, le sacudió en la cara con un trozo de amasijo.

Fué aquella acción como la no-

ta tónica que faltaba para que se armara la gresca general. Quien defiende a quien, atropellos, corridas, manotazos a diestra y siniestra, chinos que ruedan por el suelo hechos un ovillo y la Cipriana furibunda destrenzando a tirones a una sirvienta que grita y chilla como una marrana. En lo más recio de la refriega una voz estentórea manda guardar sosiego. Como encanto se calmó la tormenta. Era el patrón que había llegado, atraído por la gritería. Todos a una fueron arrimándose de nuevo a la cocina, mientras se sacudían las ropas llenas de polvo de los revolcones y componían su talante desaliñado. La voz del amo era muy respetada en el fundo: nunca se dejó oir dos veces. Don Nicasio Patrón de la Vega y doña Teresa Andrade de la Vega eran los propietarios del fundo, el que habían heredado de sus antepasados remotos, los de la Vega del tiempo colonial. El señor de la Vega, en el orden legal de las cosas y de todo aquello que existía dentro del perímetro de su propiedad, no admitía intromisiones de ninguna especie, ni siquiera los más leves comentarios; ante todo y sobre todo exigía la más absoluta subordinado a su autoridad de amo. Pero sea dicho en honor de sus buenas cualidades, era hombre de honrada palabra y sana moral. De ahí que aquel escándalo le hubiera agriado el carácter, de suyo reposado y austero, al punto de entremezclarse con la peonada para ir repartiendo a unos y otros los más tremendos sermones, mientras levantaba sus brazos, agitándolos violentamente para hacer sentir la ira que lo dominaba.

—¡Tropa de maulones, trompetas!... ¡Y ustedes, que parecen chinas cuarteleras!...—gritábales encolerizado. Si quieren desayuno vayan acarreando leña. No debían esperar a que ese pobre diablo de Cotudo...

Pero no tuvo tiempo de terminar la frase. Un grito de espanto salió de aquellas bocas que habían enmudecido momentáneamente. Y como tocados por un resorte, hombres y mujeres se precipitaron hacia la puerta de la viña, por donde aparecía el infeliz idiota gesticulando como un loco, trayendo sobre sus hombros al niño inanimado, y ambos chorreando agua a mares. Don Nicasio, llevado por el trojel, alcanzó a recibir en sus brazos a Periquito, cuya carita amoratada, angustiosa, acusaba un estado de asfixia desesperante.

—¡Pobrecito el Perico! — aullaron las mujeres.

Y allí mismo en el camino, sobre un jergón que al punto trajeron los más listos, desprendiéronle las ropas a la criatura para poder friccionarla y tratarla como el caso requería. Todos mostraban su afán en traer remedios, unturas para friegas, y turnábanse para hacerlo respirar artificialmente, moviéndole los brazos al niño, que no daba señales de vida.

—¡Probecito mi Periquito!—clamó desconsolado don Nicasio. — ¡Qué habrá ocurrido, mi Dios!

—Cálmese, patrón, que no ha de ser nada.

—¡Me lo ha matado, me lo ha matado!

—No ha'i de ser, po. Cálmese, patroncito, que en cuantito le dentre el calor al cuerpo se va a rianimar.

Pero aquel padre sufría de un modo horrible. Con sus ojos abiertos desmesuradamente, inquiría en el rostro de Periquito, ansioso, frenético, por ver una señal de vida, mientras de sus labios desprendíanse leves acentos de dolor.

Pasó un instante de cruel ansiedad. Todos callaron. El silencio pesaba ya en los corazones, cuando de las pupilas apagadas del niño desprendióse un lampo de luz.

—¡Dios, gracias!—balbuceó don Nicasio, al percibir aquel relámpago de vida.



EL PADRE. — ¡Otra vez borracho! Como sigas por ese camino vas a tener el mismo final que un perro.
EL HIJO CURDA. — No digas tonterías, papá. ¿Crees que por beber me va a salir rabo?

—¡Ya está salvo, patrón, no se aflija más!—exclamaron todos, como sintiéndose revivir ellos también.

En efecto, el tratamiento había sido a tiempo y acertado. Los tristes ojitos de Periquito comenzaron a llenarse de vida, y ambulaban de un lado a otro, como inquiriendo a las caras que lo miraban el por qué de aquella extraña situación en que se hallaba.

—Vamos con el chico para su cuarto, que allí en su cuna se hallará mejor,—dijo don Nicasio a las sirvientas. — ¡Y cuidado con avisar a la señora, que, enferma como se encuentra, un susto podría costarle caro!

—Así ha de ser, patrón—respondíale, mientras alzaban a Periquito y lo transportaban a su habitación.

Iban en camino, cuando dejáronse oir lejanas voces, que alarmaron nuevamente a don Nicasio.

—¿Qué ocurre ahora por la viña?—expresó con endiablado mal humor.

—¡Qui ha de ser! Son los peones que andan a la caza del Cotudo — contestáronle las chinas a tiempo que dejaban al chico sobre su camita y entregábanse de nuevo a las friegas y cuidados.

—¡Ah de mi hijo! Que me lo traigan y van a ver cómo me cobro en su pellejo. ¡Asesino! ahogarme a mi Periquillo.

—Se las merece, y muchas, que a toiditos nos tiene muertos de hambre y de sustos. Naide puede andar por las casas, y menos por la viña, sobre todo cuando oscurece, que redepente no se le aparezca esa figura de mono-diablo. ¡Jesús!—exclamó la Cipriana persignándose. Y agregó:—La culpa del escándalo la tiene ese... ¡Y ya ve, patroncito, en lo que andaba el bribonazo, a punto de ahogarnos al Periquito!

Al oirse nombrar, el aludido abrió grandemente los ojos, alzó la cabeza y pretendió hablar; pero el esfuerzo lo venció y volvió a dejar caer pesadamente su cabecita sobre la almohada.

—Bueno, ahí siento que llegan los hombres. Atiendan ustedes al chico entretanto voy en busca del chicote con que amansaré para siempre a ese bruto.

—Así será, patroncito—respondíeronle sus servidoras, viéndolo alejarse por el interior de las habitaciones.

Un clamor de confusas voces llenó de pronto el amplio patio de la casa. Ya estaban allí los peones, jadeantes y sudorosos, con su presa, el idiota, el infeliz don Juan, a quien tenían tomado por los brazos y el cuello, alrededor del cual le habían pasado un lazo de cabo.

—¡Que venga el patrón!—gritaban furiosos. — ¡Que acabe con él! — y amagábanle con pies y puños, y decíanle tremendas imprecaciones, a todo lo cual el Cotudo respondía con tristes y temerosas miradas.

Abriéndose paso entre aquellos exaltados, apareció don Nicasio, armado con un chicote de fuertes tientos hábilmente trenzados. Se detuvo nervioso de cólera a dos pasos del Cotudo, quien, al ver a su patrón en una actitud tan amenazante, presintió súbitamente algo de fatal para su pobre humanidad. Dobló la pesada cabeza sobre su pecho velludo y esperó, mirando a hurtadillas y con hondo recelo a sus verdugos.

—¡Den vuelta a ese descamisado, que me entran lástimas!—rugió don Nicasio. Y cuando así lo tuvo, descargó violentamente sobre las anchas espaldas del Cotudo la primera perdigonada de chicotazos.

—¡O escarmienta, o revienta! — vociferó la peonada, con marcada satisfacción de poder cobrarse ellos también las numerosas perrerías que el Cotudo les hacía.

Pero era de Dios que aquel castigo no debía cumplirse a pesar de que todas las voluntades se habían aunado para ese fin.

La Cipriana, la vieja cocinera, llegaba presurosa, con la cara descompuesta, llena de lágrimas y gritando con voz ahogada:

—¡No, patroncito, no lo castigue que no es culpable..., naidita hai hecho l'infeliz!

—¡Cómo así, patrón! ¡Atráquele nomás!—rugieron los hombres, al ver que don Nicasio quedóse vacilante y perplejo ante aquella vieja servidora que luchaba a brazo partido entre los peones, por abrirse paso.

—Lei dicho que no, patroncito... y lárguese conmigo que el Periquito me ha contao!...

—¿Qué puede haberle contado: acaso pretende engañarme?

—¿Que no oye, po? ¡Sinta cómo lo llama a gritos el pobrecito!

En efecto, percibióse claramente la vocecita de Periquillo que se esforzaba en gritar:

EL REINO DE LA PAZ

Tú eres el cielo y tú eres el nido también. Y en el niño — ¡Oh belleza suprema! — es tu amor el que circunda el alma de colores, de notas y perfumes.

La mañana viene con su cesta de oro en la mano derecha y con una guirnalda de hermosura, a coronar la tierra.

Llega el crepúsculo sobre las praderas solitarias que los ganados abandonaron. Viene por senderos ignorados y, en su cántaro de oro, trae frescos sorbos de paz del océano de reposo que se encuentra al poniente.

Mas, allá en el sitio donde se abre el cielo infinito, hacia el cual el alma emprenderá su vuelo, reina la blancura inmaculada y radiante.

Allá no hay día, ni noche; ni formas, ni colores; ni hay jamás una sola palabra.

Rabindranath TAGORE

—¡Papacito, papacito: no le pegue al Cotu!

Aquella voz de ruego del Periquito pudo más que los deseos de venganza que habían animado a don Nicasio y a su gente. Un tanto atribulado, arrojó el chicote y ordenó que soltaran al Cotudo, apresurándose a ir junto a su hijito que no cesaba de llamarlo desesperadamente.

Hombres y mujeres se largaron tras él, movidos por la curiosidad que aquel cambio de situación les creaba tan inesperadamente. A la zaga de ellos iba el Cotudo, a trancos tambaleantes como los de un beodo, expresando indecisión y recelo en sus ojos atormentados y gruñendo su "hum, hum", que en aquella circunstancia podría traducirse por una protesta. Frente a la puerta de la habitación de Periquillo detuviéronse los curiosos, alargando sus caras para aguzar más los oídos.

Periquillo, con voz emocionada, contábale al padre lo sucedido:

—Jué que yo me subí al sauce que está en el borde del canal grande.

—Cómo así, mi Periquillo — reprochó con ternura don Nicasio.

—Y mientras me corría di a caballo sobre una rama larga que bandea toidita la anchura del canal...

—¡Vean eso, qué temeridá!—interrumpió la buena Cipriana.

—... Vide que el Cotu se desesperaba, y saltando como un mono me amenazaba para que bajase. A mí me dentró una gran risa y pa ponerlo más jurioso comencé a hamacarme con juerza.

—¡Já, já, já! Linda la preba del niño—exclamaron alegremente los curiosos.

—¡Lo vieran al Cotu! Parecía un loco. Yo me reía y me reía, cuando de un redepente se rompió la rama y ¡zumba!, me cayí al agua.

—¡Ave María!—gimoteó la Cipriana, persinándose apurada.

—Ya no supe nadita..., pero ricuerdo que una cosa me agarró muy juerte y luego sentí que me levantaba al cielo. Y ahorita hei sabido por la Cipriana que el Cotu me tráiba en los brazos y que vos, papito, le ibas a pegar.

A don Nicasio se le hizo un nudo en la garganta.

—Bien, Periquillo: basta; no hables más que te fatigas.

Y dirigiéndose a las gentes:

—Me apena mucho este asunto, pues me parece que anduvimos muy errados. Si está por ahí el Cotudo háganlo entrar para que vea al niño.

Varios de ellos cogieron al idiota y lo metieron a viva fuerza en el cuarto. Allí, en medio de todos, paseó azorado una mirada, la que detuvo instantáneamente al encontrarse con la de Periquillo, quien, al verlo, le alargaba sus bracitos. El Cotudo fijó un momento sus grandes ojos en el niño, y luego, como si despertara de un pesado sueño, llenó su cara de intensa alegría y brutalmente comenzó a saltar y a mujir con estruendo infernal. De un salto trepó sobre la cuna, y alzando a Periquillo en sus brazos lo zarandeó al compás del "hum, hum, hum" que le arrancaba la desenfrenada expansión de su ánimo. Entretanto, Periquillo reía a más no poder.

Don Nicasio, fuertemente impresionado por aquella inesperada escena, en que se manifestaba la cordial camaradería que existía entre el niño y aquel infeliz, tuvo al par la revelación del acto inaudito que había realizado el Cotudo por bien de Periquillo, y no pudo evitar se le escaparan de sus ojos unas lágrimas candentes por la emoción.

Las gentes se fueron dispersando, haciendo comentarios al caso, y la pobre vieja Cipriana, que mil desvelos maternos había sufrido por el cuidado de su Periquillo cuando éste era huahua, decíase lamentosa y lloriqueando:

—Vaia, po, siñor patrón, con lo sucedido. Aura no sé cómo quererlo a este tonto. Dende hoy le perdono cuantas fechurías mi haga... ¡Ay de Dios!

Pero la tribulación de don Nicasio creció de punto al ver que Periquillo, sacando de debajo del colchón una hermosa granada, se la dió al Cotudo para que éste la partiera con sus fuertes y toscas manos. Y como para rematar su extraña visión, ambos comenzaron a desgranar sus respectivas mitades con vivísimas manifestaciones de alegría. Periquilo brindaba como en otras ocasiones:

—Tomá, chei, este que está muy dulce, como miel.

Don Nicasio creía sufrir una pesadilla. Pasó un pañuelo por su frente que ardía en sudor, secóse el hilillo de las lágrimas que habían corrido por su cara, y pensativo dió en cavilar sobre aquel ser oscuro, misterioso, cuyos actos resultábanle en la generalidad de los casos extraordinariamente contradictorios.




Los faros que enceguecen no serán un peligro

Los accidentes del automovilismo nocturno acasionados en su mayoría por el deslumbramiento que causan en un conductor los faros reflectores de un automóvil que marcha de frente a él, disminuirán en proporción casi total como resultado de un invento del doctor Carlos D. Bostrom, jefe del cuerpo médico de la marina de Suecia. El doctor Bostrom ha inventado una clase de anteojos que protegen al automovilista contra el efecto irritante y enceguecedor de la luz directa de los faros reflectores.

Recibir de pronto el poderoso haz luminoso de un reflector de auto tiene en el ojo el mismo efecto que pasar bruscamente de la penumbra de un túnel a la plena luz del sol. Automáticamente, el ojo hace cuanto puede para absorber la súbita inundación de luz. La pupila, que se había ensanchado hasta su máximo mientras no se veía otro coche en el camino oscuro a fin de permitir que penetrara toda la escasa luz existente, se contrae rápidamente cuando se produce el brusco exceso de luz para que este exceso no afecte violentamente la sensibilidad del ojo, que debe adaptarse a él gradualmente.

Pero esta contracción de la pupila no es todo. Hay un efecto irritante y enceguecedor, debido, según dice la ciencia, a los rayos ultravioleta que parten del intenso foco de luz. La eliminación de los rayos ultravioleta del haz luminoso de un reflector implica la eliminación de la influencia irritante que tal luz tiene en el ojo humano.

Era eso un problema de absorción de color, como lo llaman los oculistas. Con fines oftálmicos se emplean diversas clases de lentes cada una de las cuales tiene diferente grado de absorción de color. Un tipo de lente absorbe sólo el diez por ciento de los rayos rojos, amarillos, verdes, azules y violetas. Otro tipo, el de cristales ahumados, absorbe cerca del ochenta por ciento de todos esos rayos. El doctor Bostrom buscaba un cristal que absorbiera la cantidad máxima de rayos ultravioleta, sin absorber al mismo tiempo los rayos visibles.

Lo encontró en el llamado cristal Hallahuer número 66, que se fabrica en Alemania, y del que hay parecidos, en cuanto a valor de absorción, en otros países.

Hallado el medio apropiado, el doctor Bostrom comprendió que no podría ser usado como parte del faro mismo, porque anularía su valor luminoso. Fabricar parabrisas con ese vidrio resultaba demasiado costoso. Ideó, pues, los anteojos.

El vidrio Hallahuer número 66 es de un confuso color que tiene de verde, de gris y de amarillo. Usar esos anteojos fatigaría a los ojos, excepto frente a una luz muy intensa. Para obviar lo primero, los anteojos de Brostom tienen dos clases de cristal: la mitad superior es de Hallahuer y la otra mitad de cristal ordinario. Alzando ligeramente la cabeza cuando recibe la luz de un reflector, el conductor que lleva esos anteojos evita el enceguecimiento de la luz del faro sin que por ello se interrumpa o se confunda su visión ordinaria.

Todos los vidrios de colores de los anteojos están destinados a moderar la cantidad de luz que invade el ojo. Esos vidrios se obtienen agregando óxidos metálicos a la masa de vidrio fundido con que se hará la lente.

En general, la luz cuando pasa a través de un cristal experimenta una reducción de intensidad. Se dice que la luz ha sido absorbida y el mayor o menor grado de pérdida es el valor de absorción de cada clase de vidrio. Un cristal que absorbe igual proporción de todos los colores se llama cristal neutral: reduce la intensidad de la luz sin alterar su color.




ACUARELA NOCTURNAL

(Epoca de la Gran Guerra)

Era
al morir de primavera.
Denso gris
envolvía el laberinto de París,
Y por los Campos Eliseos,
como lobos carniceros que vigilan a su presa,
guarecidos del bosque en la fronda espera,
acechaban los mercaderes de vicios.
Revolaba negligente, tras el velo opalescente de la niebla,
un enjambre multiforme de parejas,
cual si fuere colmenar de fantásticas abejas
del país de la tiniebla,
que libaren tibio néctar en corolas
de sensuales amapolas,
impregnadas de licor
del placer y del amor.

*

De la bruma en el misterio
florecía el adulterio;
y las hembras codiciosas a los machos insaciables
ofrecían la primicia de sus formas admirables;
y las bocas a las bocas se juntaban
y los besos rumorosos,
en los pétalos sangrientos y morbosos
de los labios, estallaban
como frutos madurados
que cayeran, arrancados
por las brisas nocturnales,
sobre el agua adormilada de algún lago en los cristales...

Armando FLOR

El mulato Tapard

Costumbres de Madagascar

Cuando me trasladé de la Reunión a Tamatave en Madagascar, había sobre el puente del barco que me transportaba, un pasajero. Indudablemente un pobre diablo, pero de rasgos muy finos, tez cobriza y hermosos ojos no europeos: negros, dulces, aterciopelados casi animales. Estaba siempre silencioso como quien tiene una idea fija. Por eso tal vez me interesó. Pregunté al capitán "¿Quién es?"

El capitán lo ignoraba: "Un pasajero del puente". Pero un compañero del desconocido agregó:

—Es Tapard, el mulato.

—...¿Mulato?

—Sí; un mestizo de la Reunión. Se alistó antes de la guerra en el ejército colonial. Sirvió en Tamatave en su compañía, y a poco de empezar aquella hubo de embarcar para el frente de Flandes. Hay que suponer que eso no le gustaba y desertó Pero fué cogido, y tuvo suerte después de todo, porque pudo librarse de ser fusilado gracias a su buena hoja de servicios y al dictamen de un médico que lo declaró irresponsable ante el Consejo, diciendo que Tapard, al huir, había perdido la cabeza. Mírenle, en efecto, ¿no es cierto que aun ahora tiene un aire raro?

Se le condenó a diez años de trabajos públicos o cosa parecida. Ya ha cumplido. Fué primero a la Reunión para pedir un poco de dinero a su familia y ahora vuelve a Tamatave. ¿Por qué? No sé. Es probable que allí haya dejado a alguien.

Dejé de fijarme en Tapard. Pero al avizorar la costa advertí que el tal parecía un alma en pena. En efecto, se puso a correr de punta a punta del puente; pero a correr de un modo!... Parecía un perro de esos que embarcados en una lancha, cuando ven la tierra empiezan a correr de proa a popa y de popa a proa como si estuviesen locos.

Cuando ancló el barco bastante lejos de la playa, por cierto, Tapard no pudo ya contenerse. ¡Plaf! El ruido de un cuerpo en el agua. Tapard se había lanzado al mar y ganaba a orilla a nado. Aquello está lleno de tiburones y no sé cómo pudo escapar con vida. Pero el caso es que lo consiguió, como vais a ver.

La historia es vulgar, ¡oh!, muy vulgar. El más insignificante de los sucesos... Tapard, cuando estaba en el ejército colonial tenía por *musso*, es decir, por mujer a una Betsimisavaka, que había sido instruida por las monjas, naturalmente, o "las buenas hermanitas", como dicen allí. Después de instruída estuvo ella de *nurse* y niñera de confianza en casa del cónsul de los Estados Unidos. Entonces fué cuando la conoció Tapard, que se hizo amante suyo. Ella se llamaba Mangamasón.

Hay que creer que Tapard tenía apego por ella, puesto que cuando estuvo en Francia la siguió escribiendo. Cuando Mangamasón dejó de contestarle, escribió él a un amigo de Tamatave, pidiéndole noticias. El amigo contestó:

"¿Mangamasón, la del consulado de los Estados Unidos? He tomado informes y, según ellos, resulta que ahora está con Ratnibé, delegado del Tesoro. Todas las noches va a juntarse con él, y es ella quien le avia la casa".

Tapard vió rojo. Esa malgacha se le había metido en la sangre. Por eso fué por lo que desertó, para buscar a ella y a su Ranibé y romperles la cabeza. Y por la misma razón—si es que a esto se le puede llamar razón—fué por lo que a los diez años, volvía a Tamatave.

Y de ahí que llega a nado, a pesar de los tiburones. Fué a esconderse no sé dónde, hasta que se le secaron las ropas, y luego se dirigió a una taberna para tomar una copa. Mientras bebía preguntó suavemente "¿Saben ustedes por casualidad dónde vive el señor Rainibé, delegado del Tesoro, y la señora Mangamasón?" Le dijeron enseguida dónde era: en Tamatave todo el mundo conoce a todo el mundo.

Tapard cruzó la población y se retiró al campo, donde estuvo hasta las doce o la una de la noche, en que volvió. Entró en casa de Rainibé—una casita de planta baja con rejado de cinc—por una ventana, cuyo cristal rompió tranquilamente, y encontró a los amantes acostados. Sacó del bolsillo de su pantalón una gran navaja que llevaba abierta, y los sangró a los dos como a cerdos, por el cuello.

*

Ya véis cuán vulgar es eso. Pero no está acabado. Tapard, una vez dado el golpe, volvió al campo, y después se encaminó por la selva virgen a una aldea de indígenas, donde tenía amigos. Mangamasón le había enseñado el malgacho que él hablaba como su lengua natural.

Transcurridos siete u ocho meses tuvo el tupé de volver a Tamatave. Después de todo, era un hombre civilizado y sentía la necesidad de tomar una copa. Por lo demás, nadie se acordaba ya de aquella historia. Se le buscó cometido el hecho y no se le encontró. Se impuso que había muerto en la selva y se olvidó el asunto... Cuando Tapard hubo tomado una copa o varias entró en una tienda y pidió algunas latas de conservas. Después dijo: "Guárdenlas ahí que ya volveré por ellas". Y se fué a pasear por las calles.

La música del regimiento colonial tocaba en el quiosco de la plaza. Había mucha gente dando vueltas alrededor o sentada en bancos. Lo que más había era criadas o *nurses* indígenas con niños blancos. De pronto oyó él una voz que dijo:

—¡Tapard! ¡Oh, Ratapard!

Ra en malgacho quiere decir—como ya sabéis—"señor". Tapard se volvió y reconoció... reconoció a Mangamasón en carne y hueso. En el primer momento la tomó por una *matutona*, un fantasma. ¡Estaba tan seguro de haberla matado! Pero enseguida se decidió a preguntar.

—¿Qué? ¿Pero no estás muerta?

Y vió en la cara de Mangamasón que ésta no entendía la pregunta. Se sentó a su lado y la dijo severamente por qué la tenía rabia de que no estuviese muerta.

—Yo te maté hace ocho meses en casa de Rainibé. Tú estabas acostada con él.

—¿En casa de Rainibé, el que asesinaron? Pero si no era yo quien estaba acostada con Rainibé; era Kelaka... Solo que entonces Kelaka era yo. Habíamos cambiado las dos de nombre.

Y eso es lo que había ocurrido. Mangamasón se había encontrado un día con Kelaka, que había sido compañera suya en el colegio de las Hermanitas, y Kelaka llevaba una recomendación de éstas para entrar de enfermera en el hospital. Pero a Kelaka le gustaba más entrar de *nurse* en el Consulado de los Estados Unidos para ocupar el lugar de Mangamasón; y Mangamasón prefería, por el contrario, ocupar la plaza de Kelaka en el hospital. En vista de eso, cambiaron sus papeles. Cierto que en ellos estaban las respectivas fotografías, pero eso no importaba; para los blancos, todas las malgachas de la misma edad son iguales.

Y era a esa Kelaka convertida en Mangamasón a la que Rainibé había tomado por amante.

Tapard exclamó:

—¡Entonces yo he matado por nada!

Es verdad que había matado por nada. Y desde hacía diez años vivía para eso, para una venganza vana. Eso le produjo tal repugnancia, que cuando los gendarmes le echaron la mano encima no intentó ninguna resistencia. Y creo yo que aumentó su repugnancia cuando el Jurado, vistas las circunstancias del delito, denegó la sentencia de muerte. Ahora Tapard está en presidio.

Su mayor equivocación fué la de no considerar que los malgachos cambian de nombre como de camisa.

Pierre MILLE

DEL LIBRO "AMOR ETERNO"

(*próximo a publicarse*)

"LUNA DE MIEL"

Llegaban con tristeza a mis oídos
las tiernas melodías musicales
envueltas en las rachas otoñales
y el corazón sintió fuertes latidos.

Con trémulo fervor sueños queridos
a mi alma llenaron de ideales
y sentí como besos celestiales.
Quedaron en suspenso mis sentidos.

¡Luna, "Luna de Miel"! Vals amoroso
que de dulce tristeza me llenaste
y el corazón y el alma me inundaste

de un anhelo sublime y delicioso...
¿Por qué tan solitario me dejaste
con mis sueños de amor, vals precioso?

AQUELLA TARDE...

Aquella tarde que te vi recuerdo
que aún sin conocernos tu mirada
mucho me enamoró y enamorada
quedaste tú de mí. ¡Cómo me acuerdo!

Fué el idilio tan rápido que siento
la tristeza inmortal de acariciarte
que sentí en el instante de adorarte
con todo el corazón y el pensamiento.

Aquella tarde mucho he suspirado.
Un sin fin de esperanzas e ilusiones
para siempre en mi mente se han grabado.

Aquella tarde que te he conocido
me acuerdo que escribí bellas canciones
que dicen: "Yo de tí nunca me olvido".

SE FUE...

Se fué cuando recién en los umbrales
de la vida se hallaba. ¿Quién diría
que para ella el Sol se apagaría
a la edad de los goces terrenales?

Llenos de luz brillaban los cristales
en tanto que la tarde ya moría.
Mi triste corazón, que la quería,
se deshizo en lamentos funerales.

Cuando llegó la noche, yo temblaba...
El eco de su voz tan melodiosa
en el fondo de mi alma suspiraba:

— Que solito te quedas, vida mía.
Yo voy hacia el camino de la fosa,
mas en ella te espero todavía.

Luis GARCIA BLANCO

La lucha contra las fieras en Siam

Estamos en Siam, viajando a pie por las estrechas sendas de la selva, acompañados de cuatro indígenas portadores de nuestra impedimenta. Son unos hombrecillos, pequeños, delgados, medio desnudos, que no parecen fuertes, pero que andan todo el día cargados con veinte kilos sin dar grandes muestras de casancio. Esto nos notifican dos operadores cinematográficos que han ido a aquella parte de Asia a impresionar unas películas de la lucha que sostienen los indígenas con las fieras de sus selvas.

En la parte norte de Siam, apenas se ven blancos; cuatro o cinco misioneros en Nan y una docena de daneses encargados de los cuatrocientos elefantes que acarrean maderas, desde el bosque al río y que la corriente lleva hasta Bangkok.

"Fuimos a ver al jefe de una aldehuela cerca de Nan, nos siguen diciendo los viajeros y le presentamos las órdenes que nos había dado el gobernador y recomendándonos para que se nos facilitase nuestra tarea.

Nos han dicho en Nan que muchos de tus hombres han sido devorados por los tigres y quisiéramos cazar uno y llevarlo con nosotros.

Es verdad, replicó el jefe, hay ahora uno, muy grande y muy malo, tan grande como un caballo.

De todos los tigres dicen lo mismo los indígenas: "tan grande como un caballo" y aunque hay exageración, no es tanta si se tiene en cuenta que los caballos de allí son pequeños.

Este año, añadió el jefe, ya ha matado tres hombres. Hace poco, estando éste, y señaló a un joven, con su padre en el bosque un tigre se lanzó sobre el viejo y huyó con él. El hijo, que es muy valiente, le siguió con su puñal y la fiera abandonó a su presa pero ya estaba muerto y éste, construyó una valla para que el tigre no se llevara el cadáver de su padre. Cuando fuimos a recoger el muerto ya no había allí nada más que sangre. El tigre había vuelto y se lo había llevado para devorarlo.

"Pues nosotros le cazaremos, nos le llevaremos y no volverá a comer más gente."

El jefe se opuso a que cazásemos a la fiera, pues era, según él, un caballo de los espíritus y el que lo matase se convertiría en tigre para que los espíritus tuviesen un caballo que montar.

Por fin, después de asegurarle que no lo queríamos matar, y que en todo caso la responsabilidad era mía y yo sería el transformado en tigre, consintió en ayudarnos, convencido por mis palabras y sobre todo por mis regalos.

Al día siguiente salimos hacia Nam Mai donde abundaban los tigres y en medio del monte nuestra gente empezó a construir la trampa para cazar al tigre, para lo cual empezaron a cortar estacas con sus cuchillos.

La trampa es una especie de enorme ratonera con una sola entrada. En el fondo, tiene una división, también hecha con estacas y en aquel compartimento se coloca un perro que con sus aullidos atrae a la fiera. Al entrar el tigre, pisa una tabla que sujeta la puerta trampa de la entrada, se suelta la aldabilla y la trampa se cierra tras el animal.

Construída la trampa, los indígenas metieron un perro blanco en la jaula trasera y nos retiramos, pues la noche se venía encima por momentos.

"Cuando el tigre oiga ladrar al perro, la fiera creerá que le disputa el señorío de la selva y vendrá para matar al rival", decían los siameses.

El pobrecillo perro en cuanto se vió encerrado empezó a aullar lastimeramente, temblando, poseído de intenso terror.

A la mañana siguiente volvimos a ver la trampa. Allí estaba el perro sano y bueno y por los alrededores no vimos ni una huella de tigre.

Colocamos otras trampas en diferentes sitios sin resultado hasta que al cabo de cuatro días Muano, mi intérprete, vino corriendo en mi busca gritando: "¡Siguar! ¡Siguar! ¡Tigre! ¡Tigre! Ha caído un tigre en la trampa en Kamuk cerca del río. ¡Vaya usted corriendo pues aquella gente teme que el siguar rompa la trampa y se escape!".

Con toda prisa se buscaron botes para que llevasen la jaula destinada a encerrar al tigre y nosotros montamos en nuestras jacas y a toda prisa nos dirigimos a Kamuk.

La noche se nos echó encima, y ya no pudimos galopar, dejando que nuestras cabalgaduras se abriesen paso lentamente por la obscura selva.

Aunque íbamos bien armados, no estábamos nada tranquilos, pues cruzábamos una parte de la selva donde muchos hombres habían perdido la vida entre las garras del tigre.

Salió la luna y a su claror vimos un poblado en el que no quisimos detenernos por no perder tiempo y seguimos avanzando por un camino infernal hasta llegar a otra aldea en donde todos los habitantes estaban levantados gritando y diciéndonos que siguiéramos adelante.

A los pocos pasos presenciamos una escena difícil de olvidar. Una docena de hogueras brillaban alrededor de un árbol gigantesco y en el centro aparecía una gran masa obscura. Era la trampa que desaparecía bajo un gran montón de maderas que los indígenas había colocado encima y a los lados de la trampa, para dar mayor consistencia al encierro de la fiera.

Nos tumbamos en tierra con objeto de atisbar por entre los maderos y ver al tigre prisionero el cual al notar nuestra presencia se lanzó sobre las estacas que de él nos separaban dando formidable empujón a la par que lanzaba un horroroso rugido que nos hizo retroceder.

Los indígenas contestaron con gritos agitando en el aire sus lanzas y cuchillos. El Señor de la Selva no cesaba de rugir en su estrecha prisión, aquel tigre que en la misma aldea había devorado el mismo año a cuatro personas.

Esta fiera, que ignoro por que causa estaba coja de la pata delantera derecha, encontraba, sin duda, difícil perseguir a otros animales y había hecho del hombre su caza y alimento favorito, pero ya no comería más carne humana. El terror de la selva había caído en poder del hombre.

Llegó el amanecer, los labradores empezaron a pasar con sus búfalos camino de sus campos de labor y aunque el tigre hacía horas no producía ruído alguno, los búfalos lo olfateaban y no había manera de hacerlos pasar cerca de la trampa.

Por la tarde llegaron las lanchas con la jaula. Los siameses se reían diciendo que el tigre se escaparía de ella. En efecto, me pareció muy débil, por lo que encargamos a nuestros hombres que la reforzasen, lo que al momento hicieron.

Hecho el refuerzo, se presentaba el problema de hacer que en ella entrase la fiera.

Con grandes dificultades, pues la jaula estaba muy mal hecha, a fuerza de aumentar aquí y remendar allá, lograron ajustarla a la trampa de manera que coincidiesen las entradas.

A todo esto solo quedábamos allí mi compañero Collier, el intérprete Muang, un indígena acostumbrado a la caza de tigres y leopardos, y yo.

Todos los demás habían huído. Los árboles cercanos parecía que daban frutas humanas, en todas las ramas había siameses, y a unos treinta metros de nosotros se había formado un grupo de indígenas armados de lanzas, preparados a la defensa.

Levantadas las trampas, y en comunicación una con otra, empecé a hurgar con un palo puntiagudo al tigre por el lado opuesto a la puerta, pero el animal, de una dentellada, partió el palo y no se movió. Cuantas veces repetía la operación, el tigre destrozaba el arma, hasta que por consejo del cazador de tigres Than, prendimos fuego a otro palo, y, al verlo la fiera, huyó del tizón y pasó a la jaula.

En el mismo instante Muang dejó caer la compuerta y la terrible fiera quedó, por fin, aprisionada en la jaula.

Colgada la jaula en largas pértigas de bambú, treinta hombres cargaron con ella, y, a la luz de las antorchas, llevadas por otros siameses, recorrimos la distancia que nos separaba del lugar donde nos esperaban las canoas.

Por fin llegamos, y con gran dificultad, colocamos el tigre en una de ellas, custodiado por nosotros y cuatro boteros, y el resto se acomodó en la otra embarcación especie de piragua y proseguimos el viaje, logrando llevar con nosotros al tigre que tantos afanes nos costaba.

Como las flores de tus montañas

A mi buen amigo el poeta argentino,
Arturo Capdevila.

La visión de tu tierra cordobesa
en tu alma ha dejado retratadas,
sus montañas, sus valles, sus quebradas,
impregnando tu frente de belleza.

Las sierras le cedieron la firmeza
como el granito de que están formadas,
y en tus versos las cúspides osadas
pusieron de sus aires su pureza.

Por eso tus estrofas varoniles
tienen de cumbres fúlgidos perfiles
por donde van tus águilas en vuelo,

y olor agreste de gentiles flores
que dan raros perfumes y colores
cual las plantas nacidas junto al cielo.

F. GALLARDO SARMIENTO.

ENTRE CAMPEONES

Dos boxeadores, después de terminar un combate:

—Es usted el primer boxeador americano que me arranca dos muelas de un puñetazo.

—¿Y las otras tres que le faltan?

—Las otras tres me las arrancó un boxeador europeo.

FILARMONICA

—¿Vas al concierto de ese pianista?

—Sí voy.

—Yo también. Me pondré el vestido de color cereza. ¿Y tú, qué te piensas poner?

—¿Yo? Un poco de algodón en los oídos.

LAS PREGUNTAS DE TOTO

—Mamá; cuando un hombre está escribiendo, ¿necesita comer a cada instante?

—No, hijo ¿Por qué?

—Porque papá, cuando le dicta al escribiente, le dice: coma, coma, coma.

EL CHEITAN

(CUENTO MARROQUÍ)

Por Carlos V. Dumont

Terminaba de cantar, el muhezin su monótona fermata, desde lo alto del minarete de la kutubia de Yemaa-el-Feta, que dá frente a Bab-Dukala cosa que tendrá sin cuidado a los lectores pero que como fiel narrador me veo obligado a señalar, cuando Monssieur Besset, vice-cónsul francés en la ciudad de Merrakech se sirvió la quinta taza de té.

Para el que vá por primera vez a Marruecos la canción de los muhezines anunciando la aurora, el mediodía y la oración (mogreb) tiene un encanto especial, y así lo afirman De Amicis, Pierre Lotti, Morote y otros ilustres orientalistas, pero para uno que lleva años de cuscús en el país de los turbantes, el cantito de marras no deja de ser un maullido más o menos filarmónico que obsesiona hasta el punto de creerse que aquella gente vive en un constante lamento. Bien es verdad que a nosotros en quitándonos el "fuelle" no nos hallamos con ninguna clase de música, aunque nos la toque una "hurí".

Allí, entre las cuatro paredes enjalbegadas de almagre, sin más adorno que una vieja escopeta colgada de un clavo, y ante una mesa baja, sentados sobre una estera raída, estábamos el susodicho monssieur Bessét, Sidi Messaúd Ben Uarzazi y un servidor.

Era la tertulia obligada. En Merrakech o en cualquier otra ciudad marroquí, después del cañonazo del mogreb, y la lata del muhezin no hay ya más nada que hacer sinó encerrarse a contar cuentos y a ingerir té. De vez en cuando se oyen las lejanas notas de un "guimbri" y unos quejidos anunciadores de que alguien "lanza al viento su queja" pues también los moros tienen su corazoncito.

Sidi Messaúd Ben-el-Uarzazi, como siempre iba ya en el vigésimo león cazado. Los moros tienen pasión por la caza mayor, pero todos ellos en ese sentido no pasan de Tartarines. Monssieur Besset se empeñaba en hacerle creer al moro que los leones que él había cazado en el gran Atlas no le habían costado una sola bala. El último que mató no le costó más que un pucho de cigarro malo.

Abría el león sus fauces y Monssieur Besset arrojó en la enorme garganta, la colilla encendida. De más está decir que el rey del desierto se quemó hasta el rabo de la manera más indecente. El Sidi, por no ser menos, agregaba que el último que él capturó casi a las puertas de su alcázar, fué leyéndole el pregón del Sultán, ordenando nuevos impuestos. El animal se adormeció y el Sidi pudo "cueriarlo" sin que se diera cuenta.

Aquellos dos amigos estaban dejando mal parado a Emilio Salgari.

De pronto, Monssieur Bessét llamó a su criado.

—¡Bu-Hamara!

Este Bu-Hamara era un ejemplar rarísimo. Oriundo de los Dukkala, tribu de gigantes, rudos y de una ignorancia lindando con la idiotez, tenía la nariz formidablemente chata, labios colgantes, ojos chicos y redondos. Un bigotillo ralo y barba en punta.

Vestía amplios zaragüelles blancos y una yilaba parduzca, sus piernas velludas y musculosas descansaban sobre un pie apocalíptico, calzado en babuchas que parecían alforjas. Del costado izquierdo y por la abertura de la yilaba pendía una enorme gumía (alfanje corvo).

Su nombre significaba "padre de la burra", y, francamente, estudiando detenidamente a Bu-Hamara, se notaba a simple vista que no podía ser padre de otra cosa.

—"Tráete mi pipa de espuma que está en la mesita de noche... en mi dormitorio... no enciendas, hay luz..." — ordenó monssieur Besset.

Nos servimos el sexto pocillo de té hirviendo. Sidi-Messaúd, extrajo de entre los pliegues de su caftán azul, una arrugada petaca y cargó su "narguil" con un puñado de kiff. Yo encendí un "General Prim", a cuya primera bocanada huyeron en todas direcciones las cucarachas, cientopiés, escarabajos y demás insectos que poblaban el cuarto.

De pronto un terrible estrépito, nos tumbó en la estera.

Bu-Hamara apareció pálido y desencajado. El labio inferior se le movía como el de un camello en celo. Su mano aún empuñaba el alfanje.

—¿Qué pasa? — exclamó monssieur poniéndose de pie.

—¡El Cheitan... Sidi! — contestó con acento tembloroso el pobre Bu-Hamara.

—¡El Cheitan... tú... estás loco... el diablo no tiene nada que hacer aquí!, y dirigiéndose a nosotros continuó... "Vamos a ver... temo que este imbécil ha hecho alguna barbaridad...".

Al entrar en el dormitorio, vimos que la barbaridad era de primera. El hermoso espejo de luna del guardarropa de monssieur estaba convertido en miles de pedacitos que brillaban en el suelo como estrellitas.

—¿Qué has hecho, animal? — gritó furioso Besset.

—¡El Cheitan... Sidi! — volvió a contestar Bu-Hamara, y seguidamente con grandes gestos explicó: "Yo entré y vi que otro hombre se venía hacia mí... le grité que se detuviera...

No me hizo caso... Me detuve yo y él también... lo insulté... no me contestaba, saqué la gumía y él sacó la suya, entonces tiré a rebanarle la cabeza y esto se rompió desapareciendo... era el Cheitan... Sidi... era el Cheitan..."

Era fácil comprender lo que había pasado.

Aquel angelito jamás había visto reflejada su imagen en un espejo.

Y mientras monssieur Bessét y Sidi Messaúd Ben-el-Uarzazi, eran víctimas de un ataque de hilaridad mahometana, yo inconscientemente apretaba contra mi pecho un espejito de bolsillo que llevaba en el chaleco, temiendo que Bu-Hamara adivinase en él a otro Cheitan y me dividiese de un alfanjazo.

OTOÑAL

Para "Fray Mocho"

Con el Otoño, las hojas
Se desprenden sin cesar,
Como en un mar de congojas
Heridas por un pesar.

Y llevan en su agonía,
Como una queja fugaz,
La negra melancolía
De quien no vuelve jamás.

Y con idéntica angustia
Presintiendo el triste fin,
La flor se inclina ya mustia
En el marchito jardín.

Entre el ramaje desnudo
Gime su cántico el viento
Como un sollozar agudo
De amargado sentimiento.

Y es que muere la belleza
De una savia en transición,
Con la idéntica tristeza
Con que muere una ilusión!

Y en la mortal inquietud
Queda en el alma un quejido,
Que llora la juventud
Que para siempre se ha ido!...

Domingo DORTONA

ANECDOTA

Los maestros Lavigna y Basily conversaban una tarde respecto al mal resultado de un concurso para proveer el puesto de maestro de capilla y organista de la Catedral de Monza. Ninguno de los 28 concurrentes había podido desarrollar el tema de una fuga que Basily había propuesto para el concurso. Lavigna miró el tema y dijo:

—¿Apuestas algo a que mi discípulo Verdi lo hace?

Basily aceptó la apuesta. Llamaron a Verdi y le dieron el tema. Poco después entregó Verdi la composición terminada. Basily, asombrado, exclamó:

—Pero ha escrito usted un doble canon sobre el tema.

—Es que era el tema flojo, respondió Verdi, y había que enriquecerlo.

EN EL TEATRO

Una señorita (al señor que está detrás).—Supongo que mi sombrero no le molestará a usted.

El señor.—Sí, señora; me molesta bastante, porque a mi mujer se le ha antojado otro igual.

LA ENFERMEDAD DE JAIMITO

—¿Qué te pasa, monín?—le pregunta una señora a Jaimito.

—Dispepsia y reumatismo —contestó Jaimito.

—Eso no puede ser. No tienes edad para ello.

—Sí, señora; el maestro me ha dejado castigado hasta ahora porque no he sabido deletrear esas dos palabras.

EN EL JUZGADO

El juez. — Usted dice que este hombre le ha robado. ¿Puede reconocer algo de usted entre estos objetos?

El robado. — Sí, señor; este pañuelo.

El juez. — Pero eso no prueba nada. Yo tengo otro exactamente igual.

El robado. — Sí, señor juez; pero es que me han robado dos.

REMEDIO EFICAZ

—Mis nervios están tan mal que no puedo dormir en toda la noche.

—Prueba a boxear: después de mi primera lección no pude abrir los ojos en tres días.

Hacia la perfección

Por Arturo Martini

Mujer u hombre: tú tienes un corazón. Dejarlo en un sueño de pereza, significaría un crimen. Cualquier cosa que permanezca inactiva, suele malograrse. Tú comprendes que el corazón está hecho para amar, y que hay que alimentarlo con estrellas para que brille siempre. Sería injusto dejarlo en la sombra, porque los pájaros acostumbran cantar cuando aparece el Sol. Aprovecha, que el cielo está despejado. La vida, ofrece algunas flores. Recoje una, antes de que sea tarde. Tu corazón es un altar. Y ese altar es un sitio que debe cubrirse con las rosas del Amor.

Mujer u hombre: los corazones que no aman se cubren de nieve. Y la nieve no es más que la muerte que se viste de blanco. Camina hacia la perfección por el sendero del querer. El Amor es una copa de oro que contiene el vino de la eternidad.

Son muchas las ingratitudes del mundo. No pasa un día sin que se sufra. Y en la única forma que se pueden secar esas lágrimas, es con el pañuelo del Amor.

Algunos blasfeman y dicen que la vida no tiene atractivos y que la salvación está en morir. Pues bien; esas personas no han amado, porque no creo que se desee la muerte, cuando el corazón se halla de fiesta.




Si todo se consagrara al culto del Amor; si se viviera en contínua exaltación platónica, las horas resultarían sublimes... Se aprendería a ser más bueno. La opinión sobre las cosas tomaría rumbos más elevados. Se sabría valorar con más precisión, la pena de un semejante. Y el sentimiento de piedad se manifestaría de un modo más espontáneo y preciso.

Los brazos del Amor enderezan cualquier alma. Tienen la suficiente virtud para combatir el mal. El Amor regenera, magnifica y es el único transformador de espíritus. Todo lo que él no pueda conseguir, será imposible lograrse. Su canto de pureza mantiene en noble actividad el corazón. Y el corazón que trabaja es un tejedor de auroras.

Mujer u hombre: quiere mucho. Ama con todo el lirismo de tu ser. Despójate de prejuicios, porque todo prejuicio afecta la integridad de la persona. Que ningún obstáculo pueda influir en el curso de tal sentimiento. Que nada se oponga. Hay que apartarse de la senda vulgar, porque es absurda. Que nadie se mezcle en cuestiones de tu corazón. Cualquier mandato, en otro órden de circunstancias, puede acatarse o no; pero no permitas que alguien intervenga en asuntos que únicamente deben solucionarse por sí solos.

El Amor es un nido. Y los nidos no pueden permanecer vacíos. En ellos debe existir calor. Cada nido de tal naturaleza, es un trono de blancuras. Y es en la blancura donde hay que acostar el corazón.

Reflexionemos un instante. ¿Qué vale la existencia sin el goce espiritual? ¿Existe algo de más valor que ese goce? ¿Qué sentimiento que no fuera el citado, podría tenernos en un palpitar más exquisito? ¿Se encontrará un ser humano que pudiendo vivir con luz, viva en la sombra? ¡No! Es absurdo pensarlo.

Hay que ennoblecer la vida, y para ennoblecerla se necesita amar mucho, pero amar elevadamente. Todo amor es grande cuando encierra música, y siempre que florezca bajo la bendición astral.

No hay antagonismo de raza ni de posición, cuando se quiere. El Amor es un astro que no se espeja en el oro ni nace al calor de un determinado nacionalismo.

Mujer u hombre: reconcentra tu pensamiento. Medita con serenidad de alma, un minuto solamente, y dime luego si no llegas al fin de que si no tuvieses agua de Amor, tu sed no se aplacaría con nada. Apártate un minuto del bullicio, busca la soledad y el silencio, y piensa en lo triste que resultaría vivir teniendo el corazón dormido. Haz de cuenta por un momento que no amas a nadie, y sentirás como llegan las lágrimas... Tu cerebro se llenará de nubes, y una enorme confusión se apoderará de tí.

Solamente te irás perfeccionando si amas con altura, porque entonces no habrá sentimiento que no se vigorice, ni fibra que no despierta al contacto de cualquier suceso, y de ese modo llegará un día en que, vibrando por igual en todas tus cuerdas, te harás un ser absoluto. Y no olvides que el absolutismo, en este caso, es la médula de la perfección.

Ama con espiritualidad... intensamente. Continúa adelante. No se llega a la cumbre en un solo día.

Si amas mucho, tu corazón te dará, con el tiempo, la llave del Infinito.




ARTE ORIENTAL

Los grabados japoneses de colores

Las estampas japonesas en colores, son grabados admirables, estampados a mano por medio de bloques de madera, generalmente de cerezo, en los que el artista ha grabado el dibujo. Cada color se graba en un bloque diferente de madera. Algunas de las más bellas estampas japonesas, requieren de 25 a 30 impresiones.

La madera de cerezo "sakura" tiene un granulado muy igual y duro. Se trabaja siempre sobre una superficie paralela al grano y nunca a través de él.

El origen de estas estampas es bastante oscuro. Se sabe que se hacen en China y Corea, aparentemente como importación del Japón. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que esta clase de grabados aparecieron cuando en Italia alcanzaba su máximo apogeo el grabado llamado "Chiaroscuro", y que en esa época una embajada cristiana japonesa visitó Roma. Los orginales de los grabados italianos que, probablemente, la misión llevó a Japón, a su regreso desaparecieron por ser asuntos religiosos y ser a principios del siglo XVII, cuando las grandes persecuciones de Hideyoshi contra los cristianos.

La técnica original sigue todavía empleándose, pero la mayoría de los grabados modernos están preparados por varios procesos fotográficos, usando tintes de anilinas que no tienen la tonalidad, ni la belleza, de los viejos colores vegetales.




Si un dibujo tiene éxito, entonces de los mismos bloques se hacen centenares de grabados, tanto que en algunos casos pueden pasar varios años entre la impresión de dos estampas con los mismos bloques. Las copias primeras difieren algo de las sacadas algún tiempo después, por el desgaste de los bloques. También es muy frecuente que de los mismos bloques se hagan copias empleando diferentes colores, dando esto lugar a innumerables experimentos por el mismo artista. Un buen ejemplo de esto lo tenemos con los grabados de Hokusai, "Treinta y seis vistas de Fuji", una de sus obras más renombradas. El precio de las estampas, hecho con los mismos bloques, puede variar de uno a varios cientos de dólares; valor motivado únicamente por el gusto estético del colorido empleado.

Aunque algunos de estos grabados en color han alcanzado gran valor en el mercado, es un arte humilde de artistas pobres y para las clases modestas.

Dejando aparte unas poquísimas excepciones, los artistas pertenecen a la clase baja, sin ninguna preparación cultural. Japón no comenzó realmente a apreciar el valor de sus grabados hasta que fueron descubiertos por el mundo occidental.

Los primeros grabados japoneses que se vieron en Europa fueron los que envolvían las cajas de té hacia el año 1800, y que cayeron en poder de un artista de Amsterdam. Pero transcurrieron aún muchos años antes de ser reconocidos como el arte más original producido por pueblo alguno; al principio fueron solamente considerados como un producto curioso de una raza salvaje y primitiva.

Hace cuarenta años que grabafos de los mejores artistas de la escuela de Ukiyoye, podían comprarse a menos de un dólar. En muchas colecciones hay grabados que costaron a sus propietarios unos centavos y están valuados en la actualidad en cientos de pesos. Un hombre que posee una estampa del célebre Hokusai pagó por ella unos dos pesos; el grabado vale doscientos. Otro coleccionista pagó por un grabado de Sharaku unos veinticinco pesos, vendiéndole después por 2.200 pesos.

Aun hoy día se pueden obtener buenos grabados por poquísimo dinero. Con paciencia y gusto se logra formar una buena colección de estampas japonesas, que luego, si nos cansamos de su belleza, podemos vender siempre con ventaja.

Hace veinticinco años eran contadas las personas que apreciaban uno de estos bellos grabados, pero hoy en día todo el mundo parece apreciarlos y cada día se ofrecen al mercado mayor número de colecciones.

También los coleccionistas han aumentado considerablemente. Toda persona que tiene un grabado japonés, especialmente si está algo roto, arrugado o sucio, se figura que tiene una fortuna; después queda desilusionado porque no hay nada más fácil de imitar que la antigüedad de un grabado. Se mete en té, y los agujeros se hacen con una alfiler. En media hora se le puede dar un aspecto tan viejo como se desee.

Pero esto es absolutamente inútil. El aficionado a hacer estas colecciones está siempre dispuesto a discernir lo que realmente tiene valor y a conocer todos los trucos y falsificaciones.

Antes de comenzar a coleccionar grabados, es conveniente leer algunos libros sobre la historia e importancia del grabado japonés. Deben observarse cuantas colecciones o grabados tengan más a mano y aprenderse a conocer la contextura del papel y los colores que preferentemente usaban los viejos artistas.

Hokusay prefiere el verde; Kuniyoshi el rojo ladrillo; Harunobu el azul y Korinsai el naranja.

Desde 1850 los artistas mejores han sido Hiroshige y Kunisada.

El coleccionista compra los grabados que más le atraen para su placer estético y el de sus amigos, y nunca bajo un aspecto arqueológico o histórico de gran importancia.




(Continuación de "Como la otra...")

Y, ahora, ¡Virgen santa!, me he engañado... ¡Armando, mi Armando, mi amor! ¡Te digo la verdad!... ¡Te lo juro por lo más sagrado que todo esto es la pura verdad!...

Me repugnaba tener que interpretar esa comedia..., me avergonzaba a todas horas..., a cada momento... Pero sacaba fuerzas de flaquezas, porque..., porque no quería perderte, mi Armando... ¡Dime que me crees! ¡Dime que me perdonas!... Dímelo!...

Se detuvo anhelante, sofocada, tan visiblemente sincera, que Armando Lebief no dudó un solo segundo.

—¡Mi pobre Lucila! ¡Qué tortura tan inútil la tuya!...

—Entonces, Armando, tú no amabas a "la otra" porque fuese así...

El apartó los ojos y confesó con voz sorda:

—No: la amaba, a pesar de ser así...

Prodújose un silencio y, de repente, Lucila prorrumpió en sollozos.

—¡Y la soportaste cinco años!... La hubieras soportado siempre si ella no te hubiese abandonado... Y a mí querías abandonarme..., ya hablabas de divorcio... ¡Dios mío, Dios mío!... ¡Oh, Armando! ¡Cómo la querías... y qué poco me quieres!...

El no supo qué responder. La tomó en sus brazos y la meció dulcemente para apaciguarla, y murmuró:

—Pero a tí te quiero como eras antes.

EL HONOR

Por Luis Cuber

Uno de los conceptos que más honda transformación han sufrido en el transcurso de los tiempos, es el del honor. Las ideas de la Edad Media y las de la época caballeresca, forjaron un ideal del honor fundamentalmente falso. El progreso acabará por patentizar que esta concepción equivocada puede llevar a la paradoja de ser hombre de honor, uno que no sea honrado.

Además, aunque sea triste decirlo, hay que reconocer que la mayor parte de las veces, los preceptos del honor caballeresco, están en abierta oposición con lo que la virtud, la hidalguía y el civismo mandan. Por ello, sería curioso hacer una sintética recopilación de los preceptos de los célebres códigos del honor, para ponerlos frente a frente de las eternas máximas de la moral universal.

Entonces, se vería que un Sócrates, un Arístides, un San Francisco de Asís y hasta el propio Jesucristo, no serían "hombres de honor", con arreglo a esos principios de las leyes caballerescas qué ensalzan el valor y la violencia, como primeras virtudes; que estiman como apreciables cualidades la altivez y la soberbia; que admiran la prodigalidad; que mandan matar; que consideran más al homicida que a la víctima, más al agresor que al agredido; que absuelven al seductor y no penan el infame abandono de la seducida; que no condenan la crueldad, y en cambio, menosprecian y se burlan del austerismo del hombre bueno; de la honestidad del burgués virtuoso: que desconocen, en fin, las santas inspiraciones del bien, los sublimes idealismos de la caridad, del perdón y del sacrificio.

Un "hombre de honor" de esta usanza, puede estar lleno de deudas, con tal de que no procedan del juego; puede ser un estafador o un petardista, con tal de que esté dispuesto a matar a quien ose llamárselo; puede, aumentando su prestigio, seducir mujeres casadas, para echar con tales obras la vergüenza sobre los incautos maridos; puede, en fin, tener las manos sucias, con tal de que lleve guantes.

En cambio, el hombre íntegro y austero que consumió su vida en el trabajo, en la honradez y en el sacrificio, y que se labra una reputación con sus obras, si en trance de honor, no apela a la fuerza o a la violencia y no acomete o no mata, ese hombre, por ser generoso y por ser bueno, deja de ser hombre de honor.

Y es que el honor caballeresco, no es una virtud: es un letrero.

COSAS DE BLANCO

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

La negrita Inocencia fué criada por misia Prudencia, una señora criolla, viuda del inglés Smith, el que le dejó, amén de una cuantiosa fortuna, tres hijos más rubios y blancos que huevos para ensalada.

Cuando los chicos fueron grandecitos, Prudencia los mandó poner a pupilo en el colegio de San José, en Buenos Aires, quedando ella al frente de su estancia, pues siempre solía decir que "caballo flaco era descuido de su amo".

Su única ambición era aumentar sus bienes para que, a su muerte, los muchachos heredaran una buena fortunita, y si ella se retiraba del establecimiento de campo, nadie quedaréa allí para vigilar y hacer marchar todo viento en popa.

Inocencia era de la misma edad de Jorge, el hijo menor de su ama. Los otros dos eran cuatro, y seis años mayor que la negrilla.

Misia Prudencia era una buena criolla, pero sumamente severa. A sus hijos solo los veía en las vacaciones. "Pollo apichonao nunca llega a gallo", decía a los chiquilines, "Yo quiero que ustedes sean hombres de bien y sepan darse vuelta en la vida, sin necesidad de ladero".

Así crecieron los muchachos y se hicieron hombres como era el deseo de su madre.

El mayor, Guillermo, se recibió de médico, el segundo de escribano, y a Jorge, el menor de ellos, solo le faltaba un año para doctorarse en leyes.

Entonces recién decidió misia Prudencia establecer su domicilio en la capiatl federal, para no estar tan lejos de sus hijos, los cuales precisaban una atención más directa de ella.

A Inocencia la crió a su pretina; la mota era muy dócil y no dejaba de querer a su patrona, pues no había conocido otra madre que la caritativa señora; pero ésta, aunque la apreciaba, nunca se lo demostraba, y la reprendía por todo diciéndole: "Vos siempre haces cosas de negro, ¡Cuándo aprenderás a ser gente!"

Al poco tiempo de estar instalados en la capital, notó Prudencia que Inocencia se volvía muy altanera y respondona, y decidió castigarla antes que "alzara más el gallo", poniéndola a pupila en el colegio de las Hermanas del Huerto, pero su hijo mayor, sabedor de la determinación de su madre, se opuso terminantemente diciendo:

—No, mamá; esta muchacha ya es grande para eso; usted es demasiado rigurosa con ella, y, naturalmente, esto, a la larga, cansa.

—¡Esto es! esto es lo único que faltaba que vos salgas a favor de esa pícara haragana que todo lo hace de mala gana y de limosna ¡Cachacienta como buena negra que es, no más!

Una noche Inocencia se enfermó, y fueron necesarios los auxilios de un médico. Inmediatamente acudió Guillermo y después de auscultarla previno a su madre:

—Mañana mismo hay que llevar a esta muchacha al hospital e internarla allí por una larga temporada; su estado es delicado.

—¡No faltaba más! exclamó la señora muy compungida. Aquí se le atenderá sin sacarla de casa.

—Vea mamá, no insista, urge el sacarla inmediatamente, puesto que hay que operarla de apendicitis.

—Si es así, confío en vos.

—Pierda cuidado.

Al día siguiente, muy de mañanita, fué llevada la negrita al hospital, acompañada de la cocinera, una vieja paisana, con más picardías que arrugas, y Guillermo, no dejando este que su madre fuera con ellos, como la buena señora deseara.

Pasaba el tiempo, e Inocencia no regresaba a lo de su patrona, porque, según el médico, aún no era prudente sacar a la enferma de allí.

Guillermo rogó a su madre que no fuera a visitar a la negra por la malá impresión, que esto podría causarle, y esta obedeció.

La señora enviábale golosinas y todo lo que precisaba, por intermedio de la cocinera, y aunque ardía en deseos de ver a la muchacha, se abstenía de ir para dar gusto a su hijo, quien había demostrado tanto interés en evitarle un disgusto, y pensó en lo cariñoso que este era para con ella.

Pero esto no duró mucho; un día se le metió entre ceja y ceja que quería ver a Inocencia.

Se vistió y dió orden a la vieja cocinera de que se aprontara para acompañarla porque era más baqueana que ella para dar con el hospital.

Llegaron, y después de recorrer varios pabellones entraron en la maternidad.

Prudencia, que jamás había ido a uno de estos establecimientos, miraba aquello sin alcanzar a comprender a qué iban allí, hasta que la cocinera, cuadrándose frente a una cama dijo:

—Aquí está su enferma, patrona; ya la vé...

La señora miró hacia el lecho y vió a la mota que tenía entre sus brazos un precioso bebé, de cutis blanco y con una bochita más rubia que naranja paraguaya.

—¡Qué es esto!... ¿Es este tu apéndice?... decí... ¡habla, pues! ¡Oh, picara! ¿Qué has hecho?

—Pa que se lo priegunta patrona, si está a la vista, repuso la cocinera con sorna.

—¡Ah, bandida, vos siempre "haciendo cosas de negra"!

Inocencia cohibida contestó:

—Perdóneme, misia Prudencia; pero esta ves falta usté a la verdá. Cuasi me cuesta la vida, sí, pero... ¡por fin aprendí a hacer cosas de blanco!...

La tragedia de un hombre malo

Por José Cerdán Aranda

—¡Ico, ico! ¡Arre, arre, Pepeee!...

El pobre jamelgo corría a la medida que le daban la ligereza y elasticidad de sus patas, mientras la fusta caía repetidas veces sobre sus flancos.

El caballejo que tiraba de aquel coche de plaza, era uno de los tantos caballos que se ven, flacos, sucios, con los huesos marcados, como los caballitos de cartón...

Pepe tenía su historia. Una historia trágica, que recordaba en sus contados minutos de descanso, gacha la testa, mientras que sus ojos grandes, redondos, casi de mirar ingenuo, brillaban, y parecía que de ellos brotaban lágrimas. ¡Pobre Pepe! El había conocido tiempos mejores, tiempos en que sabía lo que eran caricias, palabras cariñosas, buen pesebre y abundante pienso.

Todavía muy joven, fué llevado a una rica mansión, donde los niños de la casa jugaban con él por las amplias avenidas del parque del palacete.

Cuando ya se formó y fué todo lo que podríamos llamarle un señor caballo, lo engancharon a la berlina de los señores, una berlina negra, lustrosa, resplandeciente, y cuyo interior estaba forrado de terciopelo azul... En la berlina tenía un compañero, otro caballo, ya más viejo, y cuyas fuerazs iban agotándose con el correr de los años...

Durante sus noches de reposo, los dos caballos se contaban sus cuitas a su manera, y el más viejo le pedía,—las pupilas lacrimosas—, que tirase con más fuerza, ya que era más joven, y ya que a él se le iban acabando las suyas...

...Y Pepe lo hacía así. En los arranques, ponía toda su alma, y la berlina partía vertiginosamente, mientras que el jamelgo viejo corría inconscientemente, arrastrado por el impulso juvenil del otro.

Un día Pepe no vió más a su viejo compañero. Se formó mil conjeturas. ¿Se habría escapado?... ¿Y dónde podría haber ido que estuviese mejor que en aquella casa?... Tuvo hasta un cierto rencor instintivo, por aquello que él consideraba falta de atención por no despedirse siquiera...

En vano se preguntó muchas veces qué podría haberle sucedido. Sentía tentaciones de interrogar al caballerizo o al cochero, pero de sobras se daba cuenta que no le iban a entender...

Durante unos días, tiró él solo de la berlina. Luego tuvo a su lado un nuevo compañero, más joven, tan joven como cuando entró él a la casa.

Y, mientras tanto, continuaba preguntándose qué sería de Noble, el viejo caballo.

Cierta tarde, mientras la berlina estaba estacionada esperando a sus dueños que habían entrado a una casa comercial, paróse a su lado un viejo coche de plaza. Un llamado muy característico, que reconociera entre todos los caballos del mundo, le hizo dar lo que vulgarmente se llama un vuelco, y su asombro no reconoció límites cuando comprobó que quien lo llamaba era Noble, y que era éste quien tiraba del coche de plaza.

¿Cómo?... ¿Era posible?

Era posible, sí. Era Noble, más viejo, afeado, las crines sin recortar, sucio, flaco..., con una mirada de ultratumba.

Le narró la odisea. Como consideraron que ya no servía, los dueños se lo regalaron al cochero de la casa, y éste lo vendió por unos cuartos a un amigo suyo. Con su nuevo patrón pasaba las de Caín... Apenas comía, y mal... Dormir, poco... Correr, correr siempre, reventarse bajo un contínuo sol o una persistente lluvia... Oír maldiciones y sentir en el lomo la picante caricia del látigo...

Cuando se separaron, tomando cada vehículo un rumbo, Pepe iba marchando sin conciencia... De tanto en tanto, el tirón de las riendas en uno de los lados de sus quijadas, le daba a entender que debía doblar, y él lo hacía, maquinalmente, porque la fuerza de la costumbre era quien dominaba....

Y, entonces, cuando comprendió que nada hay que esperar de los hombres, de esos seres que se titulan humanitarios, nobles y racionales, pensó si valía la pena de ser tan dócil como hasta el presente, y pensó amargamente si el día de mañana no le sucedería a él lo mismo...

—¡Ico, ico!... ¡Corre, arre, Pepeee!...

Pasaron los años. También le flaquearon las fuerzas. También fué perdiendo la línea, y, un buen día, vió que el caballerizo lo entregaba a un hombre desconocido, a cambio de unos papeles, que supuso serían billetes de banco...

Fué entonces que conoció la amargura del trabajo excesivo. Es cierto que su dueño se levantaba apenas rayaba el día, pero también es cierto que era él quien corría sin césar, reposando de tiempo en tiempo cinco minutos tan sólo, mientras su dueño tomaba un vaso de vino en un almacén, o mientras aguardaban la llegada de un pasajero...

Su nuevo patrón era soez, brutal, sucio. Las manos rústicas, ordinarias, callosas, de uñas sucias. El cabello enmarañado, lleno de caspa. Los bigotes caídos, con resíduos de mugre. Los dientes picados, negros y una boca que emanaba un olor fétido, cual una cloaca... Llevaba un traje de indefinible color, y una galerita, ¡la pobre!, que en tiempos mejores debió pertenecer a un potentado y debió ser negra, y que, a no dudarlo, su actual dueño habríala recogido en un tacho de desperdicios.

Cuando su patrón estaba de mal humor, pagaba Pepe las consecuencias, y, para su desdicha, lo estaba muy a menudo. Se enojaba si hacía mucho calor, si llovía o si hacía frío. Todo ello estropeaba el buen éxito del negocio. Nunca había un día a su gusto. Pero, cuando más se enfadaba era cuando un pasajero no le daba propina.

¡Había que verlo y oírlo! Maldecía, y le echaba las culpas a Pepe. Por su poca velocidad, el ocupante dèl coche no habría llegado a tiempo donde quería ir, y le había dejado sin propina.

Y por las noches, casi borracho, cuando lo llevaba al pesebre, recordaba lo acaecido durante el día, y comenzaba a maldecir y golpear al animal, con el mango del látigo, y a propinarle puntapiés o trompazos con todas las fuerzas de un bruto.

El pobre caballejo, que conociera en época no muy lejana aún, una vida mejor, se encogía para protegerse. No hacía ningún movimiento brusco que pudiera significar protesta. Bajaba la cabeza y aguantaba el chaparrón esperando a que amainara cuando el cansancio le restase energías al brazo implacable del inconmovible verdugo, que subía y bajaba descargando más y más golpes...

Pepe fué perdiendo su antes hermosa estampa. No lo lavaban tan a menudo, ni le recortaban las crines y la cola. No llevaba aquellos arneses tan buenos ni aquellas campanillas plateadas que sonaban tan alegremente. Los ojos no los tenía brillantes de satisfacción. Ahora, en ocasiones ,le brillaban, porque algo así como un velo de lágrimas los empañaba... Brillaban, pues, opacamente...

Y el animal pensaba si no tendría fin esa vida tan miserable.

Se le acababan las fuerzas. Por otra parte esa vida tan miserable.

Se le acababan las fuerzas. Por otra parte, no podía soportar tan contínuos malos tratos. Y en su alma de bruto explotado, una idea sembró su simiente, y con el tiempo fué desarrollándose, y contra más se desarrollaba, más arraigadas eran sus raíces.

¡Sí, no podía ser de otra forma! ¡Tenía, obligadamente, que suceder así! Si había un Dios aparte para los animales, ya que los hombres tenían el suyo, él le perdonaría ese sentimiento que brotaba en su interior. Y si era un solo Dios para los racionales y los irracionales, también él se haría cargo de la desesperación que le hacía pensar en lo que pensaba.

El contenido de mansedumbre que llenara hasta entonces su alma de equino, íbase acabando. Cuando no quedase una gota, no respondía él lo que iba a suceder.

Pepe recordaba que cuando era muy joven corría por las llanuras al lado de otros semejantes suyos.

HUMITO

Humito de mi cosina, ¡vengativo!
Cuando dejás los tisones, antes d'echarte a volar,
¿es en nombre d'eyos mesmo: es en venganza e'sus muer-
(tos
que nos hasés lagrimiar?

Humito de mi cosina, ¡pretensioso!
¡Si al salir p'arriba 'el techo, a veses, t'entre parás
p'agrandarte, y con envidia de las qu'están en el sielo,
vás formando nubesitas, que se ván!...

Ocasiones, perezoso, pá no dir pronto p'arriba,
te vás dando güelta... güelta...
Que parese que jugás, lo mesmo que los gurises
del pobláo, cuando se ajuntan hasiendo la "rueda-rueda"!

Otras veses, como loco y asustáo,
vás juyendo... vás juyendo...
¿Es que te has güelto culebra
y disparás de tu juego?

Humito gaucho, más gaucho que tuitos los gauchos mes-
(mos
si el crioyo cuasi tá muerto, si ya ni hay cuasi baguales,
¿pá qué pucha, mucha veses, al salir de mi cosina
rumbiás p'arriba estirando royos de laso en el aire?

Guillermo CUADRI

ANECDOTA

El rey de Prusia, Federico II, toleraba todo género de familiaridades a los hombres de genio de que gustaba rodearse. El general Icilius era quizá el que más usaba, y aun abusaba de esta tolerancia del rey filósofo. En vísperas de la batalla de Rosbach anunció el rey a sus íntimos que si quedaba derrotado se iría a Venecia, donde viviría ejerciendo la medicina. Icilius le respondió:

—Su Majestad, no piensa más que en matar.

Sin frenos, sin sujeciones. Y cuando intentaron convertirlo en dócil, su alma de potro salvaje, acostumbrado a la libertad absoluta, se sublevó, y volteó a muchos que quisieron cabalgar sobre él. Por fin, lo domaron.

Su alma de potro salvaje, emperador y señor absoluto de las llanuras inmensas, renacía en él con fuerzas inusitadas. Tenía que sacudirse ese manto de humildad y hacer saber que era poseedor de arrestos de macho que no tolera vejaciones.

Una noche, volvieron relativamente temprano. Había sido un mal día para el cochero. Este renegaba y blasfemaba.

—La culpa la tienes tú, por gandul, por perezoso... ¡Maldita sea la hora que te compré!

Pepe, en tanto, lo miraba con ojos mansos.

—Mírame, mírame. Ya sabes lo que te aguarda, ¿verdad?... Ya te voy a dar tu merecido.

Y mientras le sacaba los arneses, le daba algún puñetazo. Gustaba castigarlo cuado el caballo quedaba libre de todo lo que pudiera significar algo protector, así no amarraba ningún golpe...

Cuado Pepe quedó descubierto, el cochero empuñó el látigo. Se enredó el cuero trenzado del mismo alrededor de la mano, para castigarlo con lo grueso del mango, cuya terminación consistía en una virola maciza, recubierta de remaches...

—¡Míralo, míralo bien! Fíjate... Te lo voy a hundir en el cráneo... ¡Fíjate bien!

Y empezó la ida y venida del brazo infame, que castigaba ferozmente.

Otras veces, el caballo se resignaba a su suerte, se tiraba al suelo,—como un vulgar perro—y procuraba ovillarse, tratando de proteger la cabeza con sus patas delanteras.

Pero, esta vez, no. Se sentó sobre sus cuartos traseros. Pateó el suelo nerviosamente con una de las patas delanteras, relinchó con fuerza, mostrando sus dientes grandes, imponentes, enderezó sus orejas, y sacudió su cabeza. Sus ojos adquirieron un brillo nuevo.

—Ah, ¿no te achicas?... ¡Mejor que mejor! Te voy a romper los osicos...

Y con alegría morbosa reanudó el castigo que había interrumpido por unos segundos para sentenciar lo anterior.

Pero no pudo descargar muchos golpes. Los dientes de Pepe hicieron presa de su brazo y se clavaron con furia..., y lo sacudió todo, de izquierda a derecha, de arriba a abajo, como a un pelele...

—¡Suelta, suelta!... — gritó el cochero, presintiendo algo malo. Y pateó, manoteó, forcejeó...

Pepe no soltaba, lo sacudía cada vez con más bríos. Hundía sus dientes con mayores ganas. Crujieron los huesos del antebrazo, y el cochero lanzó un prolongado grito de dolor.

Entonces lo coceó con ensañamiento, y el verdugo quedó tendido, chorreando sangre. Cuando lo vió caído, lo pateó con furia... Estaba loco, poseído de un extraordinario deseo de venganza..., y pasó repetidas veces sobre él... Le hundió la caja torácica, le abrió la cabeza... Lo destrozó... El cochero, que había sido sacudido como un títere, quedó inerte... Perdiendo sangre a raudales por un sin fin de partes...

Pepe tenía las pupilas inyectadas en sangre. Lo olfateó. Comprobó que no se movía, que no emitía un sonido..., y comprendió que aquel hombre no podría martirizarlo más en su vida porque había dejado de existir.

Se enderezó todo. Sacudió sus crines imponentemente. Lanzó un relincho prolongado, alegre, que era todo un himno de libertad, abandonó el pesebre, salió a la calle, y se perdió en las sombras nocturnas...

Y tal fué, en síntesis, la tragedia de un hombre malo.

La enfermedad contagiosa

Por Max y Alex Fischer

Lo primero que dijo Juana a su esposo, cuando éste regresó a casa, fué lo siguiente:

—¿Te acuerdas de Lucía, mi compañera de colegio?... Pues bien; está muy grave... esta mañana, al despertarse, ha tenido un vómito de sangre. No sé cómo ha podido coger esa tuberculosis... ¡Qué enfermedad más contagiosa!

Y recalcó de un modo extraordinario estas palabras: "¡Qué enfermedad más contagiosa"!

Inmediatamente después de decir esto se puso un poco pálida.

—¿Te ocurre algo?—le interrogó su esposo.

No sé... pero... parece que no me encuentro bien... Tal vez no sea nada...

Pareció reanimarse; pero media hora más tarde, llevóse de súbito las manos hacia el pecho y gritó: "¡Ay!"

—¿Qué es eso?... ¿Te duele algo?

—Sí; la espalda.

—Mañana mismo consultaremos con un médico.

II

Al día siguiente el matrimonio se presentó en la consulta del doctor Bugnom, y el marido expuso detenidamente al galeno lo que les había llevado a su consulta. Le habló del dolor en la espalda, que durante todo el día anterior, había sentido su mujer.

El médico, tras de auscultarla escrupulosamente, la dijo

—Vaya usted descuidada. Puedo certificar que su salud es excelente. Pecho fuerte, pulmones sanos, bronquios en perfecto estado... ¡No tiene usted absolutamente nada! Puedo gerantizarlo.

—Esa era mi opinión. Sin embargo, hemos venido a visitarle porque mi esposo se empeñó. ¡Y ya sabe usted lo que son los hombres!... No se les puede contradecir.

Después, ya en la calle, ella dijo al marido:

—Hemos hecho mal en venir. Son veinte francos tirados a la calle. Estaba segurísima de que no tengo nada. ¡Claro que las enfermedades del pecho son muy contagiosas! Pero es que tú, preguntándome constantemente cómo me encuentro, me haces aprensiva.

III

Como todas las noches, después de cenar él se puso a leer los periódicos. De pronto leyó:

"Al regresar de un corto viaje el conocido médico Dr. Bugnom, ha mandado detener al criado que tenía a su servicio.

Según parece, éste, aprovechando la ausencia del doctor, se dedicaba a recibir a las visitas, con la intención, claro es, de guardarse el importe de los honorarios.

Por esta circunstancia, verdaderamente providencial, el doctor Bugnom ha podido enterarse de la estafa"....

Al acabar de leer tal noticia, y pensando que a su mujer le iba a hacer mucha gracia, el esposo se la releyó en voz alta.

Pero, contra lo que él esperaba, ella alzóse contrariada:

—No sé qué gracia le encuentras a eso—dijo—. Ya no la veo.

E inmediatamente después, agregó:

—¡Hay! ¡Mi dolor de espalda!... Siento que me ataca otra vez.

Las lágrimas humanas

Refiriéndose a la naturaleza de las lágrimas humanas, dice *The Journal of the American Medical Association, de* Chicago:

"El hombre es único en varios sentidos. El poeta se ha referido a la significación de las huellas de nuestros pies en la "arena del tiempo." Legos menos idealistas observan las huellas de nuestros dedos, deduciendo por ellas descubrimientos e identificaciones sorprendentes. Nuestra sangre, en su composición química muestra la identidad de las razas y revela aun mayores relaciones humanas. En grado menor, la prueba de dicha identidad se encuentra también en otros cuerpos fluídos, en la leche y en el músculo. Nuestra "sangre y nuestra carne" llevan impreso el sello de origen común, y a la vez independiente. Y ahora se nos asegura que también las lágrimas nos distinguen específicamente. Se ha demostrado que en la secreción del lacrimal humano hay una proteina que, por las pruebas que se han hecho, parece ser común a todas las muestras de los demás animales. También parece que es diferente de las proteinas de la sangre humana y de las de otras secreciones y tejidos. Cabe deducir que nuestras lágrimas pueden ser algo más que la expresión de alegría o pena, pues en ellas quizás está el especial sello químico de nuestro origen humano."

Un microscopio maravilloso

"Conquest", de Londres, describe así el instrumento con el cual dos investigadores científicos ingleses han descubierto lo que creen sea el germen del cáncer:

"El maravilloso microscopio del señor Barnard permite fotografiar objetos que miden sólo 1-250,000 parte de una pulgada. Con su ayuda pueden verse cuerpos una tercera parte más pequeños que los que hasta ahora eran visibles en los otros microscopios.

"El instrumento difiere mucho de los microscopios tradicionales. Sólo una luz de muy cortas ondas puede hacer visible cuerpos tan diminutos como las bacterias que pasan los filtros; y para obtener dicha luz, el señor Barnard empleó una lámpara de mercurio, cuya luz se clasifica entre la ultra violeta, siendo la extensión de la onda de 546 milimicrons. Mas para obtener todos los detalles de forma y estructura del micro-organismo, era necesaria una luz de onda todavía más corta, logrando al fin obtener la fotografía del germen canceroso con la luz ultra violeta de una extensión de onda de 250 milimicrons.

Conocimientos útiles :: *Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

Polvos para quitar borrones de tinta. — Mézclense bien partes iguales de alumbre, azufre, succino y salitre, todo ello pulverizado, y se obtendrá un excelente polvo borrador. Para usarlo, se echa en pequeña cantidad sobre la mancha de tinta cuando todavía está fresca, y en seguida se frota con un trapito limpio. La tinta desaparecerá completamente.

No hay necesidad de decir que los mismos polvos sirven para borrar lo escrito, siempre que se apliquen cuando la tinta está todavía fresca.

Para que la grasa que se emplea en perfumería no se ponga rancia, á cada cien partes de grasa derretida se añade media parte de ácido salicílico pulverizado, ó la misma parte de ácido benzóico sublimado. En el segundo caso, la grasa queda perfumada y puede emplearse como cosmético.

Contra las hormigas. — Caliéntense en un cacharro de barro, hasta que estén completamente fundidos, un cuarto de kilo de flor de azufre y 120 gramos de potasa. Déjese luego enfriar la mezcla, échese agua encima y, con un pincel, aplíquese en el agujero por donde salen las hormigas. Estas, morirán ó desaparecerán bien pronto.

También se recomienda otro procedimiento. Se busca una esponja barata, de las que tienen los agujeros bastante grandes, y se espolvorea con azúcar. Las hormigas, buscando el azúcar, irán pronto metiéndose por los agujeros, y cuando la esponja está llena de insectos, se la sumerge en agua caliente, con lo que éstos morirán enseguida.

Se hace un buen estuco para las paredes húmedas con lechada de cal mezclada de 2 ó 3 por 100 de alumbre y 3 por 100 de silicato de sosa.

Para imitar el bronce en yeso.— Se hierve aceite de linaza con tanta sosa de lejía, hasta que se produzca un jabón muy soluble en agua caliente en la cual se disuelve.

En esta solución se vierte una mezcla de 4 partes de sulfato de cobre (vitriolo azul) y una parte de sulfato de hierro (vitriolo verde). Tan pronto como se formen sedimentos, se filtra, se lava y se seca.

Desinfectante casero. — Disuélvase 200 gramos de sulfato de hierro en poco más de medio litro de agua, y tres gramos de sublimado corrosivo, en 120 de alcohol. Mezclense luego ambas soluciones y añádase á la mezcla 30 gramos de cloruro de amoníaco y agua suficiente para que en total resulten poco más de tres cuartos de litro. Esta composición constituye un desinfectante muy enérgico; para usarla, debe mezclarse con agua, en partes iguales.

Para obtener cera blanca de abejas. — La cera se blanquea exponiéndola al aire húmedo y al sol, pero hay que prepararla previamente en hojas muy delgadas, es decir, en cintas. También puede prepararse en granos con el mismo fin. A este efecto se empieza por lavarla para quitarle toda la miel que tiene adherida, se derrite después y se vierte en una vasija de hojalata con el fondo lleno de ranuras estrechas. La cera fundida cae formando delgadas láminas sobre un cilindro de madera colocado debajo y medio sumergido en agua fría. Una persona hace dar vueltas al cilindro, y la cera al enrollarse forma delgadas hojas que caen al agua.

Para fundir la cera en granos se emplea una vasija llena de agujeritos, á la cual se la imprime un movimiento de rotación. La cera cae formando granos en el agua fría. Después de uno ú otro tratamiento se coloca la cera en bastidores de muselina, se humedece con agua varias veces al día y se expone al sol hasta que toma color blanco; pero esta blancura no es aún perfecta y hay que repetir la operación de la fusión y de la división en láminas ó en granos, exponerla nuevamente al sol y fundirla definitivamente para echarla en moldes.

El proceso del blanqueo puede abreviarse añadiendo á la cera de 1,25 á 1,75 por ciento de esencia de trementina, rectificada y exenta de resina.

En seis ú ocho días se obtiene por medio de este procedimiento un resultado que de otro modo requería cinco ó seis semanas.

Las manchas de moho en la ropa blanca y el cuero se quitan con suero las de los tejidos. Si se trata de cinturones, calzado, guarniciones, etc. se raspan suavemente las manchas con un trozo de cristal y luego con papel de lija esmeril. Hecho esto se les da con una decocción de azafrán y se extiende por la superficie del cuero cera amarilla. Al día siguiente se frota con una franela.

Cuando la polilla ataque a una alfombra, se vuelve ésta del revés y se la pasa por encima una plancha lisa caliente. Luego se riega y frota el suelo con trementina, y se coloca de nuevo la alfombra, cuidando de repetir el tratamiento dos ó tres veces.

Tinta violeta. — Disuélvanse 15 gramos de violeta de metilo en 150 de alcohol rectificado; añádase después de la completa disolución 100 gramos de agua y caliéntese al baño-maría hasta la entera desaparición del alcohol. En este momento se añade agua en cantidad suficiente para obtener el primitivo volumen del líquido. Por otra parte se prepara una disolución de 60 gramos de goma arábiga en 250 de agua destilada, y se echa en la primera preparación, á la cual se añaden además unas gotas de ácido fénico.

Lubrificante para los engranajes de máquinas. — A fuego suave se funden de una vez treinta partes en peso de sebo, veinte partes de aceite de palma y diez de aceite de engrasar del que se usa en los ferrocarriles.

Se acaba de preparar añadiendo en caliente veinte partes de grafito finamente pulverizado.

El mármol artificial en el que se graban números ú otras indicaindicaciones en las instalaciones eléctricas lecherías, plazas de cuadra, etc., se obtiene fácilmente.

A 16 litros de agua hirviendo, se añaden de 500 á 700 gramos de cola de Flandes ó cola de piel, y se deja enfriar amasando luego en el líquido resultante diez kilos de yeso muy fino y muy tamizado. Así se obtiene un mortero claro al cual pueden añadirse mica, trocitos de pirita y hasta mármol pulverizado.

El color se da con óxidos metálicos, ocres, ó sulfatos de cobre ó de hierro, según se quiera azul ó amarillo. La substancia colorante que se elija se incorpora á la mezcla en cantidades variables, según el tono que se desee.

Después de amasar bien todo, no hay que hacer sino echar el mortero en moldes de la forma y dimensiones de las placas que se quieran obtener. Es preciso echar la masa poco á poco para que no queden en su interior burbujas de aire que comprometan la solidez de la obra.

LAS TACUARAS

Alguien afirmaba que las cañas de Castilla eran huecas y superficiales, que se ponían a charlar hasta por los codos no bien soplaba la menor brisa.

Los misóginos las compararían con mujeres: frágiles, vacías, con un vanidoso penacho fugaz por cabeza.

En el fondo su defecto era la ignorancia, que, agrandando sus escasos méritos, las perdió.

Cierto día, luego de una lluvia que había transformado en torrente un modesto arroyito al margen del cual vivían, vieron llegar una princesa. Esta, — acompañada de un largo y vistoso séquito, — iba a casarse y lamentóse de no poder atravesar el inesperado obstáculo.

Las cañas confiaban demasiado en sí y, temerarias, se ofrecieron a servir de puente para salvar la desatada furia de las aguas.

Aceptó agradecida la princesa; sus servidores se pusieson a la obra y pronto la fábrica sutil y bonita se arqueó sobre el torrente.

El cortejo avanzó sobre el puente y no había llegado a su centro cuando las cañas, débiles, cedieron, se quebraron y el arroyo arrastró a la hija del rey y su comitiva.

Las cañas, avergonzadas, se resolvieron emigrar con el propósito de ser más serias y de meditar si eran capaces de la empresa para la que se ofrecieran.

Se vinieron a América.

Aquí hudieron más sus raíces en la tierra virgen y se hicieron más fuertes, más duras, más altas, y fueron las tacuaras.

Comenzaron a ser útiles; sirvieron de armazón para las paredes, los techos de los ranchos y de las carretas; en la mano del labriego se volvieron picanas para azuzar los bueyes que llevaban cargas o ponían en actividad los arados.

Un día vieron reunidos a los indígenas y supieron que se complotaban para luchar por su independencia.

Ellas se sintieron sacudidas por el viento heróico de la Libertad.

Intuyeron.

Pulsaron su fortaleza, su madurez.

Había llegado el momento.

Unánimes se adelantaron hacia donde estaban los gauchos.

Fraternizaron con los puñales criollos: se volvieron lanzas.

Y abrieron el camino de las "montoneras".

Se habían rehabilitado.

Montiel BALLESTEROS

Notas cinematográficas

"El Circo", de Carlitos Chaplin. Una reciente comunicación de Estados Unidos informa que cuando la extraordinaria producción de Carlitos Chaplin "El Circo", se estrenó en el Sid Grauman's Chinese Theatre, de Hoyywood, se tuvieron que utilizar 300 milicianos para guardar el orden entre el público que ansiaba recrearse con esta nueva producción del emperador de la risa.

Fué tal el entusiasmo entre el público, que al final del espectáculo subió Chaplin al escenario; los magnates del film, artistas y público prorrumpieron en una frenética salva de aplausos.

Otro dato de lo que debe ser esta película.

"El Circo", será estrenada en Buenos Aires en Junio próximo.

"El Gaucho". — Bien demostrada está la expectación que el anuncio de esta grandiosa película ha provocado entre el público porteño. Nada menos que Douglas Fairbanks, el coloso de la pantalla, el ídolo mundial, se presenta en esta su nueva película, de la que repetidas veces hemos hablado.

A fuer de sinceros reconocemos que la expectación va pareja con la realidad de lo que es esta película. Douglas Fairbanks, ha demostrado una vez más que por algo es el mejor y más admirado artista de la pantalla.

En "El Gaucho" se supera a si mismo. Realiza asombrosas proezas que nos deja boquiabiertos. Es posible que un mortal realizara aquellos saltos tan prodigiosos. Verdaderamente asombroso. Decididamente es su mejor película.

Bien a las claras, está el éxito de su estreno en Nueva York, que ha batido todos los records de entradas.

Aquí será estrenada a fines del presente por Artistas Unidos.

Constance Talmadge con Artistas Unidos. — Por fin se han confirmado las noticias de que la simpática y excelente artista Constance Talmadge, al igual que su hermana Norma—anteriormente contratada—, forma ya parte del elenco de Artistas Unidos, según lo comunica Joseph M. Schenck, quien era el productor de las películas de ella y que distribuía la First National, y que anticipamos en su oportunidad.

El contrato parece ser que es de largo plazo y su primera película será una obra, basada en la famosa novela de George Barr Mac Cutcheon. Por ahora aún no se sabe quién dirigirá esta película ni los artistas que la secundarán.

Se ha terminado "Ramona". — Nos informan que se ha terminado esta película y que es la primera cinta con que la simpática Dolores del Río se presenta con la categoría de estrella de la pantalla.

Esta película está basada en una novela de Helen Hurt Jackson, sobre los indios americanos y los primeros días de California. Está dirigida por el conocido "meteur" Edwin Carew, que es al mismo tiempo como el empresario de esta soberbia artista que en tres películas ha sabido colocarse en la cumbre. La secundan además el conocido actor Warner Baster, Carlos Amor, primo hermano de Dolores, y algunos más de relativa importancia.

AMBOS A DOS

Ambos a dos se querían
Sin quererlo confesar;
Se miraban con enojos,
Y entonces se amaban más.

Se separaron por fin;
Sólo veíanse al soñar;
Habían muerto los dos
Y lo ignoraban quizá.

Enrique HEINE

"Mi mejor amiga". — Las "estrellas", vienen y se van, pero Mary Pickford quedará siempre. Esto es lo que se deduce al ver la última película de la popular artista, "Mi mejor amiga", donde se demuestra que falta aún mucho para que llegue al fin de su carrera. Su simpatía, su encanto, su delicadeza, la conocemos a través de muchas de sus precedentes películas, aunque nunca hemos visto sus cualidades tan en manifiesto como en la que acaba de realizar. Se trata de una deliciosa novela de Kathleen Norris, que ha sido particularmente seguida por Mary Pickford. Le ofrece el libro una rara oportunidad para demostrar su versatilidad.

Representa la artista en la cinta a Maggie Johnson, una pequeña vendedora, de importante bazar que recibe y enseña a un nuevo empleado que debe hacer su aprendizaje en el establecimiento. Ella ignora que Joe Grant, su nuevo colega, no es otro que Joe Merril, hijo del dueño del bazar, quien ha decidido mostrar a su padre su capacidad para el trabajo y hacerse una posición en su propia casa, sin dar a conocer su identidad. Un generoso camarada es Charles Rogers, el joven que interpreta a Joe Merrill, quien comienza luego con Maggie un juvenil romance de amor, con el consentimiento de ésta, que lo cree como ella, un muchacho humilde.

Verificada la desigual condición en que se encuentra por la superioridad de posición social de su novio, y ante la objeción de la familia de éste, decide valerosamente desilusionarlo, interpretando una comedia y haciéndole creer cínicamente que lo ha estado engañando. Es un espléndido episodio, del que saca gran provecho Mary Pickford, el que se desarrolla cuando Joe, llegado a casa de la encantadora vendedora, le pide acceda a unirse a él en matrimonio. A pesar de que ella trata de continuar fingiendo, delante de la profunda pena de su prometido, no puede resistir, y llorando, al fin, junto con éste, acepta tácicamente la declaración. Al enterarse de que deben embarcarse en el espacio de quince minutos a bordo de un barco en que se les ha reservado camarotes, la actividad de los prometidos al preparar su equipaje, ofrece un contagioso espectáculo de sana juventud, que se prosigue luego, al alejarse el barco, mientras, amorosamente abrazados, ven ambos alejarse a los suyos que los despiden con afecto.

Debe mencionarse el trabajo de Lucien Littlefield, quien compone notablemente el complejo papel de el padre de Maggie.

"La Boheme". — Uno de los episodios más bellos y románticos de esta maravilla de Metro-Goldwyn-Mayer es el paseo dominical al bosque de Boloña. En un rincón umbrío vemos a la loca bohemia descansando después de opiparo almuerzo. Rodolfo medita una oda contemplando a Mimí; Schaunard esboza los primeros compases de una sonata cuyo producto habrá de apaciguar el hambre inextinguible de su estómago; Marcel, apoyado contra un árbol, revuelve colores en su paleta, y Colline, el dulce filósofo, sueña sobre las páginas de Aristófanes.

La irresistible fuerza de la primavera, el canto de los pájaros y la belleza de Mimí inflaman el corazón de Rodolfo; se levanta, y aproximándose a la amada pretende abrazarla. Sigue un delicioso coloquio de amor, en el cual ambos jóvenes se comunican sus mutuos sentimientos.

Con picaresca gracia la jóven huye de pronto a través del bosque, perseguida por Rodolfo. Unidos nuevamente, sugestionados por los mil armoniosos cantos de la Naturaleza, juntan sus manos para lanzarse en una de esas graciosas danzas que encantaron a toda una época cantada por los poetas del romanticismo.

Lilliam Gish, John Gilbert y Renée Adorée son los principales intérpretes de esta hermosa producción de Metro-Goldwyn-Mayer, reciéntemente estrenada en los cines de esta capital.

"El gran desfile". — El admirable director King Vidor, cuyó talento sin par lo coloca entre el núcleo de los grandes creadores del film, se supera a sí mismo cuando nos presenta a Melisande, la pequeña campesina francesa, corriendo entre camiones y soldados, en desesperada busca de su amado, y aquella escena en que, en pose de trágico abandono, yace en medio del camino, llorando al ausente.

La acción de "El gran desfile" es dolorosa a fuerza de ser humana. Ninguna nota ficticia se nota en él, ningun esfuerzo tampoco para realzar el gesto del jóven americano, que decide acudir al llamado de la bandera. Sólo los hechos hablan, y por ellos se explica la profunda tragedia, de un grupo de soldados, y la conmovedora historia de un gran amor.

John Gilbert realiza una maravillosa labor en el papel de Jim. Su naturalidad es incomparable. En cuanto a Renée Adorée, sólo diremos que muchos críticos compararon su juego, al encarnar a Melisande, al de la actriz por excelencia, la gran Lilliam Gish. No cabe mayor título de gloria.

Siguen después Tom O'Brien y Karl Dane. Ambos perfectos en sus papeles de soldados rudos y francos, incapaces de tomar la vida en serio, aun envueltos en los más terribles peligros.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U.T. 0428, B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ oro 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ oro 8.00
N.o suelto	„ 0.20	N.o suelto	„ 0.25		
N.o atrasado	„ 0.40	N.o atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

EL VASO DE TANTALO

El presente experimento aunque parezca no servir más que para entretetenernos unos minutos, se basa en el mismo principio de que tanto partido ha sacado la hidráulica.

Se agujerea la punta inferior de una cáscara de huevo en cuya parte superior se ha hecho una abertura ancha, y se introduce por el agujero pequeño un pedacito de paja. Se recubre con un dedal la extremidad de la paja que penetra así en la cáscara de huevo y que debe llegar cerca del fondo del dedal pero sin tocarle. La extremidad inferior de la paja atravesará un disco hecho de un trozo de corcho, sirviendo de soporte a la cáscara. Tres tenedores clavados en el disco formarán una especie de trípode.



A fin de que se hallen bien unidas la paja y la cáscara, se pondrá entre ellas algunas gotas de lacre el cual servirá también para pegar la base de la cáscara al disco de corcho ligeramente vaciado en forma de copa. El dibujo que aparece a la izquierda del grabado indica exactamente como se ha de proceder.

Se vierte agua en la cáscara de huevo; dicha agua sube hasta que su nivel toca la parte superior del dedal; y en ese momento el líquido sale bruscamente por el tubo que forma la paja y el huevo se halla vacío de toda el agua que contenía.

Cuando ya ha salido todo el líquido, se echa en la cáscara otra cantidad de éste prolongándose el juego, mientras así se desee.

N.o 16 — CHARADA

Como soy tan *tercia y cuarta*
nunca faltará a mi lado
quien me *primera* y *segunda*
si es hombre que esté arrui-
|nado.

N.o 17 — FRASE POPULAR



N.o 18 — NOMBRE DE MUJER

K. M. A.

N.o 19 — CHARADA

—Yo hubiese *tres cuarta*
|*quinta*
a Julia, aunque con mejor
ortografía, mas luego
temí con mucha razón
el *prima dos quinta.* —Siem-
|pre
debe temerse que Dios
o los hombres, esas cosas
castiguen, por eso yo
me *tres quinta* los excesos
de tal género.
—¡Es atroz,
en realidad, nuestro diálogo!
—Es muy *todo.*
—Sí, señor.

N.o 20 — JEROGLIFICO



N.o 21 — COMPRIMIDO

ZCO

N.o 22 — ENIGMA

Me encierran apenas nazco
como si un criminal fuera,
y me venden a medida
como si fuese uua tela.
Me consumo poco a poco,
y me oprimen con rudeza,
puesto que si me veo libre
pierdo del todo mi fuerza.

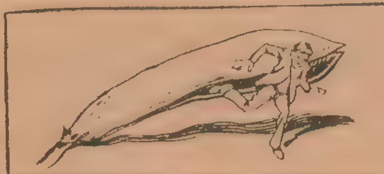
N.o 23 — JEROGLIFICO



N.o 24 — CHARADA

—Mi "prima"...
—¿Cómo su prima?
¿Tiene usted un tío?
—¡Claro!
—¿Y una prima?
—¡Quién lo duda!
—Pero su prima...
—¡Canastos!
Mi prima *prima* se llama
y cuando el *prima* en lo alto
alumbra sus mil primores,
yo casi me quedo extático
al ver su cuerpo y su rostro
y al ver como toca el piano.
—Luego ¿es música?
—Si junta
a la *prima* que he citado
la *segunda,* tiene usted
el *todo* a que todo el año
se ha dedicado mi prima
con ardor extraordinario.

N.o 25 — FRASE CRIOLLA



N.o 26 — PREGUNTA

¿Qué nombre tiene la hembre del rinoceronte?

N.o 27 — FRASE HECHA



N.o 28 — COMPRIMIDO

JO O

N.o 29 — APELLIDO

NEGRO i

N.o 30 — ADIVINANZA

Hallar el nombre de un pueblo argentino que de derecha e izquierda y de izquierda a derecha se lea lo mismo.

N.o 31 — ANAGRAMA

Formar una frase criolla con las letras de la palabra "Mina".

PENSAMIENTOS

Se puede amar a una mujer sin ser feliz; se puede ser feliz sin amar a una mujer; pero amar a una mujer y ser feliz sería un prodigio.—BALZAC.

*

El disimulo es una violencia sufrida. Se aborrece a aquél delante de quien se miente. — HUGO.

*

No sólo lo útil, sino lo honrado debe ser el objeto de nuestras acciones.—METASTASIO.

*

Lo que debe tenerse en más estima que la vida y las demás cosas, no es el honor, sino la honradez.—SCHMID

*

Llevad en tal manera vuestra alma que la ofensa no pueda llegar hasta ella.—DESCARTES.

*

El origen de todo bien es el amor a la libertad pero debe ir acompañado por el amor a las leyes. —MABLI

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 1—Descosido.
,, 2—Librería.
,, 3—Lo deploro.
,, 4—Pegaso.
,, 5—El es mayor que yo.
,, 6—La caña dulce de América proporciona un azúcar excelente.
,, 7—Canino.
,, 8—Levante.
,, 9—Todas las mañanas.
,, 10—Llevar el apunte.
,, 11—Soledad.
,, 12—Prieto.
,, 13—Odalisca.
,, 14—Sobrepelliz.
,, 15—Comprimido.

"Los caminos de la muerte", novela histórica por Manuel Gálvez.—Librería y Editorial "La Facultad" Buenos Aires.

En nuestra literatura faltaba el libro del heroísmo, la novela que evocase el coraje del soldado criollo. Este vacío viene a llenarlo el gran novelista Manuel Gálvez con sus tres novelas sobre la Guerra del Paraguay. Acaba de aparecer la primera, titulada, acertada y poeticamente, "Los caminos de la muerte", editada por la librería "La Facultad".

En un vasto volúmen de 340 páginas, el autor de "Nacha Regules" evoca el Buenos Aires del año 65, con su espíritu semicolonial; el campamento de Ayuy, cerca de Concordia; la sangrienta batalla del Yatay; la memorable marcha de los ejércitos a través de las provincias de Entre Ríos y de Corrientes; las figuras gloriosas de Mitre, Urquiza y del Emperador Pedro II; y por fin el pasaje del Alto Paraná, que fué un espectáculo grandioso y uno de los hechos que más honran al talento militar de Mitre.

En este ambiente tan variado, Manuel Gálvez introduce sus personajes, los hace vivir, nos muestra sus sufrimientos, sus pasiones sus esperanzas. Algunos caracteres son presentados con un vigor extraordinario; así el Capitán Del Cerro, tan corajudo y tan agresivo para con su familia política. Así también Antonio Guevara, el poeta romántico, el amigo de Juan Chassaing y de José Manuel Estrada, que se casa la noche antes de partir para Concordia y que, apenas recibe la bendición, debe partir para el cuartel y no ver nunca más a su esposa, la encantadora Dorita Carbajal.

"Los caminos de la muerte" es un libro lleno de poesía, de magníficas evocaciones, de cuadros inolvidables y no vacilamos en afirmar que es la más profunda y emocionante novela del gran escritor.

X.

"El Adulto", por Florián Oliver Editores Isely y Cía 1928.

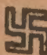
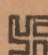
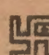
"El Adulto", dividido en tres tomos, del doctor Florián Oliver, es un interesante texto de lectura compuesto de selectos trabajos en prosa y verso ,a fin de llenar el vacío que existe — dice su autor — en la enseñanza de la lectura en las escuelas de adultos; pues los que se utilizan hoy día, están escritos exclusivamente para niños, Tanto el vocabulario empleado, la simplicidad de los conceptos como el procedimiento seguido, en los mismos, no se ajustan a la mentalidad de los adultos. Atendiendo a esta deficiencia, el doctor Oliver ha tratado de escoger — entre el material utilizado — aquellos que aporten conocimientos útiles para desarrollar la mente del educando, sin dejar de lado, los que se refieren al sentimiento de patria, deberes del ciudado, la moral, y la buena conducta que deben observar en la vida, si quieren ser apreciados por sus semejantes.

Para conseguir estos fines, el autor de "El Adulto" se vale de buenos autores nacionales y extranjeros, reproduciendo en sus volúmenes, metódicamente, las más destacadas producciones que éste hallara aquí y allá, a través de copiosas lecturas de libros, revistas o folletos.

Sobre todo el primer tomo, que comienza desde el silabeo, en una forma atrayente, pasando por las frases hechas, los pensamientos, el verso, etc., hasta concluir con el volúmen tercero, donde se encuentran entremezclados a los cuentos, relatos, páginas de carácter histórico y otros temas y asuntos de interés generales.

Por estas consideraciones, y por otras que se desprenden de las mismas, el texto de lectura "El Adulto", del doctor Florián Oliver, es un libro útil, provechoso y necesario para nuestras escuelas de adultos, a las cuales va destinado.

José Mauricio PEIXOTO

PAPEL Y TINTA

"El abencerraje Omar Mohamed", por Manuel Alvarez Juárez.

De España nos ha llegado un poeta de honda sensibilidad y real inspiración: Don Manuel Alvarez Juárez, que en breve editará un libro intitulado "El abencerraje Omar Mohaned". Trátase de una obra en la que su autor cuya pluma diestra y estilo galano conocen ya los lectores de FRAY MOCHO, pinta con tono profundo episodios románticos de las épocas del último reinado morisco en la península ibérica, entretelones de la Inquisición, juicio sobre este tribunal, encerrando un estudio crítico en forma de novela psicológica sobre esos tiempos de pasiones violentas y romances formidables.

Hay en ésta producción una trama extraordinaria, que Alvarez Juárez desenvuelve hábilmente con método lógico, imaginación y belleza.

Desde el principio al epílogo se comprueba la poesía que aletea en los párrafos. Es que este literato hispano, al querer romper la rima y la métrica y penetrar en otro género no ha hecho sino añadirle brillantes éxitos literarios, mientras no se aparte de esa espontaneidad y ese anhelo de perfeccionamiento que labra el camino y lo guía en sus escarceos.

R. C. V. COCONNIER

"Miseria de Quinta Edición" (Cuentos de la ciudad), por Alberto Pinetta.

Con el título del epígrafe aparecerá en breve el libro de un muchacho de veinte años. Un joven escritor y periodista: Alberto Pinetta, a quien importantes diarios de Buenos Aires lo han consagrado con la publicación de sus cuentos que hoy compila.

Trátase de un mozo encauzado en las corrientes modernas de la literatura que con estilo propio, original, ha bosquejado vigorosamente costumbres y modalidades, a base de observación y prolijo análisis.

No es aventurado presagiarle fruto intelectual al suave canto lírico. Demostrar su afinidad con lo que significa arte y que cuando el que escribe lo siente y lo ama, gravita sobre su espíritu introduciendose en la forma del pensamiento expuesto por la pluma en prosa.

Exposición del libro argentino en Chile.

Los trabajos iniciados en Santiago en pro de una exposición del libro argentino-uruguayo continúan con el mayor entusiasmo. Las condiciones de adhesión están regidas por el siguiente reglamento:

1. DE LAS SECCIONES. — En la Exposición son admitidos: Libros de los particulares. Publicaciones de las casas editoras. Empresas de publicidad (diarios-revistas).

2. LOCAL. — El local será uno de los más cómodos de Santiago y ha sido cedido gentilmente por el departamento de Educación Física que preside el Mayor Alfredo Portales.

4. CATALOGO Y AFFICHES. — Habrá un catálogo completo de todas las obras expuestas, especificadas por casas editoras, empresas de publicidad y particulares que se adhieran. Los affiches alusivos se expondrán por igual en Buenos Aires, Santiago y Montevideo.

5. DE LAS VENTAS. — Los escritores, casas editoras, etc., que lo deseen pueden fijar los precios a sus obras. Estas no podrán ser retiradas mientras dure la exposición. Las liquidaciones con los expositores se hará de inmediato una vez clausurada la muestra del libro.

6. DE LOS ENVIOS. — Los envíos deben hacerse a nombre de Julia García Games, Casilla de Correo 2621, para los envíos menores y a Eyzaguirre 1276, Santiago, para las remesas mayores, acompañados de una cuota de adhesión destinada a la misma propaganda, instalación etc., cuota que es voluntaria para los particulares, y de 50 nacionales para las casa editoras y empresas de publicidad.

Los envíos pueden hacerse hasta el 30 de Setiembre.

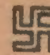
"Nosotros"

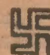
Con este número doble, correspondiente a los meses de Febrero y Marzo, la importante y difundida revista "Nosotros", acaba de regularizar su aparición mensualmente, retrasado en su publicación, a causa del tiempo que le llevó su número aniversario.

Aparte de su material de costumbre, que es siempre interesante y valioso—sobre todo este número—, trae además esta publicación, una encuesta sobre la influencia italiana en nuestra cultura, motivada directamente sobre el "meridiano intelectual'", suscitada por la "Gaceta "Literaria", de Madrid.

Han contestado dicha encuesta, hasta hoy, los siguientes escritores: L. Lugones, R. Rojas, A. A. Bianchi, A. Storni, A. Gerchunoff, A. Maraso, E. Ravignani, E. Méndez Calzada, J. Rinaldini, E. Méndez, L. Pascarella y A. Aita.

Completan sus secciones, artículos bibliográficos, notas y comentarios de actualidad.





TEATROS

"LA SOMBRA DEL PASADO" EN LA COMEDIA

Nuevamente los conocidos autores José González Castillo y Enrique García Velloso se han unido para escribir una pieza de teatro, que puso en escena la compañía Rivera - De Rosas - Franco, en la Comedia.

Parece que se trata de demostrar en esta obra que en la vida de los hombres casados hay dos mujeres: la que se fué después de representar el amor juvenil, aventurero, pletórico de emociones "prohibidas" por la moral social porque la coyunda no ha sido legalizada, y la verdadera esposa, buena y leal compañera que será la madre de sus hijos.

Tal el caso que se suscita en la vida del abogado Juan Ahumada, quien desposó a Gabriela por amor y fué antes amante de Susana. A poco de iniciarse la comedia Susana reaparece, y Ahumada ante el recuerdo de lo que representó esa mujer en su pasado sentimental, vuelve a ella sintiendo un reflorecimiento en su corazón. Aunque abandona bastante a su legítima esposa, en cuanto ésta le hace saber que va a ser madre, el desviado marido retorna al hogar. La próxima paternidad borra el amor de Susana y ésta vuelve a desaparecer de su vida. Ha vencido la mujer legítima, porque le va a ofrecer el fruto de su amor.

"La sombra del pasado" es una comedia que quiso ser mucho sin lograrlo. El conflicto que se plantea y que sólo se explica por la inquietud sentimental de Ahumada, sería común a todos los hombres si éstos poseyeran en su mayoría idéntica organización sentimental, estos es, un corazón susceptible de volver a encenderse ante la reaparición de las ex-amantes.

Dos expertos hombres de teatro como lo son los autores, han construído su pieza ideando afectos que llegan al público y forjando diálogos interesantes. Empero, la comedia es sumamente verbosa y exige cortes en todos los actos.

Las actrices Matilde Rivera y Eva Franco interpretaron con acierto sus papeles de Susana y Gabriela, y de Rosas matizó bien su rol de abogado. Bellucci y José Franco, en dos tipos cómicos, gustaron.

HIJA CRECIDITA

La comedia de Parra, "Una hija", arranca aplausos en el Argentino y sus representaciones suman ya un buen número. Es crecidita la "hija" de nuestro gran cómico.

"STEFANO", EN EL COMICO

Es justo reconocer que no todo es malevaje y tango en el género chico nacional. De tarde en tarde, aunque sea dsgraciadamente muy de tarde, un autor honesto rompe los moldes ordinarios y escribe una pieza bien inspirada en la que no todo es solamente buena intención. Se comprueba entonces que hay autores, cómicos y público capaces de espectáculos de arte y emoción. Y el cronista se pregunta por qué fatalidad no se estrenan con más frecuencia obras de esta índole, teniendo que sufrir todos la mala producción como una calamidad pública, equivalente a los feroces ómnibus o a la perversa grippe.

Una de esas obras que le reconcilian a cualquiera con el teatro por horas, es "Stéfano" de Armando Discépolo, estrenada en el Cómico. Con un asunto simple, pero de una gran humanidad, ha desarrollado una pieza interesante y emotiva, un poco amarga desde luego, pero sin recargo innecesario de tintas, ni efectismos trasnochados, trampas ingenuas para públicos sensibleros.

Radica el conflicto en la situación creada a un padre de familia por su empeño en conseguir ideales de gloria, sin ponerse al nivel de la realidad.

Pero falto de los medios materiales de subsistencia para la vida diaria, cae en la miseria el artista y arrastra detrás de sí a los suyos, cuyo materialismo es incapaz de comprender el drama íntimo del artista, que podrá ser un equivocado, pero que luchó sin egoísmo por un ideal de arte, sufriendo en carne propia más que nadie la amargura de su fracaso.

Bien estudiado el personaje central y sus familiares, la obra llega intensamente al auditorio, con toda la angustia de aquella alma sacrificada esterilmente por una noble ambición.

El actor Luis Arata asumió con valentía la responsabilidad de un papel lleno de dificultades y fuera de la órbita en la que generalmente actúa. Con su certera comprensión de la psicología del personaje y eficaces medios de expresión, trasmitió al público las profundas emociones de que está nutrida la obra.

El público, muy numeroso y entusiasta, aplaudió largamente al autor y principales intérpretes, participando también de esta simpática acogida, por su labor correctísima, las actrices Berta Gangloff, Teresa Serrador y Leonor Rinaldi y los actores Bouhier, Varela, Arias y Gangloff.

"¡SINVERGUENZA!", EN EL BUENOS AIRES

Una simpática comedia ha dado a la escena el conocido autor Carlos P. Cabral, quien registra en su labor de comediógrafo varios éxitos. En "¡Sinvergüenza!", calificativo con que se tilda al protagonista, presenta un tipo interesante que arrastrando una vida aparentemente lamentable, pues se le tacha de todos los vicios que puede runir un hombre, es a la postre un hombr de bien, lleno de dignidad y delicadeza, No tiene de sinvergüenza sino la caparazón, pues decepcionado de la vida por una desventura de amor, poco le importa que le apliquen aquel calificativo. Cuando se descubre la verdadera personalidad moral de Manolo Peñalva, el público culmina en su simpatía por el personaje que ha visto envuelto en mil y unas situaciones equívocas durante los tres cuadros de la pieza.

Un evidente progreso acusa Cabral con "¡Sinvergüenza!" en su habilidad de escritor teatral, pues esta obrita está bien planeada, desarrollada y resuelta. Muiño, a cargo de Manolo, fué muy aplaudido.

"¡TUYO HASTA LA MUERTE!" EN EL NUEVO

La cuarta novedad ofrecida por la compañía de Casaux correspondió a la comedia del epígrafe, que suscriben los aplaudidos autores Rogelio Cordone y Carlos Goicochea. Renueva esta producción el caso del hombre tosco y adinerado que corre a salvar la situación económica de su pretendida. Dante Gambarrutta, hijo del ex jardinero de una dama aristocrática, acude después de 30 años de amor silencioso a ofrecer su amor a doña Isabel, viuda y madre de dos niñas ya mozas. La curiosa presentación del adinerado italiano provoca hilaridad en la familia venida a menos; pero el apuro financiero decide a Isabel a aceptarlo. Un ardid de Dante le permite conocer la falta de estimación de los familiares de su amada. Esta, al fin, vencida por la obstinación de Dante, que acepta cualquiera situación con tal de no perderla, consiente en esperar para desposarla que se allanen las dificultades de orden social.

"¡Tuyo hasta la muerte!", da la impresión de una pieza en 3 actos reducida a 3 cuadros. Campea a lo largo de ella una jugosa comicidad, sostenida por Casaux que en su papel de Dante hizo una interpretación muy celebrada por el público. También la Sra. Mary estuvo muy eficaz. Los demás, discretos.

"BABILONIA EN MAR DEL PLATA", EN EL LICEO

Sabido es que una pochade es una pieza de enredo, en la que partiendo de una confusión más o menos verosímil se llega a una aclaración más o menos casual. Dentro de este orden de cosas, se admiten en el género los disparates, los absurdos y todo lo que pueda contribuir a animar la acción y a mantener la hilaridad del público.

Eleodoro Peralta ha conseguido su propósito de hacer reir con su pochade "Babilonia en Mar del Plata" pero extremando un tanto, o mejor dicho varios tantos, la medida de la confusión, ha alterado la realidad histórica, suplantando con el nombre de la ciudad de los jardines maravillosos, el de la torre con la que los hijos de Noé intentaron ponerse a salvo de las contingencias de un segundo diluvio universal.

Pero como en las pochades se vive el reino feliz de lo convencional, el público celebró con risas contiuadas el espectáculo, que, aunque no ofrece ninguna novedad, contiene elementos suficientes para entretener durante una hora al respetable público.

A ello contribuyó muy eficazmente la labor de Pepe Ratti y de Pierina Dealessi, muy bien secundados por los demás elementos de la compañía.

LA COMPAÑIA CARCAVALLO

Se confirmó el éxito de la pieza de Alberto Vacarezza "El corralón de mis penas", sainete en el que campea la gracia del afortunado autor de "El cabo Rivero", que este año parece que va a batir el record de permanencia en el cartel.

En el del Nacional acompaña "El corralón" la pieza de Martínez Cuitiño titulada "Café con leche" que fué reprisada con fortuna.

Constituirá el primer estreno una pieza de José A. Saldías denominada "Romance Federal", de la que se espera mucho.

LA OPERA EN EL POLITEAMA

Los aficionados a la ópera están de parabienes. En el Politeama se está desarrollando una interesante temporada lírica, con buena música, buenas voces y variado programa. Los espectáculos son presentados con toda propiedad y buenos decorados.

EN EL SMART

"El nene Liberato" de Folco y Mazzaroni, estrenada en el Smart por la compañía Ruggero, marca un jalón afortunado en las actividades de esta compañía.

Sin que pueda decirse que constituye un éxito extraordinario, tiene gracia de mejor ley que la mayoría de las piezas que le han precedido en el cartel, dejando amplio margen a la labor de los actores; especialmente de Ruggero.

Para las próximas renovaciones del cartel se preparan, probablemente en el orden que las consignamos, "Metejón, Berretín y Compañía" de César Ratti y Juan A. Bruno y "El teniente Peñaloza" de Alberto Vacarezza.

DEBUTO EN EL AVENIDA

Con el estreno de "Las castigadoras", debutó una compañía de revistas y zarzuelas de la que es primera bailarina Paquita Richar. En otro número irá nuestra impresión.

JOSE GOMEZ

Continúa actuando en el Ateneo la compañía de José Gómez que ha reprisado "El místico", de Rosignol y ensaya una modernización de "Hamlet". Según los carteles y anuncios, será un acontecimiento. Sin duda...

EL DEMONIO DE BENAVENTE

Ha respondido el público a la pieza que estrenó la Olona en el Marconi. "El demonio fué antes angel". Se representa ante salas nutridas.

GRAND SPLENDID

La segunda superproducción Paramount de la temporada, "De carne somos", por Emil Jannings, recién estrenada en esta aristocrática sala, gustó sobremanera al público selecto que la frecuenta tradicionalmente. Se trata de una admirable película, digna de verse.

GLORIA

Esta bonita sala de la avenida de Mayo atrae a sus funciones considerable cantidad de público, que celebra las interesantes películas que proyecta la pantalla.

CAPITOL

Acaba de estrenar este salón, en exclusiva, la superproducción de Fox, "Amanecer", poema romántico de dos corazones, que el público recibió favorablemente.

PARC

Bonitas películas figuran en los programas de esta semana en el cine de este nombre ubicado frente a la plaza Italia. Como de costumbre, las veladas se efectúan con mucho público.

AVENTURAS DE PIPIRI



























Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. Perú 1746.